TOMÁS DE CANTIMPRÉ

Vida de santa Lutgarda

Vita S. Lutgardis

SABBATISMUS

Tomás de Cantimpré (c. 1201–1272)
Vita S. Lutgardis · Vida de santa Lutgarda

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Edición bilingüe frente a frente: latín en las páginas pares, español en las impares.
Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Índice

Prólogo 5
Antigua división de los capítulos 9
Libro Primero. 17
II. Diversos éxtasis y visiones divinas. Su paso de la Orden benedictina a la cisterciense . 29
Libro Segundo. 39
II. La eficacia de su oración; su deseo del martirio; el auxilio prestado a los tentados y a los pecadores, y aun a los enfermos 55
III. Cosas futuras, ausentes y ocultas, reveladas por el espíritu de profecía 69
Libro Tercero. 79
II. El modo que guardaba en la contemplación. Su preparación para la muerte que conocía de antemano. Su enfermedad y su muerte 89
III. Su sepultura. Milagros 99

PROLOGUS.

Dominae Reuerendae, et in Christo plurimum diligendae Hawidi; concessione diuina in Aquiria Abbatissae, totique cum ea sanctissimo Conuentui, Frater officio Supprior, sed Fratrum Praedicatorum minimus, salutem; et bene hoc, quod sibi.

Officium personae et Ordinis; et si non nomen proprium, in salutatione posui; ut scilicet autoritas in Officio et Ordine commendetur; nec tamen opus sequens nominis insinuatione uilescat. Sicut me non solum uestra, immo multorum monasteriorum caritas et amor, quem specialissimum erga personam habebam, flagrantissimus incitauit. Vitam piae Lutgardis utcumque descripsi; tribus libris opus omne distinguens; secundum triplicem statum in anima, inchoantium, proficientium, et perfectorum. Primus quidem, quomodo in ordine S. Benedicti conuersionis sanctimoniam inchoauit: secundus, quomodo ad Cisterciensem Ordinem transeundo profecit: quid autem annis undecim ante mortem et in morte et post mortem per eam Dominus dignatus est operari, quasi perfectionis gradum liber tertius obtinebit et continebit.

Nec credo uitam alicuius, quae tot uirtutum insignia et mirabilium ac miraculorum praerogatiuas in se contineat, a multis retroactis annis fuisse descriptam. Si autem quaeritur, quomodo legentibus fidem faciam de iis omnibus, quae conscripsi: breuiter dico, quod ipse Christus testis et iudex sit, quod plurima ex iis ab ore ipsius piae Lutgardis, sicut familiarissimus eius, accepi: et in iis nullum ita temerarium credo, qui eius testimoniis contradicat: caetera uero a talibus me percepisse profiteor, qui nequaquam a ueritatis tramite deuiarent. Pleraque etiam, et reuera magnifica, scribere non consensi; uel quia non intelligibilia rudibus essent, uel quia testimonium conueniens non inueni. Cum ergo caritas omnia credit, omnia sustinet; peto ab iis, quibus Deus spiritum suae caritatis infudit, ut credant his siqua sunt sancta, siqua utilia, siqua ueritati consona proponuntur; simulque sustineant patienter, siqua minus apte, siqua minus litteratorie uel indiscrete posuero: quae tamen propter haec minus debite ab improbis repelluntur.

Prólogo

A la reverenda señora Hawide, muy amada en Cristo, por concesión divina abadesa de Aywières, y a toda la santísima comunidad que está con ella, un fraile, subprior por su oficio, pero el menor de los frailes dominicos: salud, y el mismo bien que desea para sí.

En el saludo he puesto el oficio de mi persona y mi Orden, aunque no mi nombre propio, para que la autoridad quede avalada por el oficio y la Orden, y la obra que sigue no pierda estima por la mención de mi nombre. Me movió a ello no solo vuestra caridad, sino la de muchos monasterios, y también el amor ardentísimo y del todo singular que yo profesaba a su persona. He escrito como he podido la Vida de la piadosa Lutgarda, dividiendo toda la obra en tres libros, según el triple estado del alma: el de los principiantes, el de los aprovechados y el de los perfectos. El primero, cómo inició en la Orden de San Benito la santidad de su conversión; el segundo, cómo aprovechó al pasar a la Orden del Císter; y lo que el Señor se dignó obrar por medio de ella en los once años anteriores a su muerte, en su muerte y después de ella, lo abarcará y contendrá el libro tercero, como el grado, por así decir, de la perfección.

Y no creo que desde hace muchos años se haya escrito la vida de nadie que encierre en sí tantas virtudes insignes y tales privilegios de maravillas y milagros. Y si se pregunta cómo haré que los lectores den fe a todo lo que he escrito, respondo brevemente —y sea el mismo Cristo testigo y juez— que muchísimas de estas cosas las recibí de labios de la misma piadosa Lutgarda, como su confidente más íntimo, y en ellas no creo que haya nadie tan temerario que contradiga su testimonio; lo demás declaro haberlo sabido de personas tales que en modo alguno se apartarían de la senda de la verdad. Muchas cosas, además, y verdaderamente magníficas, no he querido escribirlas, ya porque no serían inteligibles para los sencillos, ya porque no hallé testimonio adecuado. Puesto que, pues, la caridad todo lo cree, todo lo soporta (1 Cor 13,7), pido a aquellos en quienes Dios infundió el espíritu de su caridad que crean lo que aquí se propone, si algo hay santo, si algo útil, si algo conforme a la verdad; y que al mismo tiempo soporten con paciencia lo que yo haya puesto con menos acierto, con menos letras o con poca discreción, aunque por estas faltas los malintencionados lo rechacen más de lo debido.

Bonorum enim ingeniorum, ut dicit gloriosissimus Augustinus, insignis est indoles, in uerbis uerum amare, non uerba. Neque enim aurum minus pretiosum est, quod de terra tollitur; neque uinum minus sapidum, quod de uilibus lignis excipitur. Ergo non solum uos, sed omnium monasteriorum Brabantiae coetus uirginum, Vitam piae Lutgardis suscipiant; ut quae in fama uirtutis notissima omnibus fuit, ipsa breui libelli huius insinuatione plenius innotescat; augeatque legentibus uirtutem et meritum, quibus praescriptum aderit uirtutis exemplum. Valeat uestra sancta et sincera benignitas, et mei uos memores in orationibus uestris Diuina pietas incolumes tucatur; Amen.

Pues es rasgo de los buenos ingenios, como dice el gloriosísimo Agustín, amar en las palabras la verdad, no las palabras. Ni el oro es menos precioso porque se saque de la tierra, ni el vino menos sabroso porque se recoja de maderas humildes. Reciban, pues, la Vida de la piadosa Lutgarda no solo vosotras, sino las comunidades de vírgenes de todos los monasterios de Brabante, para que aquella que por la fama de su virtud fue conocidísima de todos se dé a conocer más plenamente por el breve relato de este librito, y acreciente la virtud y el mérito de quienes lo lean, pues tendrán ante sí trazado el ejemplo de la virtud. Que vuestra santa y sincera benignidad se conserve bien; y que la piedad divina os guarde incólumes, acordándoos de mí en vuestras oraciones. Amén.

VETUS DIVISIO.

Lib. I Cap. I. De ortu et infantia eius.

II Quomodo procata est a quodam iuuene; et per uisionem Christi conuersa penitus, et subito liberata.

III Quomodo quaedam deuota et nobilis matrona praedixit eam quasi alteram Agnetem futuram.

IV Quomodo Miles quidam eam procabatur: et ipsa uiriliter repulit eum, et confudit.

V Quomodo Miles idem uoluit eam uiolenter rapere, et ipsa miraculose euasit.

VI Quomodo praedixit Satelliti Militis saeuienti in eam grauissimum infortunium.

VII Quomodo confusioni restitit, quando apud S. Trudonem obuius ei fuit populus reuertenti.

VIII Quomodo B. Virgo consolata est eam, quando timuit in uerbis quibusdam Monialium.

IX Quomodo B. Catharina apparuit ei.

X Quomodo uisa est a toto conuentu in aëre suspendi.

XI Quomodo claritas solaris uisa est de nocte ad eam descendere.

XII Quomodo Dominus compatienti infirmis, dedit ei gratiam sanitatum; et postea ut intelligeret Psalterium et postea ut, perditis istis, gratiam Dei, quoad uiueret, impetrauit.

XIII Quomodo in aliquo tribulata, rapiebatur in spiritu, et sugebat de latere Domini mirabilem dulcedinem.

XIV Quomodo apparuit ei Joannes Euangelista in modum aquilae, et quid illi ostensum sit per illam aquilam.

XV Quomodo Christus sibi apparuit in cruce affixus, et ipsa osculata est uulnus eius.

XVI Quomodo uidebatur ei quod manus suae oleum distillarent.

XVII Quomodo consecrata fuit, et qualiter uisa fuit corona aurea poni super caput eius; et hoc duobus uidentibus.

XVIII Quam perfecte Agnum secuta fuerit Christum.

XIX Quomodo ipsi cantanti Christus uisus est applaudere, in specie agni.

XX Quomodo Priorissa in monasterio S. Catharinae facta est.

Antigua división de los capítulos

Libro I, capítulo I. De su nacimiento e infancia.

II. Cómo la pretendió cierto joven, y por una visión de Cristo se convirtió del todo y quedó libre de repente.

III. Cómo una devota y noble matrona predijo que sería como otra Inés.

IV. Cómo la pretendía cierto caballero, y ella lo rechazó varonilmente y lo dejó confundido.

V. Cómo el mismo caballero quiso raptarla por la fuerza, y ella escapó milagrosamente.

VI. Cómo predijo una gravísima desgracia al secuaz del caballero, que se ensañaba contra ella.

VII. Cómo venció la vergüenza cuando, al volver a San Trond, le salió al encuentro la gente.

VIII. Cómo la bienaventurada Virgen la consoló cuando sintió temor por ciertas palabras de las monjas.

IX. Cómo se le apareció santa Catalina.

X. Cómo toda la comunidad la vio suspendida en el aire.

XI. Cómo se vio de noche descender sobre ella una claridad como la del sol.

XII. Cómo el Señor, porque se compadecía de los enfermos, le dio la gracia de las curaciones; y después, la de entender el Salterio; y después cómo, perdidas estas, alcanzó la gracia de Dios para mientras viviera.

XIII. Cómo, cuando algo la atribulaba, era arrebatada en espíritu y sorbía del costado del Señor una dulzura admirable.

XIV. Cómo se le apareció Juan Evangelista en forma de águila, y qué se le mostró por medio de aquella águila.

XV. Cómo se le apareció Cristo clavado en la cruz, y ella besó su llaga.

XVI. Cómo le parecía que sus manos destilaban aceite.

XVII. Cómo fue consagrada, y cómo se vio que le ponían sobre la cabeza una corona de oro; y esto lo vieron dos personas.

XVIII. Cuán perfectamente siguió a Cristo, el Cordero.

XIX. Cómo, mientras cantaba, se vio que Cristo la acariciaba en figura de cordero.

XX. Cómo fue hecha priora en el monasterio de Santa Catalina.

XXI Quomodo Christus manum suam mediam posuit, quando uiolentiam passa est in osculo cuiusdam Abbatis in eodem monasterio: et quantum fugienda sunt oscula uirorum feminis religiosis.

XXII Quomodo transiuit ad Ordinem Cisterciensem, de Ordine S. Benedicti.

Lib. II Cap. I. Quomodo B. Maria apparuit ei, cum timeret se eligi in Abbatissam; et quod miraculose non potuit Gallicum addiscere.

II Quomodo B. Virgo conquesta est de grauitate Albingensium, et propter hoc iussa est septem annis continue ieiunare in pane et cereuisia, tantum ut Dominus propitiaretur populo suo.

III Quomodo Mag. Jacobum de Vitriaco liberauit a quadam grauissima tentatione.

IV Quomodo quemdam Simonem, Fouiacensem Abbatem, liberauit a Purgatorio, uiolentissimis precibus ad Deum factis.

V Quomodo uoluit certificari super statu suo; et apparuit omnibus uidentibus iuuenis splendidus ad consolandum eam.

VI Quomodo mori desiderabat, et apparuerunt ei uulnera Christi, clamantia ad eam pro peccatoribus.

VII Quomodo Innocentius Papa III mortuus, statim apparuit ei.

VIII Quomodo Mag. Joannes de Liro apparuit ei statim mortuus; et quid Christus dixit ei, dum plangeret illum mortuum.

IX Quomodo secundo reuelatum est ei, ut alios septem annos pro peccatoribus ieiunaret: et sicut ipse Christus Patri se pro peccatoribus in sacramenti sacrificio quotidie se offerebat, sic et ista se Christo offerret.

X Quomodo daemon apparuit ei, et dixit se decepisse quamdam Monialem; et quomodo illa Monialis liberata est.

XI Quomodo quaedam Moniales ab incolis daemonibus liberatae sunt per eam.

XII Quomodo quaedam Yolendis Monialis, praemonita ante mortem per eam, apparuit post eam.

XIII Quomodo soror sua mortua apparuit ei.

XIV Quomodo prohibita fuit omni die Dominico accedere ad Sacramentum Altaris.

XV Quomodo daemon apparuit ei in morte cuiusdam Sororis.

XVI Quomodo daemones frequenter apparebant ei, et quomodo timebant eam.

XVII Quomodo metuebat se non bene semper dixisse Horas debitas: et propter hoc quidam missus a Domino, securam fecit eam.

XVIII Quomodo flamma uisa est exire de ore eius, dum cantaret.

XIX Quomodo communicata Corpori Domini, noluit carere prandio; sed dixit Domino ut quamdam debilem Monialem occuparet reliquiis cogitationum: et sic factum est et probatum.

XX Quomodo eadem Elisabeth curata fuit, ipsa orante.

XXI. Cómo Cristo interpuso su mano cuando padeció violencia en el beso de cierto abad, en aquel mismo monasterio; y cuánto deben huir las mujeres religiosas de los besos de los hombres.

XXII. Cómo pasó de la Orden de San Benito a la Orden del Císter.

Libro II, capítulo I. Cómo se le apareció la bienaventurada María cuando temía que la eligieran abadesa; y cómo milagrosamente no pudo aprender el francés.

II. Cómo la bienaventurada Virgen se quejó de la gravedad del mal de los albigenses, y cómo por ello se le mandó ayunar siete años seguidos a pan y cerveza, solo para que el Señor se aplacara con su pueblo.

III. Cómo libró al maestro Jacobo de Vitry de una gravísima tentación.

IV. Cómo libró del purgatorio a cierto Simón, abad de Foigny, con vehementísimas oraciones dirigidas a Dios.

V. Cómo quiso cerciorarse de su estado, y a la vista de todos apareció un joven resplandeciente para consolarla.

VI. Cómo deseaba morir, y se le aparecieron las llagas de Cristo, que clamaban a ella por los pecadores.

VII. Cómo el papa Inocencio III, recién muerto, se le apareció al instante.

VIII. Cómo el maestro Juan de Lier se le apareció recién muerto; y qué le dijo Cristo mientras ella lloraba su muerte.

IX. Cómo se le reveló por segunda vez que ayunara otros siete años por los pecadores; y que, así como el mismo Cristo se ofrecía cada día al Padre por los pecadores en el sacrificio del sacramento, así también ella se ofreciera a Cristo.

X. Cómo se le apareció un demonio y le dijo que había engañado a cierta monja; y cómo aquella monja quedó libre.

XI. Cómo por medio de ella quedaron libres ciertas monjas de los demonios que moraban en ellas.

XII. Cómo cierta monja llamada Yolanda, advertida por ella antes de morir, se apareció después de su muerte.

XIII. Cómo se le apareció su hermana difunta.

XIV. Cómo se le prohibió recibir cada domingo el Sacramento del Altar.

XV. Cómo se le apareció un demonio en la muerte de cierta hermana.

XVI. Cómo los demonios se le aparecían con frecuencia, y cómo la temían.

XVII. Cómo temía no haber rezado siempre bien las Horas debidas, y cómo por ello uno enviado por el Señor la tranquilizó.

XVIII. Cómo se vio salir una llama de su boca mientras cantaba.

XIX. Cómo, después de comulgar el Cuerpo del Señor, no quiso privarse de la comida, sino que dijo al Señor que ocupara a cierta monja débil con los restos del pensamiento; y así se hizo y se comprobó.

XX. Cómo aquella misma Isabel fue curada por su oración.

XXI Quomodo desiderauit martyrium pro Christo sustinere, et illo desiderio rupta est uena contra situm cordis sui, et in mirabili copia effudit sanguinem; et sic Dominus dixit ei, quod exinde acciperet meritum Agnetis in martyrio.

XXII Quomodo quaedam Domina Machtildis Monialis recepit auditum perditum, per impositionem digiti eius.

XXIII Quomodo memor passionis Christi, in contemplatione uisa est a quodam Presbytero, quasi perfusa totaliter sanguine.

XXIV Quomodo quemdam Dominum Tymerum Militem, uirum flagitiosum, uiolentissimis precibus conuertit ad Dominum.

XXV Quomodo Monialem a tentationibus liberauit; et eadem miraculose, quod precabatur, obtinuit.

XXVI Quomodo cuidam mulieri grauiter tentatae praedixit, quod deberet in Parasceue mori.

XXVII Quomodo quidam uir, in solo conspectu eius, est contritus pro peccatis, et satisfaciens liberatus.

XXVIII Quomodo epilepticum sanauit.

XXIX Quomodo in festo omnium Sanctorum ei multitudo Sanctorum apparuit.

XXX Quomodo Dominae Sibyllae, grauatae seruitio eius, per uocem nocte responsum fuit.

XXXI Quomodo quidam desperatus, loquens ei, lucidissimam claritatem super eam uidit, et confortatus est.

XXXII Quomodo in Cantico, Te Deum laudamus, B. Virgo apparuit ei.

XXXIII Quomodo compatienti cuidam pauperculae, Dominus dixit ei, Portio mea.

XXXIV Quomodo in multis spiritu prophetico claruit: quomodo et nomen et meritum cuiusdam Virginis Osannae designatum fuit per eam, quod per annos multos ignoratum erat.

XXXV Quomodo cuiusdam apostatae reditum ad Ordinem praedixit.

XXXVI Quomodo Ducissae Brabantiae mortem praedixit.

XXXVII Quomodo cuidam mulieri tentationem occultam praedixit, et liberauit eam.

XXXVIII Quomodo quemdam, uexatum in Confessionibus audiendis, precibus liberauit.

XXXIX Quomodo duo Angeli uisi sunt deducere eam ad altare; et alia uice ante mortem B. V. Mariae et B. Joannis Baptistae adstare ei ex utroque latere.

XL Quomodo ignotae linguae scientiam habuit in consolatione cuiusdam mulieris, quae desperata fuerat: et quomodo liberata est per eam.

XXI. Cómo deseó padecer el martirio por Cristo, y por aquel deseo se le rompió una vena junto al lugar del corazón y derramó sangre en admirable abundancia; y así el Señor le dijo que por ello recibiría el mérito de Inés en su martirio.

XXII. Cómo cierta monja, doña Matilde, recobró el oído perdido por la imposición de su dedo.

XXIII. Cómo, recordando la pasión de Cristo, cierto presbítero la vio en contemplación como totalmente bañada en sangre.

XXIV. Cómo con vehementísimas oraciones convirtió al Señor a cierto caballero, don Thimer, hombre de vida infame.

XXV. Cómo libró a una monja de sus tentaciones; y cómo esa misma monja obtuvo milagrosamente lo que pedía.

XXVI. Cómo predijo a una mujer gravemente tentada que había de morir el Viernes Santo.

XXVII. Cómo cierto hombre, con solo verla, se arrepintió de sus pecados y, satisfaciendo por ellos, quedó libre.

XXVIII. Cómo sanó a un epiléptico.

XXIX. Cómo en la fiesta de Todos los Santos se le apareció una multitud de santos.

XXX. Cómo a doña Sibila, agobiada por el servicio que le prestaba, se le respondió de noche por medio de una voz.

XXXI. Cómo cierto hombre desesperado, mientras hablaba con ella, vio sobre ella una claridad luminosísima, y quedó confortado.

XXXII. Cómo durante el cántico «Te Deum laudamus» se le apareció la bienaventurada Virgen.

XXXIII. Cómo, al compadecerse ella de cierta pobrecilla, el Señor le dijo: «Porción mía».

XXXIV. Cómo brilló en muchas cosas por el espíritu de profecía; cómo por medio de ella se dieron a conocer el nombre y el mérito de cierta virgen, Osana, que durante muchos años se habían ignorado.

XXXV. Cómo predijo la vuelta de cierto apóstata a su Orden.

XXXVI. Cómo predijo la muerte de la duquesa de Brabante.

XXXVII. Cómo declaró a cierta mujer su tentación oculta, y la libró de ella.

XXXVIII. Cómo con sus oraciones libró a uno que se veía atormentado al oír confesiones.

XXXIX. Cómo se vio que dos ángeles la conducían al altar; y cómo otra vez, antes de su muerte, se vio a la bienaventurada Virgen María y a san Juan Bautista a su lado, uno a cada mano.

XL. Cómo tuvo conocimiento de una lengua desconocida para consolar a cierta mujer que había caído en la desesperación; y cómo esta quedó libre por medio de ella.

XLI Quomodo diutius flenti pro peccatoribus apparuit Dominus, et manu propria abstersit lacrymas ab oculis eius.

XLII Quomodo quinque annis quotidie uisitata est ab Angelis, et frequenter a Matre Domini uel Apostolis; et tamen nihil suffecit ei nisi solus Deus.

XLIII Quomodo uixit in triplici statu: et hoc fuit iacere in triplici lectulo Cantici Canticorum.

Lib. III CAP. I. De eo quod undecim annis ante mortem caeca effecta est; unde consecuta est splendidius lumen interius.

II Quomodo sanctae memoriae Jordanis, Magister Ordinis Praedicatorum, apparuit ei; et dixit, se esse inter Apostolorum et Prophetarum choros.

III Quomodo tertio septem annos ieiunando consummauit.

IV Quomodo Cardinalis Jacobus, mortuus in Roma, quarto die, raptae in caelum apparuit; et dixit, se liberatum a Purgatorio.

V Quomodo praedixit annis quinque diem obitus sui.

VI Quomodo eodem anno in Vigilia natiuitatis Domini dictus Magister Jordanis apparuit ei; et dixit, instare mortem eius.

VII Quomodo quarto anno ante mortem eius, grassante per multa regna gente Tartarorum, cum timeretur quod uentura esset per totam Teutoniam, praedixit non esse uenturam, sed retro abituram.

VIII Quomodo D. Balduinus de Barbenchon, Prior de Oignies, demonstratus est ei post mortem.

IX Quomodo contemplabatur faciem Christi, secundum illud Cantici; Anima mea liquefacta est ut dilectus etc. Inuenerunt me.

X Quomodo audiente Moniale facta est uox super eam, Deliciae meae esse cum filiis hominum.

XI Quomodo anno uno ante mortem eius, Christus tantum tria requirebat ab ea.

XII Quomodo Paschali tempore ante mortem, apparuit ei Dominus Christus, cum Maria matre sua; et praedixit ei mortem suam.

XIII Quomodo diebus quindecim ante mortem eius, apparuerunt ei B. V. Maria et B. Joannes Baptista, et quidam amici eius speciales qui iam defuncti erant, praedicentes ei excessum mortis: et gloriosissima responsio eius, quomodo poterat cognoscere ac discernere inter Sanctos, qui in multitudine apparebant.

XIV Quomodo Sorores, quae erant in infirmaria, redarguit; et praedixit, quod post mortem eius Dominus corriperet eas: et qualiter hoc factum est.

XV Quomodo amicus quidam eius secularis grauiter peccauerat, et meruit indulgentiam per preces eius; et non solum ipse, sed omnes quos ipsa dilexit, et qui eam diligebant, et spem haberent in ea, benefaceret eis Dominus propter eam.

XLI. Cómo, mientras lloraba largamente por los pecadores, se le apareció el Señor y con su propia mano enjugó las lágrimas de sus ojos.

XLII. Cómo durante cinco años fue visitada cada día por los ángeles, y con frecuencia por la Madre del Señor o por los apóstoles; y, sin embargo, nada le bastaba sino solo Dios.

XLIII. Cómo vivió en un triple estado; y esto fue yacer en el triple lecho del Cantar de los Cantares.

Libro III, capítulo I. De cómo quedó ciega once años antes de su muerte, por lo cual alcanzó una luz interior más espléndida.

II. Cómo se le apareció Jordán, de santa memoria, Maestro de la Orden de Predicadores, y le dijo que estaba entre los coros de los apóstoles y de los profetas.

III. Cómo por tercera vez cumplió siete años de ayuno.

IV. Cómo el cardenal Jacobo, muerto en Roma, se le apareció al cuarto día, estando ella arrebatada al cielo, y le dijo que había sido librado del purgatorio.

V. Cómo predijo con cinco años de antelación el día de su muerte.

VI. Cómo el mismo año, en la vigilia de la Natividad del Señor, se le apareció el dicho maestro Jordán y le dijo que su muerte estaba cerca.

VII. Cómo, cuatro años antes de su muerte, cuando el pueblo de los tártaros asolaba muchos reinos y se temía que llegara por toda Alemania, predijo que no llegaría, sino que se volvería atrás.

VIII. Cómo le fue mostrado después de su muerte don Balduino de Barbençon, prior de Oignies.

IX. Cómo contemplaba el rostro de Cristo, según aquello del Cantar: Mi alma se derritió cuando mi amado, etc. Me encontraron (Cant 5,6–7).

X. Cómo, oyéndolo una monja, se dejó oír sobre ella una voz: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31).

XI. Cómo, un año antes de su muerte, Cristo le pedía solo tres cosas.

XII. Cómo en el tiempo pascual anterior a su muerte se le apareció Cristo el Señor con María, su madre, y le predijo su muerte.

XIII. Cómo quince días antes de su muerte se le aparecieron la bienaventurada Virgen María y san Juan Bautista, y algunos amigos suyos muy queridos que ya habían muerto, anunciándole su tránsito; y su gloriosísima respuesta sobre cómo podía conocer y distinguir a los santos que se le aparecían en multitud.

XIV. Cómo reprendió a las hermanas que estaban en la enfermería, y predijo que después de su muerte el Señor las corregiría; y cómo sucedió.

XV. Cómo cierto amigo suyo seglar había pecado gravemente y alcanzó el perdón por sus oraciones; y cómo el Señor haría bien, por amor de ella, no solo a él, sino a todos los que ella amó y a los que la amaban y ponían en ella su esperanza.

XVI Quomodo mortua fuit, et quid egit in morte: et quomodo dixit, exercitum caelestem esse in claustro, quando intrabat mors.

XVII Quomodo ante mortem oculos apertos postea non reclusit: et quid senserunt aliquae in morte eius: et qualis fuit facies eius in morte, et post mortem.

XVIII Quomodo quaedam Soror habuit manum impotentem; et per attactum corporis eius, ubi lauabatur, sanata est.

XIX Quomodo multis annis praedixerat, quod mihi sufficere deberet minor digitus suus post mortem suam, qui manum eius affectaueram, et quam miraculose hoc adimpletum sit.

XX Quomodo corpus eius sepultum fuit.

XXI Quomodo apparuit cuidam Moniali, et quomodo sine Purgatorio dixit se transiuisse, et liberasse multas animas de Purgatorio; et praedixit aliam morituram, et mortua est immediate post.

XXII Quomodo pestem, quae inter Moniales secundum prophetiam eius uenerat, uisa est sedasse in uisione cuiusdam Monialis.

XXIII Quomodo nobilis puella Beatrix sanata est per uelum eius.

XXIV Quomodo D. Alardus Capellanus sanatus est.

XXV Quomodo Oda Suppriorissa sanata est.

XXV Quomodo quaedam Monialis probat uirtutem eius in liliis positis ad tumulum eius.

XXVII Quomodo Maria de Andena a dolore capitis ualidissimo per uelum eius sanata est subito.

XXVIII Quomodo cingulo eius quaedam matrona liberata est, in partu periculose laborans: et hoc idem expertae sunt multae aliae.

Liber Primus

De uita S. Lutgardis in ordine Benedictino peracta.

CAPUT I. A matrimonio et amore uirorum animus auocatus amore diuino constringitur.

Pia Lutgardis Virgo, ex illa quondam famosissima ciuitate Tungrensi, matre nobili, patre ciue, originem duxit. Pater itaque tenerrime filiam diligens, et secundum fastum seculi eam cupiens prosperari; uiginti marcas argenti, cum illa adhuc esset infantula, cuidam credidit mercatori, ut ex iis medio tempore, quo paruula cresceret, multiplicatis copiis paraphernalia nupturae filiae in dotibus augerentur. Puella autem crescens, et quid pro se fiebat agnoscens, prout talis aetas uelle poterat, ad coniugium inhiabat.

XVI. Cómo murió, y qué hizo en la muerte; y cómo dijo que el ejército celestial estaba en el claustro cuando entraba la muerte.

XVII. Cómo los ojos que abrió antes de morir ya no los volvió a cerrar; y qué sintieron algunas en su muerte; y cómo fue su rostro en la muerte y después de ella.

XVIII. Cómo cierta hermana tenía una mano inútil, y quedó sana al tocar su cuerpo mientras lo lavaban.

XIX. Cómo muchos años antes había predicho que, después de su muerte, me bastaría su dedo meñique a mí, que había codiciado su mano; y cuán milagrosamente se cumplió.

XX. Cómo fue sepultado su cuerpo.

XXI. Cómo se apareció a cierta monja, y cómo dijo que había pasado sin purgatorio y que había librado a muchas almas del purgatorio; y predijo que otra moriría, y esta murió inmediatamente después.

XXII. Cómo, en la visión de cierta monja, se la vio calmar la peste que, según su profecía, había llegado entre las monjas.

XXIII. Cómo una noble doncella, Beatriz, fue sanada por su velo.

XXIV. Cómo fue sanado don Alardo, el capellán.

XXV. Cómo fue sanada Oda, la subpriora.

XXVI. Cómo cierta monja comprobó su virtud por medio de unos lirios puestos junto a su sepulcro.

XXVII. Cómo María de Andenne fue sanada de repente de un violentísimo dolor de cabeza por medio de su velo.

XXVIII. Cómo por su cíngulo cierta matrona quedó libre cuando sufría un parto peligroso; y lo mismo han experimentado muchas otras.

Libro Primero.

La vida de santa Lutgarda en la Orden benedictina

I. Apartada del matrimonio y del amor de los hombres, su alma queda presa del amor divino

La piadosa virgen Lutgarda tuvo su origen en aquella ciudad de Tongres, en otro tiempo famosísima, de madre noble y padre burgués. Su padre, pues, que amaba tiernísimamente a su hija y deseaba verla prosperar según el fausto del siglo, confió veinte marcos de plata a cierto mercader cuando ella era todavía una niña pequeña, para que entretanto, mientras la pequeña crecía, multiplicado el caudal, se acrecentaran los bienes de la dote de la hija que había de casarse. La niña, al crecer y entender lo que se hacía por ella, anhelaba el matrimonio, tanto como puede quererlo una edad semejante.

Sed pius Dominus, prouidus futurorum, qui uocat ea quae non sunt tamquam ea quae sunt, frustrato patris consilio, de Lutgarde, sponsanda sibi, aliter disponebat. Ille enim qui deputatam Lutgardi pecuniam per mercationes susceperat ampliandam, frequenter in Angliam transiens, et per infortunia diuersa dissiliens, usque ad unam marcam uiginti marcas totaliter dissipauit. Nec ista tamen intentionem patris aut effrontem impudentiam filiae a proposito reuocassent; nisi piae matris instantia mentem filiae, modo minis, modo blanditiis euicisset. Dicebat enim mater filiae, et hoc saepius inculcabat: Si nubere Christo uolueris, monasterium tibi, ubicumque uolueris, honestissimum praeparabo. Si uero uirum mortalem elegeris, nullum alium nisi uaccarum custodem habebis. His ergo et huiusmodi uerbis illa praeclara mulier, et uiri uotum, et filiae uoluntatem ad melioris conditionis propositum inclinauit. Fuit tamen in ornatu uestium, quamdiu degit apud patrem; sed iocos inhonestos fugit, et amatorias confabulationes, et ineptias penitus puellares: et mirum in modum, cum necdum cognosceret Dominum (nec enim ei tunc in aliquo fuerat reuelatus) in corde tamen, cum sola esset, sentiebat interius nescio quid diuini. Et reuera ex tunc sibi templum habitationis suae dignissimum in Lutgarde Dominus praeparabat. Obtinuit ergo cum gratia diuina ius maternum in filia: et annorum paulo plus quam duodecim aetate adepta, in monasterio S. Catharinae, iuxta oppidum S. Trudonis in Hasbania, inter Moniales Ordinis S. Benedicti, diuino seruitio mancipatur.

Quam cum iuuenis, diuitiis pollens et genere, procaretur, animum interdum coepit uerbis illius leniter inclinare. Cumque tempus et locum iuuenis obseruaret, clam de nocte domum, in qua uirgo iacebat, adire tentabat. Nec mora: cum accessisset, repentino timore correptus aufugit. Institit ergo diabolus miris modis, ut ad consensum. puellarem animum inclinaret: sed frustra, quia Omnipotens non permisit. Cumque ad colloquium iuuenis simplex quandoque puella sederet, apparuit ipsi Christus in ipsa humanitatis forma, qua inter homines quondam fuerat conuersatus; et pectori uestem detrahens, qua uidebatur obtectus, uulnus lateris ostendit, quasi recenti sanguine cruentatum, dicens: Blanditias inepti amoris ulterius non requiras: hic iugiter contemplare quid diligas, et cur diligas: hic totius puritatis delicias tibi spondeo consequendas.

Pero el piadoso Señor, que prevé lo venidero y llama a las cosas que no son como si fueran (Rom 4,17), frustró el designio del padre y dispuso otra cosa de Lutgarda, a quien había de desposar consigo. Porque aquel que había recibido el dinero destinado a Lutgarda para acrecentarlo con el comercio, pasando a menudo a Inglaterra y arruinándose por diversos infortunios, disipó por completo los veinte marcos, hasta no quedar más que uno. Y, sin embargo, esto no habría apartado de su propósito la intención del padre ni la descarada desvergüenza de la hija, si la insistencia de su piadosa madre no hubiera vencido el ánimo de la hija, ya con amenazas, ya con halagos. Pues la madre decía a la hija, y se lo inculcaba muy a menudo: «Si quieres casarte con Cristo, te prepararé un monasterio honradísimo, dondequiera que quieras. Pero si eliges a un hombre mortal, no tendrás a otro que a un vaquero». Con estas y otras palabras semejantes, aquella insigne mujer inclinó tanto el deseo del marido como la voluntad de la hija al propósito de un estado mejor. Mientras vivió en casa de su padre, vestía aún con adornos; pero huía de las bromas deshonestas, de las conversaciones amorosas y de todas las necedades de muchacha; y, cosa admirable, aunque todavía no conocía al Señor (pues aún no se le había revelado en nada), sentía sin embargo en lo íntimo del corazón, cuando estaba sola, no sé qué de divino. Y en verdad, ya desde entonces el Señor se preparaba en Lutgarda un templo dignísimo para su morada. Prevaleció, pues, con la gracia divina el derecho materno sobre la hija; y, llegada a la edad de poco más de doce años, fue entregada al servicio divino en el monasterio de Santa Catalina, junto a la villa de San Trond, en Hesbaye, entre las monjas de la Orden de San Benito.

Como la pretendiera un joven poderoso en riquezas y linaje, ella empezó a veces a inclinar suavemente su ánimo a las palabras de él. Y el joven, acechando el momento y el lugar, intentaba llegar de noche, a escondidas, a la casa donde dormía la doncella. Pero apenas se hubo acercado, presa de un temor repentino, huyó. Insistió, pues, el diablo de extrañas maneras para inclinar al consentimiento el ánimo de la muchacha; pero en vano, porque el Omnipotente no lo permitió. Y estando una vez la sencilla muchacha sentada en conversación con el joven, se le apareció Cristo en la misma forma de su humanidad con que en otro tiempo había vivido entre los hombres; y, apartando de su pecho la vestidura con que parecía cubierto, le mostró la llaga del costado, ensangrentada como con sangre reciente, y le dijo: «No busques más los halagos de un amor necio: contempla aquí sin cesar qué debes amar y por qué debes amarlo; aquí te prometo que alcanzarás las delicias de toda pureza».

Tali igitur Lutgardis oraculo pauefacta, statim oculis cordis haesit, quid uidisset excipere: et quasi columba meditans, in fenestra ad introitum solaris luminis, ostium crystallinum arcae typici corporis Christi pertinaciter obseruabat. Mox flore carnis abeso, uultu palluit, ut omnis amans: et superno interius splendore lustrata, totius uanitatis se sensit amisisse caliginem. Quam dum die quadam matrona quaedam nobilis et deuota uidisset, spiritu prophetiae intulit, quod subiungo: Tu, inquit, ut uideo, bona Agnes, et uere Agnes altera eris. Nec mora uenit iuuenis, et de proposito sermone coepit replicare sermonem. Cui illa, ut quondam Agnes beatissima hianti ore respondit: Discede a me, pabulum mortis, nutrimentum facinoris, quoniam ab alio amatore praeuenta sum.

Sed et alius quidam iuuenis, in armis Miles strenuus, Lutgardem, Deo iam sincerius inhaerentem nihilominus adamauit. Hic cum multis iam annis renitentem animo procaretur; illa eum decenter primo, et postmodum seriosius auertebat. Cumque uideret Militem in stultitia pertinacem, ab ea illo in tempore contumeliosis sermonibus est repulsus.

Despectum ergo se dolens Miles, quid facere possit excogitat; et accidit quod Lutgardis, a sorore sua per nuntios accersita, iter arriperet: cui iuuenis obuius cum turba satellitum eam rapere nitebatur. Mox puella, equo quo sedebat exiliens, a manibus se iuuenis uiolenter extorsit; et tota nocte fugiens, per ignota siluarum, Angelico ductu, ad domum nutricis mane peruenit. Quam ut nutrix uidit, suspicata raptum, dixit: Numquid te iuuenis ille hac nocte uiolenter oppressit? Cui illa: Non, inquit. Nec mirum si nutrix hoc suspicabatur, ut diximus: Serui enim eius, ut uiderunt praecedenti uespere iuuenem super se cum manu ualida uenientem, fugerunt; et ut in talibus mos est, inclamauerunt iuuenem ut raptorem. Et ille uoce clamantium pauefactus, cessauit a persecutione Virginis, et aufugit. Occasione igitur huius clamoris et fugae, in suspicionem hominum innocens puella deuenit.

In hoc autem euentu quiddam factum est, quod nequaquam est silentio pertranseundum. Satelles quidam, cum ad rapiendum Miles equo eminus descendisset, in tenendo equo obsequium familiare praestabat. Hunc Virgo Lutgardis, frustratis uiribus Militis, animo pertinacem inspiciens; non tam imprecata, quam praeuidens, inclamauit: Manu, inquit, qua lora equi tenes Militis, infestantis, opera in proximo facies, quibus in hoc seculo temporaliter confundaris. Vide ergo lector quam cito hoc sit et ueraciter insecutum.

Sobrecogida, pues, Lutgarda por semejante oráculo, se aplicó al punto con los ojos del corazón a acoger lo que había visto; y, como paloma que medita en la ventana por donde entra la luz del sol, contemplaba sin descanso la puerta cristalina del arca que figuraba el cuerpo de Cristo. Pronto, consumida la flor de la carne, palideció su rostro, como el de todo amante; e iluminada interiormente por un resplandor de lo alto, sintió que había perdido la tiniebla de toda vanidad. Viéndola un día cierta matrona noble y devota, dijo con espíritu de profecía lo que añado: «Tú —dijo—, según veo, eres una buena Inés, y en verdad serás otra Inés». Poco después vino el joven y comenzó a hablarle de nuevo de lo que pretendía. Y ella, como en otro tiempo la beatísima Inés, le respondió mientras él la miraba boquiabierto: «Apártate de mí, pasto de muerte, alimento del crimen, porque otro amante se me ha adelantado».

Pero también otro joven, caballero esforzado en las armas, se enamoró no obstante de Lutgarda, que ya se adhería a Dios con más sinceridad. Durante muchos años la pretendió, aunque ella lo resistía en su ánimo; y ella lo rechazaba, primero con cortesía y después con mayor seriedad. Y cuando vio al caballero obstinado en su necedad, lo despidió aquella vez con palabras afrentosas.

El caballero, pues, dolido por verse despreciado, discurría qué podría hacer; y sucedió que Lutgarda, llamada por su hermana mediante mensajeros, se puso en camino; y el joven le salió al encuentro con un tropel de secuaces e intentó raptarla. Al punto la muchacha, saltando del caballo en que iba montada, se arrancó con violencia de las manos del joven; y huyendo toda la noche por parajes desconocidos de los bosques, guiada por un ángel, llegó por la mañana a casa de su nodriza. Cuando la vio la nodriza, sospechando que la habían forzado, le dijo: «¿Acaso aquel joven te ha forzado esta noche?» Y ella respondió: «No». Y no es de extrañar que la nodriza lo sospechara, como hemos dicho; pues los criados de ella, al ver la tarde anterior que el joven se les echaba encima con una fuerte banda, huyeron y, como es costumbre en tales casos, lo pregonaron a gritos como raptor. Y él, aterrado por las voces de los que gritaban, cesó de perseguir a la doncella y huyó. Con ocasión, pues, de aquel griterío y de aquella fuga, la inocente muchacha cayó en sospecha ante la gente.

Pero en este suceso ocurrió algo que de ningún modo debe pasarse en silencio. Cuando el caballero, para raptarla, bajó del caballo a cierta distancia, uno de sus secuaces le prestaba el servicio doméstico de sujetarle el caballo. La virgen Lutgarda, viéndolo obstinado en su ánimo, aun frustradas ya las fuerzas del caballero, no tanto maldiciéndolo cuanto previéndolo, le gritó: «Con la mano con que sostienes las riendas del caballo del caballero que me acosa —dijo—, harás pronto obras por las que serás afrentado en este siglo, en las cosas temporales». Mira, pues, lector, cuán pronto y cuán verdaderamente se cumplió.

Rediens enim domum, manu illa, qua fraenum tenuerat, uxorem propriam mox occidit; et propter hoc expulsus de patria, bonis omnibus est priuatus.

Nec multo post rediens a sorore in oppidum S. Trudonis, eques cum famulis ueniebat. Concursu ergo populi curiosius glomerata, ibi immenso coepit erubescentiae pondere fatigari, statimque Christum reduxit ad mentem; et fortiter animo imperans, mox uelum a facie manu iniecta dimouit. Christo sic inquiens: Pro nobis, innocentissime omnium Domine; pro nobis, pulcherrime, uestibus spoliatus, ad columnam ligatus es, et in derisionem furentis populi chlamyde purpurea indutus; et serto spineo coronatus, nudus in patibulo pependisti: nihil ergo inueniens quod rependam, pudorem istum tibi offero pro te spretum. Mira res uix uerba compleuit; et in reuelatione faciei eius confusa populi multitudo discessit. Ipsa uero ad monasterium rediens, in bonis potioribus Domini, ab illa die et deinceps proficiens, exultauit [fratri quidem Bernardo, Fratri Ordinis Praedicatorum, et Poenitentiario Domini Papae, non utique sicut mihi, quia digniori et magis ad capiendum idoneo spiritu, cuncta cordis sui secreta totaliter reuelauit. Credo tamen quod non minus totaliter et si minus digno mihi hoc dixit: et ipse consentio, quod ante diu Dominum rogauerat, ut ei aliquando mitteret confusionem, in qua posset Passionis Dominicae confusionen praesentialiter imitari.]

Hinc igitur ab omni fere locutione et consolatione hominum sequestrata, tota caelestibus inhiabat. Cumque nonnullae aemulae arctiorem eius uitam carperent, quam non poterant imitari; dixerunt: Sinite eam adhuc, dum feruor in cursu est: postea uidebitis, cum tepuerit, illam cum rubore repetere, quae nunc stulta contemnit. Haec cum Lutgardis audiret, coepit humiliter de se ipsa pauere; et an forte futura essent, quae aetate prouectiores de ea dicerent, cum gemitu formidare. Cui B. Maria Virgo in uultu congratulantis apparens; Non, inquit, dilectissima filia, non ita erit, ut metuis; nec paueas recidiuum: mea te solicitudine protegente firmaberis in salutem, nec minuetur in te uirtutis actus aut gratia; sed de die in diem semper cumulabitur tibi ad coronam. Praeclara utique et ineffabiliter amplectenda promissio.

Pues, al volver a su casa, con aquella misma mano con que había sujetado el freno mató poco después a su propia esposa; y por ello, expulsado de su tierra, fue privado de todos sus bienes.

No mucho después, volviendo de casa de su hermana a la villa de San Trond, venía a caballo con sus criados. Rodeada allí por el gentío, que se agolpaba con curiosidad, comenzó a sentirse abrumada por un inmenso peso de vergüenza, y al punto trajo a Cristo a la memoria; y, dominándose con fortaleza, llevó la mano al rostro y se apartó el velo. Y dijo así a Cristo: «Por nosotros, Señor, el más inocente de todos; por nosotros, hermosísimo, fuiste despojado de tus vestiduras, atado a la columna y vestido con un manto de púrpura para escarnio de un pueblo enfurecido; y, coronado con una guirnalda de espinas, colgaste desnudo del patíbulo. Así pues, no hallando nada con que corresponderte, te ofrezco esta vergüenza, despreciada por ti». ¡Cosa admirable! Apenas había acabado estas palabras, cuando, al descubrir ella el rostro, la muchedumbre se retiró confundida. Ella, en cambio, volviendo al monasterio, se regocijó, aprovechando desde aquel día en adelante en los bienes más excelentes del Señor. [A fray Bernardo, fraile de la Orden de Predicadores y penitenciario del señor papa, le reveló por entero todos los secretos de su corazón —no, desde luego, como a mí, porque era de espíritu más digno y más apto para recibirlos—. Creo, sin embargo, que esto no me lo dijo a mí menos por entero, aunque yo fuera menos digno; y yo mismo convengo en que mucho antes había pedido al Señor que le enviara alguna vez una vergüenza en la que pudiera imitar en su propia persona la vergüenza de la Pasión del Señor.]

Desde entonces, pues, apartada de casi toda conversación y consuelo de los hombres, anhelaba enteramente las cosas celestiales. Y como algunas, envidiosas, censuraran su vida más austera, que no podían imitar, dijeron: «Dejadla por ahora, mientras le dura el fervor; después veréis cómo, cuando se haya entibiado, vuelve con rubor a lo que ahora necia desprecia». Al oír esto Lutgarda, comenzó a temer humildemente de sí misma, y a recelar con gemidos que quizá llegara a cumplirse lo que de ella decían las de más edad. Se le apareció entonces la bienaventurada Virgen María con rostro de quien se alegra con ella y le dijo: «No, hija amadísima, no será como temes; no tengas miedo de recaer: protegiéndote mi solicitud, serás afianzada para la salvación, y no disminuirán en ti ni el ejercicio de la virtud ni la gracia, sino que de día en día se te irán acumulando siempre para tu corona». ¡Promesa ilustre, en verdad, y digna de abrazarse más allá de toda palabra!

Verumtamen dum ipsa in oratione aut contemplatione Domino dulciter iungeretur, et eam aliquod urgens negotium euocaret, quasi amico familiariter loqueretur, Domino cum magna simplicitate et cordis puritate dicebat: Domine Jesu, expecta me hic: iam cito expedita reuertar ad te. Mira demulcentis simplicitas! mira Redemptoris clementia circa eam! paratum enim eum illi in omni loco dominationis eius, paratum in omni negotio comprobauit.

Sub eodem fere tempore beatissima uirgo Catharina, Protectrix ipsius monasterii et Patrona, apparuit, in maxima gloria claritatis, flenti pariter et oranti. Cui cum pauidissime supplicaret, ut pro se Dominum exoraret; respondit B. Catharina, et dixit: Confide, filia, quia semper in te gratiam augebit Omnipotens, donec per summum uitae fastigium, meritum inter Virgines potissimum consequaris. Haec mihi sicut et alia plurima ipsamet ante mortem, sacramento a me constricta, narrauit. Ut autem in ore duorum testium uerbum subsisteret ueritatis, cuidam beatissimae faeminae B. Catharina apparuit, dicens: Lutgardem interuentricem tibi quaeras et matrem. Quae ab omnipotente Domino par mihi meritum in caelo obtinebit et locum. Videte ergo, o uos Aquiriae Moniales, quanti inter uos meriti quadraginta annis mulier habitauit: quantum per eam profeceritis cernite: si dignam ei omnes reuerentiam impendistis, diligentius pertractate. Certus sum enim, quod honorantibus meritum, negligentibus, si doluerint, ueniam impetrabit.

Ut ergo maiora horum de ea credi pariter possint et probari, miraculum gloriosissimum uotum pluribus enarrabo. In sancto die Pentecostes cum in choro a Monialibus, Veni creator Spiritus, cantaretur; ab his quae in choro erant manifestissime uisum est, Lutgardem ad duos cubitos a terra in aëre sublimari. Nec mirum si corpus a terra ad caelum suspensum sit, cuius anima mundo iam effecta sublimior, caelum secundum promissum Domini possidebat; Omnis, inquit, locus quem calcauerit pes uester, uester erit. Pede utique affectus caelum sine spatio illocale calcauit, quod ideo caelibi mente calcatum, etiam corporis gestu pro sua possibilitate suscepit. Faelix ergo Lutgardis per tantum miraculum, cuius corpus et anima exultauerunt in Deum uiuum.

Nec non et istud solemnissimum fuit miraculum, quod subiungo. Perfectius, secundum quod ei promissum a matre Domini fuerat, de die in diem semet ipsam Domino in holocaustum gratuitum dedit, corpus affligens ieiuniis, et ab oratione spiritum non relaxans. Ne autem in cordibus Sororum, quae aemulari eam aliquantulum uidebantur, suspicionis alicuius scrupulus remaneret; Christus sponsam suam huiusmodi miraculo decorauit. Lutgarde ergo crebrius continuante uigilias, accidit una nocte, ut super eam a Monialibus super solis splendorem per magnum spatium noctis, iubar luminis uideretur.

Y, sin embargo, cuando estaba dulcemente unida al Señor en la oración o en la contemplación y algún asunto urgente la llamaba, decía al Señor con gran sencillez y pureza de corazón, como quien habla con familiaridad a un amigo: «Señor Jesús, espérame aquí: en cuanto termine, vuelvo enseguida contigo». ¡Admirable sencillez la de sus caricias! ¡Admirable clemencia del Redentor para con ella! Pues lo halló dispuesto para ella en todo lugar de su señorío (Sal 103,22), dispuesto en toda ocupación.

Por el mismo tiempo, la beatísima virgen Catalina, protectora y patrona de aquel monasterio, se apareció en grandísima gloria de claridad a Lutgarda mientras lloraba y oraba. Y como ella, llena de temor, le suplicara que rogara al Señor por ella, respondió santa Catalina y dijo: «Ten confianza, hija, porque el Omnipotente aumentará siempre en ti la gracia, hasta que, por la más alta cumbre de la vida, alcances entre las vírgenes el mérito más excelso». Esto me lo contó ella misma antes de su muerte, como otras muchísimas cosas, después de que yo la obligara con juramento. Y para que la palabra de la verdad se mantuviera por boca de dos testigos (Mt 18,16), santa Catalina se apareció a cierta mujer beatísima y le dijo: «Busca a Lutgarda como intercesora y madre tuya. Ella obtendrá del Señor omnipotente un mérito y un lugar en el cielo iguales a los míos». Ved, pues, oh vosotras, monjas de Aywières, de cuánto mérito era la mujer que habitó entre vosotras cuarenta años; considerad cuánto habéis aprovechado por ella; examinad con más cuidado si todas le tributasteis la reverencia que merecía. Pues estoy seguro de que a las que la honraron les alcanzará mérito, y a las que la descuidaron, si se duelen de ello, perdón.

Para que, pues, puedan creerse y probarse de ella cosas aún mayores que estas, contaré un gloriosísimo milagro, conocido de muchos. En el santo día de Pentecostés, mientras las monjas cantaban en el coro el «Veni Creator Spiritus», las que estaban en el coro vieron clarísimamente que Lutgarda se elevaba en el aire dos codos sobre el suelo. Y no es de extrañar que se suspendiera de la tierra hacia el cielo el cuerpo de aquella cuya alma, hecha ya más alta que el mundo, poseía el cielo según la promesa del Señor: Todo lugar, dice, que pise vuestro pie será vuestro (Jos 1,3). Con el pie del afecto, en efecto, pisó el cielo, que no tiene espacio ni lugar; y el cielo que pisaba con su mente célibe lo alcanzó también, en cuanto le era posible, con el movimiento de su cuerpo. Feliz, pues, Lutgarda por tan gran milagro, cuyo cuerpo y alma se regocijaron en el Dios vivo (Sal 84,3).

Y fue también solemnísimo este milagro que añado. Según le había prometido la Madre del Señor, de día en día se entregaba con mayor perfección al Señor en holocausto voluntario, afligiendo el cuerpo con ayunos y sin dejar que el espíritu aflojara en la oración. Y para que no quedara ningún escrúpulo de sospecha en el corazón de las hermanas que parecían tenerle algo de envidia, Cristo honró a su esposa con un milagro de esta clase. Prolongando, pues, Lutgarda sus vigilias con mayor frecuencia, sucedió una noche que las monjas vieron sobre ella, durante gran parte de la noche, un fulgor de luz más brillante que el resplandor del sol.

Quod utique lumen transfusum interius non solum in ipsam, sed et in illas, quae uiderunt illud, spiritalis uitae gratiam augmentauit.

Spiritu pietatis super infirmos et debiles mirabiliter mouebatur, adeo ut cum afflictis ipsa magis in spiritu torqueretur. Dedit ergo ei Deus ita uniuersaliter gratiam curationum, ut si esset macula in oculo, aut malum aliud in manu, pede, uel membris aliis, ad contractum saliuae uel manus illius protinus curabantur. Cumque in hac gratia multitudine hominum obrueretur, qui eam in oratione saepius impedirent; dixit Domino: Quid mihi, Domine, ista gratia, per quam a uacando tibi frequenter impedior? Aufer eam a me, ita tamen ut mihi in melius gratia commutetur. Et Dominus; Quid uis, ait, ut pro hac gratia detur tibi? Et illa uolo, inquit, ut ad maiorem deuotionem Psalterium, per quod orem, intelligam. Et factum est ita. Nam ut illo in tempore probatum est, Psalterium tanto lucidius intellexit, quanto radiantiori lumine fuerat illustrata. Post haec cum nondum se tantum, quantum putauerat, in hac gratia proficere comperisset, (reuerentia enim uelati mysterii mater est deuotionis, et res celata auidius quaeritur, et uenerabilius absconsa conspicitur) dixit Domino, Quid mihi idiotae et rusticae, et Laicae Moniali Scripturae secreta cognoscere? Cui Dominus: Quid uis? Volo, inquit, [cor tuum. Et Dominus, Quin ego potius et cor tuum uolo. Cui illa: Ita sit Domine: sed tamen sic,] ut cordis tui amorem cordi meo contemperes et in te cor meum possideam, omni tempore tuo munimine iam securum. [Facta est ex tunc communicatio cordium quin potius unio spiritus increati et creati per excellentiam gratiae, et hoc est quod Apostolus dicit. Quae adhaeret Deo, unus spiritus efficitur]. Attende, Lector, mira dicturus sum: Ab illo ergo die, sicut nutrix cum flabello infantulum custodit in cunis, ne eum muscarum proteruitas inquietet; ita in ostio cordis eius Christus ad custodiam haesit: ut nec tentatio carnis, aut turpis saltem cogitatio, mentem eius ad momenti spatium perturbaret. Quid miri? quid noui? Idem ille est, qui dixerat ex antiquo; Qui tangit uos, tangit pupillam oculi mei. Oculis plus aliis membris cauere solemus. Quid noui igitur, si animae piae Lutgardis Christus cauit quam pupillae sui oculi comparauit? Minus dixi quam debui. Dignior est quaelibet anima fidelis, oculo corporis Christi, cuius oculus moriens caligauit, et totum corpus pro anima in redemptionis piaculum obtulit.

Y aquella luz, derramada interiormente no solo en ella, sino también en las que la vieron, acrecentó en ellas la gracia de la vida espiritual.

Se conmovía admirablemente con espíritu de piedad hacia los enfermos y los débiles, hasta el punto de que, con los afligidos, ella misma se atormentaba aún más en su espíritu. Le dio, pues, Dios la gracia de las curaciones de modo tan universal que, si había una mancha en un ojo, o algún otro mal en una mano, en un pie o en otros miembros, al contacto de su saliva o de su mano quedaban curados al instante. Y como por esta gracia se viera abrumada por una multitud de gente que con frecuencia le estorbaba la oración, dijo al Señor: «¿De qué me sirve, Señor, esta gracia, por la que a menudo me veo impedida de dedicarme a ti? Quítamela, pero de tal modo que esta gracia se me cambie en otra mejor». Y el Señor le dijo: «¿Qué quieres que se te dé en lugar de esta gracia?» Y ella dijo: «Quiero entender el Salterio con que rezo, para orar con mayor devoción». Y así se hizo. Pues, como se comprobó en aquel tiempo, entendió el Salterio con tanta mayor claridad cuanto más radiante era la luz con que había sido iluminada. Después de esto, como hallara que no aprovechaba en esta gracia tanto como había pensado (pues la reverencia ante el misterio velado es madre de la devoción, y lo que está oculto se busca con más avidez y lo escondido se contempla con mayor veneración), dijo al Señor: «¿Qué me importa a mí, monja ignorante, rústica e iletrada, conocer los secretos de la Escritura?» Le dijo el Señor: «¿Qué quieres?» «Quiero —dijo— [tu corazón». Y el Señor: «No; más bien soy yo quien quiere tu corazón». Y ella: «Así sea, Señor, pero de tal modo] que mezcles el amor de tu corazón con mi corazón, y que yo posea mi corazón en ti, seguro ya en todo tiempo bajo tu protección». [Desde entonces hubo un intercambio de corazones, o más bien una unión del espíritu increado y del creado por la excelencia de la gracia; y esto es lo que dice el Apóstol: La que se une a Dios se hace un solo espíritu (1 Cor 6,17).] Atiende, lector, que voy a contar maravillas: desde aquel día, como la nodriza guarda con el abanico al niño pequeño en la cuna para que no lo inquiete la insolencia de las moscas, así Cristo se quedó de guardia a la puerta de su corazón, de modo que ni la tentación de la carne, ni siquiera un pensamiento torpe, turbó su mente un solo instante. ¿Qué tiene de extraño? ¿Qué tiene de nuevo? Es el mismo que había dicho antiguamente: Quien os toca, toca la niña de mis ojos (Zac 2,12). Solemos cuidar los ojos más que los demás miembros. ¿Qué hay de nuevo, entonces, en que Cristo protegiera el alma de la piadosa Lutgarda, a la que había comparado con la niña de sus ojos? He dicho menos de lo que debía. Cualquier alma fiel es más digna que el ojo del cuerpo de Cristo, cuyo ojo se oscureció al morir, y que ofreció todo su cuerpo por el alma como sacrificio expiatorio de la redención.

Sub eodem fere tempore, cum esset adhuc corpore et aetate tenerrima, nocte quadam circa Matutinarum tempus, sudor tam uehemens et naturalis inuasit. Disponente ergo ea in corde a Matutinis quiescere, ut postea in Dei seruitio fortior esset: (nimirum cum corpori suo utilem duceret esse sudorem illum) subito ad eam uox huiusmodi inclamauit: Surge cito: quid iaces? Oportet te modo pro peccatoribus, qui in suis iacent sordibus, poenitentiam aegere, non indulgere sudori. At illa, ad uocem huiusmodi pauefacta, cito surrexit; et inchoatis iam Matutinis ad ecclesiam festinauit. Nec mora. In ipso ostio ecclesiae ei Christus cruci affixus cruentatus occurrit: deponensque brachium cruci affixum, amplexatus est occurrentem, et os eius uulneri dextri lateris applicauit. Ubi tantum dulcedinis hausit, quod semper ex tunc in Dei seruitio robustior et alacrior fuit. Referebant qui haec, illa reuelante, illo in tempore et diu postea probauerunt, quod saliua oris eius super omnem mellis dulcorem suauius sapiebat. Quid miri? Fauus distillans labia tua, Sponsa; et mel diuinitatis, et lac humanitatis Christi, etiam tacente lingua, cor interius ruminabat.

Caput II.

Variae extases et uisiones diuinae. Transitus a Benedictino ad Cisterciensem Ordinem.

Cum aliquo incommodo cordis aut corporis grauaretur, stabat ante imaginem Crucifixi: et cum diu fixis oculis imaginem inspexisset, clausis oculis et resolutis in terram membris, instar Danielis uiri desideriorum, super pedes suos stare non poterat; sed elanguens prorsus rapiebatur in spiritu, et uidebat Christum cum uulnere lateris cruentato; et exinde tantam dulcedinem apposito cordis ore sugebat, ut in nullo posset penitus tribulari. Unde aliquando accidit, ut acutissima febre laborans, statim ubi die debito criticauit, de lecto surgens, sine omni difficultate, conuentum et chorum ad cantandum intraret.

Proinde ad recordationem illius acutissimae uisionis aquilae, Joannis scilicet Euangelistae, qui fluenta Euangelii de ipso sacro Dominici pectoris fonte potauit; apparuit ei in spiritu aquila, tanto pennarum nitore refulgens, ut totus potuisset orbis illius claritatis radiis illustrari. Ad uisionem ergo illius super id quod dici potest admiratione nimia stupefacta; praestolabatur ut Dominus, secundum capacitatem debilis aciei, tanti speculationis gloriam temperaret. Et factum est ita.

Por el mismo tiempo, siendo aún muy tierna de cuerpo y de edad, una noche, hacia la hora de Maitines, le sobrevino un sudor tan copioso como natural. Y como resolviera en su corazón descansar y no ir a Maitines, para estar después más fuerte en el servicio de Dios (pues juzgaba que aquel sudor era provechoso para su cuerpo), de repente una voz le gritó así: «Levántate pronto: ¿qué haces ahí tendida? Ahora debes hacer penitencia por los pecadores que yacen en su inmundicia, no complacerte en el sudor». Y ella, aterrada por semejante voz, se levantó enseguida y, comenzados ya los Maitines, se apresuró hacia la iglesia. No hubo tardanza. En la misma puerta de la iglesia le salió al encuentro Cristo clavado en la cruz y ensangrentado; y, desprendiendo de la cruz el brazo clavado, la abrazó cuando llegaba y aplicó la boca de ella a la llaga de su costado derecho. Allí bebió tanta dulzura que desde entonces fue siempre más robusta y más diligente en el servicio de Dios. Referían quienes, al revelarlo ella, lo comprobaron en aquel tiempo y mucho después, que la saliva de su boca tenía un sabor más suave que toda la dulzura de la miel. ¿Qué tiene de extraño? Panal que destila son tus labios, esposa (Cant 4,11); y la miel de la divinidad y la leche de la humanidad de Cristo las rumiaba su corazón por dentro, aun callando la lengua.

II. Diversos éxtasis y visiones divinas. Su paso de la Orden benedictina a la cisterciense

Cuando la agobiaba alguna molestia del corazón o del cuerpo, se ponía de pie ante la imagen del Crucificado; y después de mirarla largo rato con los ojos fijos, cerrados los ojos y desfallecidos los miembros hacia el suelo, como Daniel, varón de deseos (Dn 10,11), no podía tenerse en pie; sino que, desfalleciendo por completo, era arrebatada en espíritu y veía a Cristo con la llaga del costado ensangrentada; y de allí, aplicándole la boca del corazón, sorbía tanta dulzura que nada podía atribularla en absoluto. Por eso sucedió alguna vez que, padeciendo una fiebre agudísima, en cuanto hizo crisis en el día debido se levantó del lecho y sin dificultad alguna entró con la comunidad en el coro para cantar.

Luego, en memoria de aquella águila de vista agudísima, es decir, de Juan Evangelista, que bebió los raudales del Evangelio en la misma fuente sagrada del pecho del Señor, se le apareció en espíritu un águila que resplandecía con tal brillo de plumas, que todo el orbe habría podido iluminarse con los rayos de su claridad. Ante aquella visión quedó pasmada de admiración más allá de cuanto puede decirse, y esperaba que el Señor templara la gloria de tan gran visión según la capacidad de su débil vista. Y así se hizo.

Visionis ergo modum moderatius contemplata, uidit quod aquila ori suo rostrum imponeret, et animam eius tam ineffabilis luminis coruscatione repleret, ut secundum id quod uiuentibus possibile est (quia Moysi dictum est; Non uidebit me homo, et uiuet) nulla eam diuinitatis secreta laterent. Tanto enim de torrente uoluptatis abundantius hausit in domo, quanto magnificentior aquila uas cordis eius extensum desiderio magis inuenit. In hoc autem ei secundum conscientiam, ut spero, non erroneum testimonium habebo; quod licet ipsa in communibus uerbis, rudis quodammodo et simplicissima uideretur et esset; tamen numquam ab ore alicuius ita sincera, ita ardentissima, ita secundum ueritatis spiritum decisa uerba, in spiritualis collationis secretis inueni; in tantum, ut rudem me prorsus et hebetem ad intellectum uerborum eius saepissime reputarem. Loci adhuc et temporis memor, tantum me aliquando in uerborum eius subtilitate stupuisse profiteor; ut si diu me illa dulcis et ineffabilis admiratio tenuisset, aut amentem me utique, aut extinctum penitus reddidisset. Sed hoc non isto in tempore, de quo ad praesens scribo, sed ante mortem eius, annis ferme sedecim, fuit.

Est oppidum in Hasbania quod dicitur Los; iuxta ecclesiam huius oppidi quaedam Reclusa, pro uitae merito familiarissima piae Lutgardi, Domino seruiebat. Apud istam diebus quindecim morabatur; et accidit ut post orationis contemplationem, tanta spiritus dulcedine repleretur, quod uocata Reclusa manus suae digitos ostendebat, et eos exprimendo dicebat: Ecce soror qualiter mecum agit Omnipotens; quia ex superabundanti gratia, repleor interius, etiam digiti mei exterius, ad significandam gratiam, uelut oleo nunc distillant. Et haec dicens quasi ebria, et uere ebria, cum gestu et tripudio mirabili, per reclusorium ferebatur. Quid miri? a sponso enim introducta in cellam uinariam, inuitata erat; et postquam, ut cara, comedit, id est, cum labore edit poenitentiae panem; et ut carior, bibit abundantiam gratiarum; tandem, sicut carissima, inebriata est; et ideo modum excedens desipientium spiritu ineffabiliter laetabatur.

Proinde anhelare coepit, ut ministerio consecrationis per manus Episcopi uni uiro Christo Domino perfectius iungeretur; et data est occasio ut Moniales plurimas congregatas Dominus Huardus Leodiensis Episcopus statueret consecrare.

Contemplando, pues, la visión de modo más templado, vio que el águila ponía el pico sobre su boca y le llenaba el alma con el fulgor de una luz tan inefable que, en cuanto es posible a los que viven —pues a Moisés se le dijo: No me verá hombre alguno y seguirá viviendo (Éx 33,20)—, ningún secreto de la divinidad le quedaba oculto. Pues tanto más abundantemente bebió en aquella casa del torrente de delicias (Sal 36,9), cuanto más dilatado por el deseo halló la magnífica águila el vaso de su corazón. En esto le daré, según mi conciencia, un testimonio que espero no sea erróneo: que, aunque en las palabras ordinarias parecía, y lo era, en cierto modo ruda y sencillísima, nunca he hallado en boca de nadie, en la intimidad de la conversación espiritual, palabras tan sinceras, tan ardientes, tan certeras según el espíritu de la verdad; tanto que muchísimas veces me tenía a mí mismo por del todo rudo y torpe para entender sus palabras. Recordando aún el lugar y el tiempo, confieso que alguna vez quedé tan pasmado ante la sutileza de sus palabras que, si aquella dulce e inefable admiración me hubiera durado mucho, sin duda me habría hecho perder el juicio o me habría quitado del todo la vida. Pero esto no fue en el tiempo del que ahora escribo, sino unos dieciséis años antes de su muerte.

Hay en Hesbaye una villa llamada Looz; junto a la iglesia de esta villa servía al Señor cierta reclusa, muy íntima de la piadosa Lutgarda por el mérito de su vida. Estaba Lutgarda con ella durante quince días; y sucedió que, tras la contemplación de la oración, se llenó de tanta dulzura de espíritu que, llamando a la reclusa, le mostraba los dedos de su mano y, oprimiéndolos, le decía: «Mira, hermana, cómo me trata el Omnipotente: porque por la gracia sobreabundante me lleno por dentro, también mis dedos, por fuera, en señal de la gracia, destilan ahora como aceite». Y diciendo esto, como ebria, y verdaderamente ebria, iba de un lado a otro por la celda de la reclusa con gestos y danzas admirables. ¿Qué tiene de extraño? Introducida por el esposo en la bodega del vino (Cant 2,4), había sido invitada; y después de comer como amada, es decir, de comer con trabajo el pan de la penitencia, y de beber como más amada la abundancia de las gracias, al fin, como amadísima, se embriagó; y por eso, excediendo toda medida, se alegraba inefablemente con el espíritu de los que están fuera de sí.

Desde entonces comenzó a anhelar unirse más perfectamente, por el ministerio de la consagración de manos del obispo, a un solo esposo, Cristo el Señor; y se presentó la ocasión cuando el señor Huard, obispo de Lieja, dispuso consagrar a muchas monjas reunidas.

Adducta est ergo et Lutgardis ad coetum Virginum consecranda: quarum capitibus cum dictus Praesul, in signum coronae aureolae, sertum ex zonis factum innecteret, et ad Lutgardem in ordine peruenisset; cuidam uiro sancto et simplici, qui astabat, manifestissime uisum est Episcopum coronam auream maximam capiti Lutgardis imponere, et eam prae aliis singulariter honorare. Hoc cum uideri ab omnibus aestimaret; quaesiuit ab astante presbytero: cur soli Dominae Lutgardi Episcopus auream coronam imponeret. Quem presbyter, rei nescius, irrisit, dicens: Numquid oculos inuersos habes, ut auream coronam dicas, quam lineam omnes uident. Siluit ergo uir beatus et risit, et in Lutgarde meritum singulare notauit. Sed et hinc testes duos ueritas habuit, quoniam hoc idem quaedam de consecratis Monialibus uidit. Mirandis plus miranda succedunt.

Ex hinc Sponso suo perfectius adhaerens, sequebatur Agnum quocumque iret: Si uiam Christi humilem praedicamus; sequentem Lutgardem ita humilem uideas, quam numquam superbia lacessiuit. Si uiam paupertatis intueor; adeo pauperem Lutgardem intelligas, quod nec quotidiani panis, quotidie tamen laborans manibus, alimoniam cogitaret. Si uiam Christi in misericordia et pietate respiciam; misericordius aliquid Lutgarde in hac uita non uidi. Si uiam Christi in tribulatione denuntiem; fatigationem Lutgardis in ieiuniis et afflictionibus cogites, quam super omnes nostrae aetatis uiros ac mulieres per totam uitam suam duxisse probabitur. Si uiam Christi ad gloriam ueneramur; Lutgardem conuersatione in caelis positam, ut in praesentiarum uidere est, incomparabiliter extollamus. In his omnibus perfectissime Petrus, in his et Maria Magdalena Agnum secuti sunt; non tamen quocumque iuit. Lutgardis autem, cohortes uirgineas sequaces habens, illa incorruptionis uia Agnum secuta est, qua praecessit.

At quoniam Lutgardem per omnia Agnum secutam diximus, uideas quid Agnus rependerit. Fas enim est sponsum sponsae suae uicem rependere. Sed uide quemadmodum reddidit. In monasterio S. Catharinae, omni sexta feria in uespere sabbathi subsequentis, in uenerationem beatissimae Virginis Mariae merito deputati, cum Versus super Responsorium cantabatur (cuius utique uersum ob gratiam deuotionis Lutgardis sola cantare solebat) uidebatur ei interim dum cantaret, quod Christus in specie Agni super pectus suum se tali modo locaret, ut unum pedem super humerum eius dexterum alium super sinistrum, et os suum ori illius imponeret; et sic sugendo de pectore illius mirabilis melodiae suauitatem extraheret. Nec dubitare quisquam poterat in hoc cantu, diuinum adesse miraculum, cum in solo Versu illo uox in infinitum solito gratior audiretur. Unde et corda audientium ad deuotionem interim mirabiliter mouebantur.

Fue llevada, pues, también Lutgarda con el grupo de vírgenes para ser consagrada; y cuando el dicho prelado ceñía sus cabezas con una guirnalda hecha de cintas, en señal de la corona de oro de las vírgenes, y llegó por su orden a Lutgarda, cierto varón santo y sencillo que estaba presente vio clarísimamente que el obispo ponía sobre la cabeza de Lutgarda una grandísima corona de oro y la honraba singularmente sobre las demás. Creyendo que todos lo veían, preguntó a un presbítero que estaba allí por qué el obispo ponía una corona de oro solo a doña Lutgarda. El presbítero, que nada sabía del asunto, se burló de él diciendo: «¿Tienes acaso los ojos del revés, para llamar corona de oro a la que todos ven que es de lino?» Calló, pues, el bienaventurado varón y sonrió, y advirtió en Lutgarda un mérito singular. Y también aquí tuvo la verdad dos testigos, porque una de las monjas consagradas vio lo mismo. A las maravillas suceden maravillas mayores.

Desde entonces, adhiriéndose más perfectamente a su Esposo, seguía al Cordero adondequiera que iba (Ap 14,4). Si predicamos el camino humilde de Cristo, verás a Lutgarda siguiéndolo, tan humilde que nunca la hostigó la soberbia. Si miro el camino de la pobreza, entiende que Lutgarda era tan pobre que ni siquiera pensaba en el sustento del pan de cada día, aunque trabajaba cada día con sus manos. Si considero el camino de Cristo en la misericordia y la piedad, nada he visto en esta vida más misericordioso que Lutgarda. Si anuncio el camino de Cristo en la tribulación, piensa en la fatiga de Lutgarda en ayunos y aflicciones, que se probará que soportó durante toda su vida más que todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Si veneramos el camino de Cristo hacia la gloria, ensalcemos sin comparación a Lutgarda, cuya vida está puesta en los cielos, como puede verse al presente. En todos estos caminos siguieron perfectísimamente al Cordero Pedro y también María Magdalena; pero no adondequiera que iba. Pero Lutgarda, con las cohortes de las vírgenes por compañeras, siguió al Cordero por aquel camino de la incorrupción por el que él fue delante.

Y puesto que hemos dicho que Lutgarda siguió al Cordero en todo, mira lo que el Cordero le dio en pago. Pues es justo que el esposo corresponda a su esposa. Pero mira de qué manera le correspondió. En el monasterio de Santa Catalina, todos los viernes, en las vísperas del sábado siguiente, día dedicado con razón a la veneración de la beatísima Virgen María, cuando se cantaba el verso del responsorio (verso que, por la gracia de su devoción, solía cantar Lutgarda sola), le parecía, mientras cantaba, que Cristo en figura de cordero se colocaba sobre su pecho de tal modo que ponía un pie sobre su hombro derecho y el otro sobre el izquierdo, y su boca sobre la boca de ella; y así, sorbiendo de su pecho, extraía la suavidad de una admirable melodía. Y nadie podía dudar de que en aquel canto había un milagro divino, pues solo en aquel verso se oía su voz infinitamente más agradable que de ordinario. Por eso también los corazones de quienes la oían se movían entretanto admirablemente a devoción.

Praeterea, quoniam tantam lucernam latere sub modio non decebat, posita est super candelabrum; ut fulgor gratiae eius omnibus appareret. Praeposita ergo, id est Priorissa ancillarum Dei in monasterio S. Catharinae uno omnium consensu electa est, et concessa: Abbatissam enim habere in ipso monasterio non solebant. Sed quia grauissimam sibi in hoc factam iniuriam aestimabat, mutare ex tunc locum et propositum disponebat.

Medio autem tempore accidit, ut Abbas S. Trudonis, Pater scilicet spiritualis ipsius monasterii S. Catharinae a generali Concilio Lateranensi ueniens, cum processione a Monialibus exciperetur. Facta autem oratione in Ecclesia conuentum totum ad Capitulum euocauit, et ut minus caute inter simplices est moris, osculum singulis dedit. Cumque ad Priorissam Lutgardem uentum esset, ut Abbati osculum daret, illa constanter renuit. Sed omnium in ioco, manibus tenta, uiolentiamque passa, sustinuit. Sed summae benignitatis Jesus misericordiae suae manum ita mediam posuit, ut nec primi motus contagium in uiri osculo senserit. Erubescat heu! nostri temporis flagitiosa potius quam caeca deuotio, in qua uiri, speciem pietatis habentes, impune et sine offensa gratiae diuinae et legis, putant se feminas et uirgines osculari. Defensionem quidem erroris sui sumunt in dictis beatissimi Pauli Apostoli, ubi scribens Corinthiis; Salutate, inquit, inuicem in osculo sancto. Quod utique non ita intelligi debet, ut uiri freminas; sed secundum Augustinum, uiri uiros, et feminae feminas osculentur: [in osculo sanctae pacis]: alioquin manifestissimam impudicitiae occasionem dedisset circumspectissimus pudicitiae praedicator: unde alias dixit: Ab omni specie mala abstinete uos. An non mala species illa est ubi per contactum corporum corruptio sequitur animarum: et tantum utinam animorum? an non etiam corporum! Certus sum, si in consuetudinem ducatur, quod et corporum. Si enim ab Augustino, Doctore omnium maximo, in Regula Canonicorum, fixus oculus prohibetur, et propter hunc quis a monastica proiici societate praecipitur, quia per huiusmodi quisque, etiam remotus a femina, mente corrumpitur; qualem poenam censuisset in illos, qui turpitudinis incentiuum concipiunt per sola oscula mulierum, ubi utique contactus est corporum? In libro de natura rerum Plinius dicit: Quod claucius piscis ex aduerso inescatos mordet hamos: in quo quidem signantur illi, qui ipsum fornicationis opus quasi hamum uitant, sed delectationis mollitiem quasi escam captant: et dum moechiae turpitudinem, ut castitatis amatores, despiciunt; per oscula tamen et illicitas contrectationes in illud quod grauius est prolabuntur. Unde de talibus Paulus dixit: Dedit eos Deus in reprobum sensum ut faciant ea quae non conueniunt.

Además, como no convenía que tan gran lámpara estuviera oculta bajo el celemín, fue puesta sobre el candelero (Mt 5,15), para que el fulgor de su gracia apareciera a todos. Fue, pues, elegida por consentimiento unánime de todas, y concedida como superiora, es decir, priora de las siervas de Dios en el monasterio de Santa Catalina; porque en aquel monasterio no solían tener abadesa. Pero como lo consideraba una gravísima injuria que se le hacía, desde entonces se dispuso a cambiar de lugar y de forma de vida.

Entretanto sucedió que el abad de San Trond, que era el padre espiritual de aquel monasterio de Santa Catalina, al volver del Concilio general de Letrán, fue recibido por las monjas en procesión. Hecha la oración en la iglesia, convocó a toda la comunidad a capítulo y, como es costumbre poco cauta entre gente sencilla, dio un beso a cada una. Y cuando le llegó el turno a la priora Lutgarda de dar un beso al abad, ella se negó con firmeza. Pero, entre las bromas de todos, sujetada por las manos y sufriendo violencia, lo soportó. Mas Jesús, de suma benignidad, interpuso de tal modo la mano de su misericordia que ella no sintió en el beso de aquel hombre ni el contagio de un primer movimiento. ¡Ay! Avergüéncese la devoción de nuestro tiempo, más infame que ciega, en la que hombres que tienen apariencia de piedad (2 Tim 3,5) creen que pueden besar a mujeres y vírgenes impunemente y sin ofensa de la gracia divina ni de la ley. Buscan defensa para su error en las palabras del beatísimo apóstol Pablo, cuando, escribiendo a los corintios, dice: Saludaos unos a otros con el beso santo (2 Cor 13,12). Lo cual no debe entenderse de modo que los hombres besen a las mujeres, sino, según Agustín, que los hombres besen a los hombres y las mujeres a las mujeres [con el beso de la santa paz]; de otro modo, aquel circunspectísimo predicador de la castidad habría dado una ocasión manifiestísima a la impudicia; por eso dijo en otro lugar: Absteneos de toda apariencia de mal (1 Tes 5,22). ¿Acaso no es apariencia de mal aquella en que al contacto de los cuerpos sigue la corrupción de las almas? ¡Y ojalá fuera solo de las almas! ¿No lo es también de los cuerpos? Estoy seguro de que, si se convierte en costumbre, lo será también de los cuerpos. Pues si Agustín, el mayor de todos los doctores, en la Regla de los canónigos prohíbe la mirada fija, y manda que por ella sea uno expulsado de la sociedad monástica, porque por algo así cualquiera, aun estando lejos de la mujer, se corrompe en su mente, ¿qué pena habría decretado contra los que conciben el incentivo de la torpeza por los solos besos de las mujeres, donde ciertamente hay contacto de los cuerpos? En el libro De la naturaleza de las cosas dice Plinio que el pez claucio muerde por detrás los anzuelos cebados; con lo cual se significan aquellos que evitan como un anzuelo la obra misma de la fornicación, pero atrapan como cebo la blandura del deleite; y mientras, como amantes de la castidad, desprecian la torpeza del adulterio, por medio de besos y tocamientos ilícitos se deslizan hacia lo que es más grave. Por eso dijo Pablo de los tales: Los entregó Dios a un sentido réprobo, para que hagan lo que no conviene (Rom 1,28).

Censeo ergo ratione ueridica tales esse fornicatoribus turpiores, et per hoc blasphemos in Spiritum sanctum; qui contra castitatem, castitatis inimici, castitatis se simulant amatores. Tu ergo Virgo, sponsa utique Christi, aut amatrix quaelibet castitatis, cum Lutgarde fuge tales: flagitium abhorresce. Si quis te quasi ad sanctum osculum solicitare uoluerit; si quis manu ad sinum, ad ubera, uel ad partes reliquas appropinquare tentauerit, sputum pro osculo reddas, et pugnum obuium contrectanti; nec Clerico in hoc deferas uel personae: quia castitatem mentis etiam uerbere tueri licet, sicut corporis uitam. Talem, inquam, non arbitreris seruum Christi, sed satanae; non spiritualem, sed animalem; non pudicitiae sectatorem, sed reuera uilissimum leccatorem.

Fuit autem praeclara Lutgardis in monasterio S. Catharinae annis ferme duodecim Monialis: et erat illo in tempore Magister Joannes de Liro dioecesis Leodiensis, uir utique in omni sanctitate praecipuus: qui beatae ipsius feminae propositum perfectissimum sciens, eam admonuit, ut in Aquiriam coenobium ad Ordinem Cisterciensem, loco et Praelatione derelicta, transiret. Cumque linguae diuersitatem in Monialibus ibidem Gallicis causaretur; monasteriumque eiusdem Ordinis in Herkenrode, ubi lingua Teutonica habebatur, intrare potuis maluisset dixit ei Dominus: uolo ut ad locum Aquiriae finaliter pergas, et nisi facias ego te deseram. Sed et quaedam beatissima uirgo, Christina nomine, cuius meminit uenerabilis Jacobus in Vita beatae Mariae de Oignies, cuius quoque Vitam et ipsi descripsimus; spiritu compulsa diuinitus ad eam accessit, in haec uerba prorumpens: Quid cunctaris, inquit, adimplere ea quae tibi ex instinctu diuino iubentur? Cui cum pia Lutgardis, illa quae praemisimus linguae diuersitate, quantum ad hominem rationabiliter satis, opponeret; inspirata protinus Christina respondit. Potius uellem in Inferno esse cum Deo, quam in caelo cum Angelis sine Deo. Reuera bene et digne respondit. Ubicumque enim Christus, ibi et paradisus est: et hoc quia Veritas mentiri non potuit, quae latroni in cruce dixit: Hodie mecum eris in Paradiso. Constat enim quod illa die nequaquam anima Christi in Paradysum empyreum, aut terrestrem ascendit; sed cum Diuinitate ad inferna descendit et cum eo latronis anima, quam secum futuram esse praedixit; et per hoc ubicumque esset, argumento necessario, per locum a causa, Paradisum esse probauit. Praesentia enim Christi locum, quantumque odibilem, reddit summe delectabilem et spectabilius appetendum.

Sostengo, pues, con razón verídica, que los tales son más torpes que los fornicarios, y por ello blasfemos contra el Espíritu Santo, pues, contra la castidad, enemigos de la castidad, se fingen amantes de la castidad. Tú, pues, virgen, esposa de Cristo, o cualquiera que ames la castidad, huye de los tales con Lutgarda: aborrece la infamia. Si alguno quiere solicitarte como para un beso santo; si alguno intenta acercar la mano a tu seno, a tus pechos o a otras partes, devuélvele un escupitajo por beso y sal con el puño al encuentro del que te manosea; y no tengas en esto deferencia con el clérigo ni con la dignidad de nadie, porque es lícito defender la castidad del alma aun a golpes, como la vida del cuerpo. A un hombre así, digo, no lo tengas por siervo de Cristo, sino de Satanás; no por espiritual, sino por animal; no por seguidor de la pudicia, sino en verdad por el más vil de los lujuriosos.

Fue la ilustre Lutgarda monja en el monasterio de Santa Catalina unos doce años; y vivía en aquel tiempo el maestro Juan de Lier, de la diócesis de Lieja, varón eminente en toda santidad, el cual, conociendo el propósito perfectísimo de aquella bienaventurada mujer, le aconsejó que, dejando el lugar y la prelacía, pasara al monasterio de Aywières, de la Orden del Císter. Y como ella alegara la diferencia de lengua, porque las monjas de allí eran de habla francesa, y hubiera preferido entrar en un monasterio de la misma Orden en Herkenrode, donde se hablaba la lengua teutónica, le dijo el Señor: «Quiero que vayas finalmente a la casa de Aywières; y si no lo haces, yo te abandonaré». Y también cierta beatísima virgen llamada Cristina, de la que hace mención el venerable Jacobo en la Vida de la bienaventurada María de Oignies, y cuya Vida hemos escrito también nosotros, impulsada divinamente por el espíritu, vino a ella y prorrumpió en estas palabras: «¿Por qué tardas —dijo— en cumplir lo que se te manda por inspiración divina?» Y como la piadosa Lutgarda le opusiera la diferencia de lengua que hemos dicho, razón bastante a juicio humano, Cristina, inspirada, respondió al punto: «Preferiría estar en el infierno con Dios que en el cielo con los ángeles sin Dios». En verdad respondió bien y dignamente. Pues dondequiera que está Cristo, allí está también el paraíso; y esto porque no pudo mentir la Verdad, que dijo al ladrón en la cruz: Hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc 23,43). Consta, en efecto, que aquel día el alma de Cristo no subió en modo alguno al Paraíso empíreo ni al terrestre, sino que descendió con la divinidad a los infiernos, y con él el alma del ladrón, que había predicho que estaría con él; y con esto probó, con argumento necesario, por el lugar dialéctico de la causa, que dondequiera que él estuviese, allí estaba el Paraíso. Porque la presencia de Cristo hace de un lugar, por odioso que sea, algo sumamente deleitable y más admirablemente deseable.

Posito enim quod Infernus aequiparari non poterit simpliciter Paradiso, tamen fuit approbanda responsio; quoniam magis eligendum est, esse in quocumque loco cum summo et increato bono; quam in loco quantumcumque bono, uel terrestri uel empryeo Paradiso cum quolibet creato bono. Digne ergo, ad uerba Christinae confirmata, pia Lutgardis offert ad omnia se paratam: neque enim fuit difficile aliquid persuadere Lutgardi, in quo perfectioris uitae sanctimonia uideretur. Parens ergo monitis dicti Magistri, ad monasterium Ordinis Cisterciensis, quod dicitur Aquiria, in terra Ducis Brabantiae, cum omni mentis tranquillitate transiuit. Quo audito Moniales S. Catharinae inconsolabiliter doluerunt: dolorem uero earum Lutgardis comperiens, compassa est tribulatis. Cumque pro pace earum Domino supplicaret, apparuit ei gloriosa Virgo Maria, dulcissima consolatrix; et congratulata est ei quod Domum et Ordinem sibi specialiter dedicatum introisset: Domum uero, pro qua ipsa rogaret, et spiritualiter et temporaliter suis precibus promoueret: quod usque in hodiernum diem absque ullo dubio in ipsa S. Catharinae Domo uidemus, dum ubique fere Ordinis illius tepeat disciplina; ipsum uero monasterium, magis modo quam unquam antea, floreat in uirtute, et temporalibus sit copiosius augmentatum. Consulo autem tibi, [o collegium sanctimonalum S. Catharinae] ut adhuc pro te matrem flagites, ut quod hic quondam fecit in terris, idem faciat in supernis. Hic liber primus de iis, quae pia Lutgardis in Ordine S. Benedicti gessit, finem suscipiat: ut ad secundum librum expeditiori ordine procedamus.

Liber II.

Vita in Cisterciensi Ordine peracta.

CAPUT I. Jeiunio bis 7 annorum Animae in purgatorio adiutae. Vexatae a demonibus liberatae.

Igitur cum uirtus piae Lutgardis ubique crebresceret, coeperunt noua monasteria in Gallicis partibus construi et ad electionem illius, dum modo parum de Gallico didicisset, multipliciter anhelare. Quod ut pia Lutgardis cognouit, multum exhorruit; et conuersa ad gloriosam uirginem Mariam, eam ut hoc auerteret cum lacrymis exorauit: cui beata Mater apparens ait: Nullo modo paueas in hoc uerbo: quia scutum meae protectionis opponam. Et uide, Lector, quali modo auersum hoc fuerit, et uidebis quam mera ueritas respondentis.

Pues, aun admitido que el infierno no puede equipararse sin más al Paraíso, la respuesta merecía aprobación; porque es más de elegir estar en cualquier lugar con el sumo e increado Bien que en un lugar por bueno que sea, sea el Paraíso terrestre o el empíreo, con cualquier bien creado. Con razón, pues, confirmada por las palabras de Cristina, la piadosa Lutgarda se ofrece dispuesta a todo; porque no era difícil persuadir a Lutgarda de nada en lo que se viera la santidad de una vida más perfecta. Obedeciendo, pues, los consejos del dicho maestro, pasó con toda tranquilidad de ánimo al monasterio de la Orden del Císter llamado Aywières, en tierra del duque de Brabante. Al saberlo, las monjas de Santa Catalina se dolieron inconsolablemente; y Lutgarda, al enterarse de su dolor, se compadeció de las afligidas. Y como suplicara al Señor por la paz de ellas, se le apareció la gloriosa Virgen María, dulcísima consoladora, y se congratuló con ella de que hubiera entrado en una casa y una Orden especialmente dedicadas a ella; y en cuanto a la casa por la que ella rogaba, la haría prosperar con sus oraciones espiritual y temporalmente. Esto lo vemos sin duda alguna hasta el día de hoy en aquella casa de Santa Catalina: mientras casi en todas partes se entibia la disciplina de aquella Orden, este monasterio florece en virtud ahora más que nunca, y se ha acrecentado más copiosamente en bienes temporales. Y te aconsejo a ti, [oh comunidad de monjas de Santa Catalina,] que sigas invocando por ti a esta madre, para que lo que en otro tiempo hizo aquí en la tierra, lo haga igualmente en el cielo. Termine aquí este libro primero, sobre lo que la piadosa Lutgarda hizo en la Orden de San Benito, para que pasemos al libro segundo con orden más expedito.

Libro Segundo.

Su vida en la Orden del Císter

I. Almas del purgatorio socorridas con un ayuno de dos veces siete años. Mujeres atormentadas por los demonios, liberadas

Como, pues, la virtud de la piadosa Lutgarda se divulgaba por todas partes, comenzaron a construirse nuevos monasterios en las regiones de habla francesa, y muchos de ellos anhelaban elegirla, con tal que hubiera aprendido un poco de francés. Cuando la piadosa Lutgarda lo supo, se horrorizó mucho; y, volviéndose a la gloriosa Virgen María, le suplicó con lágrimas que lo apartara; y la bienaventurada Madre se le apareció y le dijo: «No temas en modo alguno por esta palabra, porque yo interpondré el escudo de mi protección». Y mira, lector, de qué manera se apartó esto, y verás cuán pura fue la verdad de la que respondía.

Vix uiginti quatuor annorum tempus attigerat, cum Aquiriam intrauit; et tamen talis in quadraginta annis, quibus postea inter socias Gallicas uixit, tantum uix sermonis Gallici addiscere potuit, ut panem recto modo Gallice peteret, cum esuriuit. Quod ubi palam omnibus factum est, dilecta hynnula Christi in somno contemplationis pausare permissa est; nec suscitauit eam aliquis, neque euigilare ad curam pastoralem fecit, donec ipsa uellet; nec unquam accidit, ut hoc uellet.

Imminente peste grauissima Albigensium haereticorum beatissima Virgo Maria apparuit ei uultu lugubri, et facie denigrata. Cui in uisione compassa Lutgardis, cum magno rugitu cordis et uocis quaesiuit ab ea: Quid habes, inquit, o piissima Domina, ut tanto pallore squalleat tua facies, plena omnium gratiarum. Et beata Virgo: Ecce, inquit, ab haereticis et malis Christianis rursus crucifigitur Filius meus, rursus conspuitur. Tu ergo assume tibi lamentum, et ieiuna annis septem continuis ut quiescat ira Filii mei, quae generaliter imminet orbi terrae. Ex hinc ergo septem annis continuis Lutgardis in pane tantum et cereuisia ieiunauit. Et magnitudinem uide miraculi. Obedientia saepe coacta, pulmenti aliquid accipere in ore tentauit: sed nihil horum ad magnitudinem fabae guttur eius transire praeualuit. Et licet ipsamet mirabili quadam et incredibili abstinentia continue laboraret; gaudebat tamen, quando Conuentus melius habebat in cibis; ita quod per mensem melius diceret se habere si quando conuentus semel pitantiae abundantiam habuisset. Non enim omnibus in exhibitione gratiae commune posse esse sciebat, quod sibi singulari dono ad remedium multorum pietas diuina contulerat: et hoc contra illos, qui fingunt laborem in praecepto, statuuntque communiter omnibus obseruandum, quod ipsi uel suffragante gratia, uel opitulante natura obseruare sine molestia potuerunt. [Ipsa autem quanto plus continuauit ieiunia, tanto fuit corpore et corde robustior.]

Cum Magister Jacobus de Vitriaco ut ipse refert in libro Vitae B. Mariae de Oignies, ipsius uenerabilis feminae precibus praedicationis gratiam accepisset; factum est ut religiosam quandam mulierem languentem in lecto, non turpi amore, sed nimis humano diligeret. Huius igitur consolationi intentus assidue, praedicationis officium segniter omittebat. Pia ergo Lutgardis, uinculum cordis eius et dolos diaboli in spiritu sentiens, aggressa est in multis lacrymis pro eo Dominum deprecari.

Apenas había cumplido veinticuatro años cuando entró en Aywières; y, sin embargo, siendo quien era, en los cuarenta años que después vivió entre compañeras de habla francesa apenas pudo aprender de la lengua francesa lo suficiente para pedir pan correctamente en francés cuando tenía hambre. Cuando esto se hizo patente a todos, se permitió a la amada cervatilla de Cristo reposar en el sueño de la contemplación; y nadie la despertó ni la hizo desvelarse para el cuidado pastoral hasta que ella quiso (Cant 2,7); y nunca sucedió que lo quisiera.

Cuando amenazaba la gravísima peste de los herejes albigenses, se le apareció la beatísima Virgen María con semblante lúgubre y el rostro ennegrecido. Lutgarda, compadecida de ella en la visión, le preguntó con gran clamor del corazón y de la voz: «¿Qué tienes, oh piadosísima Señora, que tu rostro, lleno de todas las gracias, está tan pálido y desfigurado?» Y la bienaventurada Virgen dijo: «Mira, mi Hijo es crucificado de nuevo por los herejes y los malos cristianos, de nuevo es escupido. Tú, pues, toma sobre ti el llanto y ayuna siete años seguidos, para que se aplaque la ira de mi Hijo, que amenaza a toda la tierra». Desde entonces, pues, durante siete años seguidos, Lutgarda ayunó solo a pan y cerveza. Y mira la grandeza del milagro. Muchas veces, obligada por la obediencia, intentó llevarse a la boca algo de potaje; pero nada de ello, ni del tamaño de un haba, pudo pasar por su garganta. Y aunque ella misma se fatigaba continuamente con una abstinencia admirable e increíble, se alegraba cuando la comunidad estaba mejor servida en la comida; tanto que decía que se encontraba mejor durante un mes si alguna vez la comunidad había tenido una pitanza abundante. Pues sabía que lo que la piedad divina le había concedido por un don singular para remedio de muchos no podía ser común a todos en la manifestación de la gracia; y esto va contra aquellos que hacen del trabajo un precepto (Sal 94,20) y establecen que todos deben observar en común lo que ellos mismos, ayudados por la gracia o favorecidos por la naturaleza, pudieron observar sin molestia. [Ella, por su parte, cuanto más prolongaba los ayunos, tanto más robusta estaba de cuerpo y de corazón.]

Cuando el maestro Jacobo de Vitry, como él mismo refiere en el libro de la Vida de la bienaventurada María de Oignies, hubo recibido la gracia de la predicación por las oraciones de aquella venerable mujer, sucedió que amó a cierta mujer religiosa que yacía enferma en cama, no con amor torpe, sino demasiado humano. Atento, pues, de continuo a consolarla, descuidaba con negligencia el oficio de la predicación. La piadosa Lutgarda, pues, percibiendo en espíritu la atadura de su corazón y los engaños del diablo, se puso a suplicar al Señor por él con muchas lágrimas.

Cumque nihil proficeret in orando, et Dominum super hoc argueret ut crudelem; respondit Dominus: Orationibus, inquit, tuis in contrarium homo nititur, pro quo petis: Haec dicens, distulit Dominus quod petebatur implere. Quod ut uidit pia Lutgardis, impatientius agens, Domino magnis uocibus inclamauit: Quid est, ait, quod agis benignissime ac iustissime Domine? aut separa me a te, aut hominem pro quo peto libera, etiam non uolentem. Mira res! Nulla mora inter rogatum et factum penitus interuenit, sed prorsus et protinus liberatus, Liberatori suo et eius famulae benedixit; sensitque apertis oculis post liberationem periculum, quod ante, humano amore caecatus, uidere non poterat. Nec grande post haec tempus excessit, cum idem uenerabilis Jacobus ad Episcopatum Acconensem in transmarinis partibus est electus.

Sub eodem fere tempore quidam Simon, uir nobilis de Teutonia natus, et optime litteris institutus, Ordinem Cisterciensem intrans, Fodiacensis Abbas postea factus est: qui licet feruens esset desiderio, amaro tamen zelo in subiectos inuectus, immatura morte praeuentus est. Hic cum piam Lutgardem pro sanctimonia uitae dilectissimam habuisset, eam sua morte turbatam grauiter dereliquit: pro quo mox afflictiones et ieiunia faciens, rogauit Dominum, ut defuncti animam liberaret. Cumque multum precibus insisteret, respondit ei Dominus: Consolare, quia ab gratiam tui illi bene faciam, pro quo oras. Illa autem importunius instans, secundo responsum accepit, hominem debere in proximo liberari: Et illa; [Quidquid mihi uis dare solatii, illi animae in purgatorio tribuas. Et subiunxit:] Nullo modo, o Domine desistam a fletibus, nec tuis unquam promissionibus consolabor, nisi illum liberatum uiderim, pro quo peto. Nec passus est eam Dominus ulterius tribulari, sed apparuit ei Dominus, et praesentialiter secum liberatam a purgatorio animam mox adduxit dicens: Consolare dilecta: ecce enim anima, pro qua petis. Nec mora: pia Lutgardis prostrata in faciem, super liberationem animae Dominum benedixit. Anima autem exultabunda et laudans, piae Lutgardi gratias retulit; et ad potiora transiens, in magna gloria caelorum ardua penetrauit. Iste idem Simon postea piae Lutgardi frequenter apparuit; et inter cetera dixit ei, quod quadraginta annos in purgatorio peregisset, nisi eum oratio illius apud misericordem Dominum adiuuisset.

Spiritu quoque timoris Domini pia Lutgardis humiliter insignita, quasi tumentes fluctus, super se Dominum metuebat, et omnia opera sua, uelut facta in dubio, uerebatur. Diu ergo eiulans quotidie Dominum precabatur, ut se certam redderet etiam in praesenti. In hoc autem desiderio prolixius constituta, die quadam uocem ad se manifestissime factam audiuit: Secura iam esto, carissima, quia placet Domino uita tua. Ad horam ergo pia Lutgardis exultans, coepit ut prius nihilominus formidare.

Y como no adelantaba nada orando y reprochaba por ello al Señor como cruel, respondió el Señor: «El hombre por quien pides —dijo— se esfuerza en contra de tus oraciones». Dicho esto, el Señor difirió cumplir lo que se le pedía. Al ver esto la piadosa Lutgarda, perdiendo la paciencia, clamó al Señor a grandes voces: «¿Qué es lo que haces, benignísimo y justísimo Señor? O sepárame de ti, o libra al hombre por quien te pido, aunque él no quiera». ¡Cosa admirable! No medió tardanza alguna entre la petición y el hecho, sino que, liberado del todo y al instante, bendijo a su Libertador y a la sierva de este; y después de su liberación percibió con los ojos abiertos el peligro que antes, cegado por el amor humano, no podía ver. No mucho tiempo después, el mismo venerable Jacobo fue elegido para el obispado de Acre, en las tierras de ultramar.

Por el mismo tiempo, cierto Simón, varón noble nacido en Alemania y muy bien instruido en letras, entró en la Orden del Císter y llegó después a ser abad de Foigny; y aunque era ferviente en el deseo, arremetía con celo amargo contra sus súbditos, y le sorprendió una muerte prematura. Como él había tenido a la piadosa Lutgarda por amadísima por la santidad de su vida, la dejó con su muerte gravemente turbada; y ella, haciendo enseguida por él penitencias y ayunos, rogó al Señor que librara el alma del difunto. Y como insistiera mucho en sus oraciones, le respondió el Señor: «Consuélate, porque por amor de ti haré bien a aquel por quien ruegas». Pero ella, insistiendo con más importunidad, recibió una segunda respuesta: que aquel hombre había de ser librado en breve. Y ella dijo: [«Todo el consuelo que quieras darme, dáselo a aquella alma en el purgatorio». Y añadió:] «De ningún modo, oh Señor, dejaré de llorar, ni me consolaré jamás con tus promesas, hasta que vea libre a aquel por quien te pido». Y no permitió el Señor que siguiera atribulada, sino que se le apareció y trajo al punto consigo, allí presente, el alma librada del purgatorio, diciendo: «Consuélate, amada: he aquí el alma por la que pides». Al instante la piadosa Lutgarda, postrada rostro en tierra, bendijo al Señor por la liberación de aquella alma. Y el alma, exultante y alabando, dio gracias a la piadosa Lutgarda; y pasando a cosas mejores, penetró con gran gloria en las alturas de los cielos. Este mismo Simón se apareció después con frecuencia a la piadosa Lutgarda, y entre otras cosas le dijo que habría pasado cuarenta años en el purgatorio si la oración de ella no lo hubiera ayudado ante el Señor misericordioso.

Marcada humildemente también con el espíritu del temor del Señor, la piadosa Lutgarda temía al Señor como a olas encrespadas sobre ella (Job 31,23), y recelaba de todas sus obras (Job 9,28), como hechas en la duda. Durante mucho tiempo, pues, gimiendo cada día, rogaba al Señor que la hiciera estar segura aun en la vida presente. Y habiendo permanecido largo tiempo en este deseo, un día oyó una voz que le decía clarísimamente: «Vive ya segura, carísima, porque tu vida agrada al Señor». Se alegró, pues, por el momento la piadosa Lutgarda, pero comenzó no obstante a temer como antes.

Iterato autem ad eam uox facta diuinitus dixit: Visne tu Dominam Mariam de Roauia testem tuae securitatis habere? Et illa: Non inquit, nimis timorata est, et diu iam anxie mihi differret reuelare quae sciret. Cui uox diuina; Interim, inquit, quiesce, carissima: in proximo fies manifeste et perfecte secura. Exinde uix quatuor dierum spatium pertransiuit, cum ecce uir spectabilis et ignotus omnibus, locutorium, ubi Moniales consederant, introiuit. Salutatis ergo breuiter omnibus, postulauit piam Lutgardem ocius accersiri. Quae ut uenit, salutauit eam; et omnibus audientibus dixit: Haec tibi mandat Omnipotens: iam secura uiuas de cetero; quia Domino in te bene complacuit. Haec dicens iuuenis sine mora disparuit; nec ultra restabat quaerere, unde uenerat, aut quis esset. [Non multo post quidam sanctissimae uitae homo reuelationem diuinam accipiens, in Aquiriam uenit, et eam in supradictis consolationibus confortauit.]

Hinc ergo animo feruentiori desiderans per excessum mortis ad perennia transmigrare, quotidie oculus eius stillabat ad Dominum: et ecce Dominus clamores eius mitigare festinans, apparuit ei et uulneribus manuum, pedumque et lateris patefactis, dixit: Ecce contemplare, carissima, quod uulnera mea clamant ad te; ne in uanum effuderim sanguinem; ne in uanum sustinuerim mortem. Hoc uiso et audito pia Lutgardis pauefacta mirifice, cum timore et horrore quaesiuit; quis esset clamor uulnerum Christi? et responsum est ei: Labore tuo et fletibus iram patris mitigabis accensam, ut non perdat peccatores in mortem, sed per misericordiam Dei conuertantur et uiuant.

Sub isto fere tempore Dominus Innocentius Papa tertius, post celebratum Lateranense Concilium, ab hac uita migrauit: nec intercessit mora post obitum, cum ipse Papa piae Lutgardi uisibiliter apparuit. Illa autem ut uidit apparentem, maxima flamma circumdatum; quis sic esset, interrogat: Et ille: Ego sum, inquit, Innocentius Papa. Et illa cum gemitu; Quid est, inquit; te nostrum omnium Patrem tanto supplicio cruciari? Cui ille: Tres, inquit, causae sunt, quare sic crucior: per has autem eram dignissimus aeterno supplicio tradi: sed per intercessionem piissimae Virginis Mariae, cui monasterium aedificaui, in fine poenitui, et aeternam mortem euasi. Cruciabor tamen atrocissimis poenis usque in diem extremi iudicii. Hoc ipsum autem, quod ad te petiturus suffragia uenire potui, mihi utique a suo Filio, misericordiae Mater obtinuit. Haec cum dixisset, repente disparuit. Lutgardis autem obitum et necessitatem defuncti Sororibus, ut ei succurrerent, indicauit. Ipsamet autem animo compassa tanto piaculo, mirabili se pro illo, qui apparuit, afflixit supplicio. Nota autem Lector, quod ex reuelatione piae Lutgardis ipsas tres causas accepimus; sed eas ob tanti Pontificis reuerentiam subticemus.

De nuevo una voz venida de Dios le dijo: «¿Quieres tener a doña María de Roavia por testigo de tu seguridad?» Y ella dijo: «No; es demasiado timorata, y con ansiedad tardaría mucho en revelarme lo que supiera». Le dijo la voz divina: «Entretanto, sosiégate, carísima: pronto quedarás manifiesta y perfectamente segura». Apenas habían pasado cuatro días cuando he aquí que un varón de aspecto venerable, desconocido de todos, entró en el locutorio donde estaban sentadas las monjas. Saludándolas brevemente a todas, pidió que llamaran enseguida a la piadosa Lutgarda. Cuando ella llegó, la saludó y dijo en presencia de todas: «Esto te manda decir el Omnipotente: vive en adelante segura, porque el Señor se ha complacido en ti». Dicho esto, el joven desapareció al instante; y no quedó modo de averiguar de dónde había venido ni quién era. [No mucho después, un hombre de vida santísima, recibiendo una revelación divina, vino a Aywières y la confortó con los consuelos ya dichos.]

Desde entonces, deseando con ánimo más ferviente pasar por el tránsito de la muerte a lo eterno, su ojo destilaba lágrimas cada día ante el Señor (Job 16,20); y he aquí que el Señor, apresurándose a calmar sus clamores, se le apareció y, descubriendo las llagas de las manos, de los pies y del costado, le dijo: «Mira y contempla, carísima, cómo mis llagas claman a ti: que no haya derramado en vano mi sangre, que no haya sufrido en vano la muerte». Al ver y oír esto la piadosa Lutgarda, sobrecogida en extremo, preguntó con temor y espanto cuál era el clamor de las llagas de Cristo; y se le respondió: «Con tu trabajo y tus lágrimas aplacarás la ira encendida del Padre, para que no pierda a los pecadores para la muerte, sino que por la misericordia de Dios se conviertan y vivan».

Por este tiempo, el señor papa Inocencio III, después de celebrado el Concilio de Letrán, partió de esta vida; y no medió tardanza alguna tras su muerte antes de que el mismo papa se apareciera visiblemente a la piadosa Lutgarda. Cuando ella lo vio aparecer, rodeado de una grandísima llama, le preguntó quién era así; y él le dijo: «Soy el papa Inocencio». Y ella, con un gemido, dijo: «¿Cómo es que tú, el padre de todos nosotros, eres atormentado con tan gran suplicio?» Él le respondió: «Tres son las causas por las que así soy atormentado, y por ellas merecía sobradamente ser entregado al suplicio eterno; pero por la intercesión de la piadosísima Virgen María, a quien edifiqué un monasterio, me arrepentí al final y escapé de la muerte eterna. Con todo, seré atormentado con atrocísimas penas hasta el día del juicio final. Y esto mismo, el haber podido venir a ti a pedir sufragios, me lo obtuvo de su Hijo la Madre de misericordia». Dicho esto, desapareció de repente. Lutgarda, por su parte, comunicó a las hermanas la muerte y la necesidad del difunto, para que lo socorrieran. Y ella misma, compadecida en su ánimo de tan gran expiación, se afligió con un suplicio admirable por aquel que se le había aparecido. Advierte, lector, que por revelación de la piadosa Lutgarda supimos esas tres causas; pero las callamos por reverencia a tan gran pontífice.

Consimilis in genere, sed in piaculo multum dissimilis uisio, Lutgardi per idem fere tempus apparuit. Praedictus uenerabilis Joannes de Liro, uiuens cum Lutgarde pactum inierat, ut qui pruis ex ipsis a mundo decederet, post mortem superstiti appareret. Curiam ergo Romanam idem Joannes pro negotiis adiens religiosarum mulierum, quae per Brabantiam ab aemulis turbabantur; ueniens circa montes Alpium, est defunctus. Nec mora sub eiusdem mortis, articulo, apparuit uisibiliter Lutgardi, in claustri ambitu stanti. Viuere ergo illum credens, manu innuit, ut locutorium introiret: ubi scilicet loqui secundum Ordinem posset. Cui ille; Ego, inquit sum mortuus et ab hoc seculo transii: et ut ueritatem Dei implerem, quae inter nos ex pacto conuenerat, tibi defunctus apparui. Et mox illa in terram prostrata, quaesiuit: Quid autem significat uestimentum triplex, quo tanta gloria potitus indueris? Et ille: Vestimentum, inquit, niue candidum, uirgineae carnis meae, quam ab utero impollutam seruaui, innocentiam signat: rubicundum uero, labores et tolerantias, quibus ad mortem perductus sum, quas multo tempore pro iustitia et ueritate sustinui, apte demonstrat: caeruleum uero, quo in superficie uestior, spiritualis uitae perfectionem significat. Haec dicens ab oculis mirantis euanuit. Illa autem et uisionem et obitum dicti Magistri, sorori eius carnali et aliis monialibus indicauit. Verumtamen cum ipsa pia Lutgardis dictum uenerabilem uirum, et si Deo datum, sibi tamen defleret ablatum; in ipso luctu ei Dominus per haec uerba respondit: Cur fles, Lutgardis? et quamobrem affligitur cor tuum? Numquid non melior sum tibi, quam decem filii? Haec igitur, sicut Laica Monialis, cum non intelligeret, interpretata audisset, non ultra defunctum luxit; sed in morte illius Dominum per omnia benedixit.

Expletis praeterea supradictis septem annis, quibus in pane et cereuisia ieiunauit, iterato reuelatum est ei, ut pro peccatoribus uniuersaliter ieiunaret. Quod illa gratanter accepit; et alios septem annos in pane tamen et olere ieiunauit. Adiecit autem Dominus uisionem, et rapta in spiritu uidit salutis nostrae Principem Jesum, cum uulneribus quasi recentibus atque rubentibus, uultui Patris astantem, et Patri pro peccatoribus supplicantem. Qui conuersus Lutgardi dixit: Videsne tu, quemadmodum me totum Patri pro meis peccatoribus offero? Sic etiam uolo, ut te mihi totam pro meis peccatoribus offeras, et zelum contra illos in uindictam accensum auertas. Hoc idem ei Dominus Jesus in sacrificio Missae quotidie fere dicebat: Quod autem preces et ieiunia atque labores B. Lutgardis uirtutem magnam haberent, in morte testata est illa beatissima Maria de Oignies; ubi uelo ipsius caput suum uelans ac ligans, spiritu prophetiae tacta praedixit: Sub coelo, ait, non habet mundus Domina Lutgarde fideliorem, et magis efficacem in precibus pro liberandis animabus a Purgatorio, et pro peccatoribus exoratricem.

Por el mismo tiempo tuvo Lutgarda una visión semejante en su género, pero muy distinta en cuanto a la expiación. El ya mencionado venerable Juan de Lier había hecho en vida un pacto con Lutgarda: que el primero de los dos que dejara el mundo se apareciera después de la muerte al que sobreviviera. Este mismo Juan, yendo a la Curia romana por los asuntos de las mujeres religiosas que en Brabante eran hostigadas por sus émulos, murió al llegar cerca de los montes de los Alpes. Al instante, en el momento mismo de su muerte, se apareció visiblemente a Lutgarda, que estaba de pie en la galería del claustro. Creyéndolo vivo, le hizo señas con la mano para que entrara en el locutorio, donde podía hablar conforme a la Orden. Él le dijo: «Estoy muerto y he pasado de este siglo; y para cumplir la verdad de Dios, que habíamos convenido entre nosotros por pacto, me he aparecido a ti después de muerto». Y al punto ella, postrada en tierra, preguntó: «¿Y qué significa la triple vestidura con que, alcanzada tanta gloria, estás vestido?» Y él dijo: «La vestidura blanca como la nieve significa la inocencia de mi carne virginal, que conservé sin mancha desde el seno materno; la roja muestra con propiedad los trabajos y padecimientos que me llevaron a la muerte, y que sufrí largo tiempo por la justicia y la verdad; y la azul, con que estoy vestido por encima, significa la perfección de la vida espiritual». Dicho esto, se desvaneció de sus ojos asombrados. Y ella comunicó la visión y la muerte del dicho maestro a la hermana carnal de este y a otras monjas. Sin embargo, como la piadosa Lutgarda llorara a aquel venerable varón, que, aunque entregado a Dios, le había sido arrebatado a ella, en medio de su llanto el Señor le respondió con estas palabras: «¿Por qué lloras, Lutgarda? ¿Y por qué se aflige tu corazón? ¿No soy yo para ti mejor que diez hijos?» (1 Sam 1,8). Y como, siendo monja iletrada, no entendía estas palabras, cuando las oyó interpretadas no lloró más al difunto, sino que bendijo al Señor en todo por su muerte.

Además, cumplidos los siete años antedichos en que ayunó a pan y cerveza, se le reveló de nuevo que ayunara por los pecadores en general. Ella lo aceptó con gusto, y durante otros siete años ayunó solo a pan y verduras. Y el Señor añadió una visión: arrebatada en espíritu, vio a Jesús, Príncipe de nuestra salvación, con las llagas como recientes y encarnadas, de pie ante el rostro del Padre y suplicando al Padre por los pecadores. Y volviéndose a Lutgarda le dijo: «¿Ves cómo me ofrezco todo entero al Padre por mis pecadores? Así también quiero que tú te ofrezcas toda entera a mí por mis pecadores, y apartes el celo encendido contra ellos para venganza». Esto mismo le decía casi a diario el Señor Jesús en el sacrificio de la misa. Y que las oraciones, los ayunos y los trabajos de la bienaventurada Lutgarda tenían gran poder, lo atestiguó en su muerte aquella beatísima María de Oignies, cuando, cubriéndose y ciñéndose la cabeza con el velo de Lutgarda, tocada del espíritu de profecía, predijo: «No tiene el mundo bajo el cielo intercesora más fiel que doña Lutgarda, ni más eficaz en sus oraciones por librar a las almas del purgatorio y por los pecadores.

Spiritualia miracula in uita sua nunc facit; corporalia post mortem efficiet. Quam uera ista sint, multi et in uita eius experti sunt, et post mortem; sicut postea praesens scriptura testabitur, non desinit operari.

Cum quaedam religiosissima Monialis in reuelationibus, quasi a Deo sibi factis per diabolum deciperetur, pia Lutgarde orante pro illa Dominum, respondit Dominus: Illumina his qui in tenebris et umbra mortis sedent. Cumque haec uerba Domini, utpote laica, non intelligeret; quaesiuit ea a quadam Moniali, et intellecta recepit. Instantius ergo ipsa Dominum supplicante, apparuit ei daemon, dicens; Ego sum spiritus mendax, qui illam decipio Monialem. Cui illa, Vade, inquit, ad Fratrem Simonem, in Alna monasterio degentem; et idem dicas ei, ut testem habeam ueritatis. Nec mora, obedit diabolus; et Frater Simon in Aquiriam uenit. Erat autem idem Simon uir Dei spiritu plenus; et (sicut liber eius uitae testatur), cui Dominus plurima reuelauit. In unum ergo pia Lutgardis et Frater Simon secundum reuelationem Domini concordantes, Monialem protinus mandauerunt. Nec mora manus et membra Monialis contrahebantur rigore fortissimo, et os eius adeo fortiter claudebatur, ut cultello non posset aliquatenus aperiri. Videntes ergo turbabantur timore horribili; et flexis in oratione genibus, pro tanto piaculo misericordem Dominum exorabant. Quid ergo factum est? Nequaquam fas erat in tantorum precibus inexorabilem Dominum inueniri. Mox ergo ut ab oratione Dei supplices surrexerunt. Monialis membra ad statum pristinum redierunt; aperuitque os, et cibum sumens confortata est; et ab illo die ac deinceps a deceptionis spiritu liberata. Tantis autem postea praerogatiuis uitae meritis, ut ipsemet uidi, condonata est, ut non solum illuminata in tenebris dici posset; sed etiam alios multos, existentes in tenebris, morum exemplis illuminaret.

Vidi ego ipse Cisterciensis Ordinis Monialem quae multis annis a daemone uexata, ad eam adducta est; et per maximam eius precum instantiam liberata. Vidi et aliam quae a daemone incubo annis plurimis mirabiliter fatigata, per preces eius erepta est et mundata: fuit autem, ut ipsa mihi frequentissime testabatur, nequissimus ille daemon, qui eam uexauerat et tanta spurcitia inquinauerat corpus eius, ut nisi maxima uiolentia precum repressa fuisset, saepius se ad publicum meretricium obtulisset.

Ahora, en vida, hace milagros espirituales; los corporales los obrará después de la muerte». Cuán verdadero sea esto, muchos lo han experimentado en su vida y después de su muerte; pues, como atestiguará más adelante este escrito, no cesa de obrar.

Como cierta monja muy religiosa era engañada por el diablo con revelaciones que tenía por hechas por Dios, y la piadosa Lutgarda rogara por ella al Señor, respondió el Señor: Ilumina a los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte (Lc 1,79). Y como, siendo iletrada, no entendía estas palabras del Señor, preguntó por ellas a cierta monja, y las recibió ya entendidas. Y como ella suplicara al Señor con más insistencia, se le apareció un demonio que le dijo: «Yo soy el espíritu mentiroso que engaña a aquella monja». Ella le dijo: «Ve al hermano Simón, que vive en el monasterio de Aulne, y dile lo mismo, para que yo tenga un testigo de la verdad». Al punto obedeció el diablo, y el hermano Simón vino a Aywières. Era este Simón varón de Dios lleno de espíritu, a quien el Señor (como atestigua el libro de su vida) reveló muchísimas cosas. Coincidiendo, pues, la piadosa Lutgarda y el hermano Simón conforme a la revelación del Señor, mandaron llamar al punto a la monja. Al instante las manos y los miembros de la monja se contrajeron con rigidez violentísima, y su boca se cerró tan fuertemente que no podía abrirse en absoluto con un cuchillo. Las que lo vieron se turbaron con un temor horrible; y, puestas de rodillas en oración, suplicaban al Señor misericordioso por tan grave mal. ¿Qué sucedió, pues? De ningún modo era posible que el Señor se mostrara inexorable ante las oraciones de tantos. Y en cuanto se levantaron de la oración los que suplicaban a Dios, los miembros de la monja volvieron a su estado anterior; abrió la boca, tomó alimento y se reanimó; y desde aquel día en adelante quedó libre del espíritu de engaño. Y después, como yo mismo he visto, fue agraciada con tales privilegios de méritos en su vida que no solo podía decirse que había sido iluminada en las tinieblas, sino que además iluminaba con el ejemplo de sus costumbres a muchos otros que estaban en tinieblas.

Yo mismo vi a una monja de la Orden del Císter que, atormentada muchos años por un demonio, fue llevada ante ella y quedó libre por la grandísima insistencia de sus oraciones. Vi también a otra que, atormentada de modo extraño durante muchísimos años por un demonio íncubo, fue arrancada de él y purificada por sus oraciones. Según ella misma me atestiguaba muy a menudo, aquel demonio que la había atormentado era perversísimo, y había manchado su cuerpo con tal inmundicia que, si no la hubiera contenido la más vehemente violencia de oraciones, muchas veces se habría entregado a la prostitución pública.

Liberata autem per preces Dominae Lutgardis, in tanta pace peregit uitam, ac si numquam eam daemoniacae uexationis stimulus agitasset. Mira certe, et mira ualde permissio Saluatoris ac Redemptoris; quod potestatem accipit Satan in mundo corpore, et hoc corpore uirginali: quae potestas non tantum exercetur, ad carnis inquinamentum, uerum etiam uix fieri potest quin procedat ad corruptionem mentis, et animae detrimentum. Quid mundius sponsa Christi? quid mundius Virgine, quae est sancta corpore et spiritu? et tamen in talem fieri ista percepimus. Quid restat ergo nisi exclamare cum Apostolo: O altitudo diuitiarum sapientiae, et scientiae Dei! quam incomprehensibilia sunt iudicia eius, et inuestigabiles uiae eius! Credimus tamen quod occulto et iusto Dei iudicio, mulieres ad istud inquinamentum, per excessum tentationis illicitum, perducantur: quomodo autem aliter, non uidemus.

Quaedam Yolendis, Monialis nigra, in monasterio super Sambram, mundi illecebris dedita, ad monasterium de Aquiria hortatu piae faeminae conuolauit fuit autem nobilis genere, et delicatissimi corporis femina. Pro hac pia Lutgardis mira precum instantia Dominum exorauit ut ei peccata dimitteret, et gratiam infunderet deuotionis. Nec potuit Christus negare quod petiit: sed mulierem ad sanctae conuersationis statum perduxit. Cum ergo ibidem annis pluribus Domino deseruiret, obitum suum Domino reuelante cognouit: et accessit ad piam matrem suam Dominam Lutgardem: Pro me, inquit, instantissime Dominum depreceris, quoniam uitae meae instat iam finis. Cui pia Lutgardis: Constanter, inquit, expecta Dominum, quia certa sum, quod tecum misericorditer aget: et in proximo te a poenis, quas uereris, eripiet: Tu autem post mortem reuertaris ad me; et rediens primo mihi dicito; Benedicite: deinde Pater noster cum Salutatione Angelica perorabis, ne solito diabolus aliquod figmentum adducat. Mortua est ergo, ut praedixit, in miro feruore spiritus Monialis: et nec triginta dierum tempus excessit, cum ecce, orante pia Lutgarde, mortua ei Yolendis apparuit; et sicut in uita rogata fuerat, primo dixit Benedicite, et cetera quae praedixi: Pia ergo Lutgarde respondente; Dominus, statim intulit; Quomodo est, inquit, tibi? Et mortua, Dominus, inquit, non abhorruit me pro meorum enormitate peccatorum, sed ob gratiam tui magnam consecuta sum misericordiam. Et hoc dicto disparuit. Lutgardis autem cum multis lacrymis diuinam super peccatores misericordiam benedixit.

Y librada por las oraciones de doña Lutgarda, pasó la vida en tanta paz como si nunca la hubiera agitado el aguijón de la vejación diabólica. Admirable ciertamente, y muy admirable, es esta permisión del Salvador y Redentor: que Satanás reciba poder sobre un cuerpo puro, y además un cuerpo virginal; poder que no solo se ejerce para mancillar la carne, sino que difícilmente puede dejar de avanzar hasta la corrupción de la mente y el daño del alma. ¿Qué hay más puro que una esposa de Cristo? ¿Qué más puro que una virgen, que es santa en el cuerpo y en el espíritu (1 Cor 7,34)? Y, sin embargo, hemos sabido que estas cosas se hacen contra una así. No queda, pues, sino exclamar con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! (Rom 11,33). Creemos, sin embargo, que es por oculto y justo juicio de Dios como las mujeres son llevadas a esta mancha por un exceso ilícito de tentación; de qué otro modo, no lo vemos.

Cierta Yolanda, monja negra en un monasterio junto al Sambre, entregada a los atractivos del mundo, por exhortación de aquella piadosa mujer acudió presurosa al monasterio de Aywières; era mujer de noble linaje y de cuerpo delicadísimo. Por ella suplicó la piadosa Lutgarda al Señor con admirable insistencia de oraciones que le perdonara los pecados y le infundiera la gracia de la devoción. Y no pudo Cristo negarle lo que pidió, sino que llevó a aquella mujer al estado de una santa vida. Y habiendo servido allí al Señor muchos años, conoció por revelación del Señor su muerte, y fue a su piadosa madre, doña Lutgarda, y le dijo: «Suplica por mí al Señor con la mayor insistencia, porque el fin de mi vida está ya cerca». Le dijo la piadosa Lutgarda: «Espera al Señor con constancia, porque estoy cierta de que obrará contigo misericordiosamente y pronto te arrancará de las penas que temes. Pero tú, después de la muerte, vuelve a mí; y al volver, dime primero: "Benedicite"; luego recitarás el padrenuestro con la Salutación angélica, no sea que el diablo, como suele, introduzca algún engaño». Murió, pues, la monja, como había predicho, con admirable fervor de espíritu; y no habían pasado treinta días cuando he aquí que, estando en oración la piadosa Lutgarda, se le apareció Yolanda difunta y, como se le había pedido en vida, dijo primero «Benedicite» y lo demás que he dicho. Y la piadosa Lutgarda, respondiendo «Dominus», añadió al punto: «¿Cómo te va?» Y la difunta dijo: «El Señor no me rechazó con horror por la enormidad de mis pecados, sino que por amor de ti he alcanzado gran misericordia». Y dicho esto, desapareció. Y Lutgarda, con muchas lágrimas, bendijo la misericordia divina para con los pecadores.

Sed et soror sua carnalis, de mundo ad purgatorium transiens, antequam piae Lutgardi mors sororis indicaretur, ei subito in aëre uox horribilis et lamentabilis inclamauit: Miserere, soror carissima, miserere mei, et mihi misericordiam eamdem, quam aliis animabus praestitisti, clementer impendas. Intellexit autem prostrata in precibus, quod anima sororis suae orationum suffragia postularet: et mox exegit ab omnibus, ut Conuentus illam in multis disciplinis, et orationibus adiuuaret.

Eodem fere in tempore res apud multos pro animi admiratione habita contigit, quam subiungo. Cum enim pia Lutgardis secundum consilium Augustini omni die Dominica perciperet Corpus Christi, prohibita est pia Lutgardis a Domina Agnete minus discreto usa consilio, tunc temporis Abbatissa, sumere omni die Dominico sacramenta. [Cui pia Lutgardis dixit: Obediens quidem ero, Mater charissima, sed hoc certissime praecognosco, quod in carne tua Christus hanc iniuriam uindicabit.] Nec mora: in uindictam facti, in tantum a Domino per intolerabilem infirmitatem afflicta est, quod ecclesiam ingredi non ualeret; nec cessauit dolor per momenta concrescens, donec reatum indiscretionis agnosceret, et prohibitionem in pia Lutgarde paenitens relaxaret: sed et illae quae in hoc facto fuerant contra illam, aut notabiliter ab hac luce subtracta sunt, uel se ad illam humilitatis spiritu conuerterunt. Dignus zelus Sponsi erga sponsae suae improbos turbatores.

Spiritus eius super morientes in magna semper misericordia ferebatur: uisitabat ergo eos ad confessionem peccatorum admonens et impellens, spem certam poenitentibus, et peracta poenitentia gloriam repromittens. Cum ergo quaedam Soror ageret in agone, et fine grauissimo uexaretur, apparuit ei daemon insultando et dixit: Ecce uexaui Sororem illam: sed cum uenisset populus nihil amplius praeualui in ea. Populum autem Conuentum uocauit, qui ad commendandam animam Sororis ueniens, uires illius precibus eneruauit. Sanctum ergo et pium est assistere morientibus, et eos contra daemones, qui finis nostri calcaneo semper insidiantur) precibus adiuuare.

Frequenter quoque ad eam daemones ueniebant, et funestum uel triste aliquid annuntiabant: illa autem conspuebat eos, et importunos Crucis signaculo depellebat. Adeo daemones timebant eam, ut etiam locum orationis eius, quasi ferrum candens, uitarent attingere. Et ipsa quidem cum nec Psalmos intelligeret, nec aliquid de Scripturis, in ruminatione tamen illius Psalmi; Deus in adiutorium meum intende: et aliorum quorumdam uersuum, in Psalterio uidebat daemones miro horrore diffugere, et a mali suggestione cessare.

También su hermana carnal pasó del mundo al purgatorio; y antes de que se comunicara a la piadosa Lutgarda la muerte de su hermana, de repente una voz horrible y lastimera clamó en el aire: «Ten piedad, hermana carísima, ten piedad de mí, y concédeme clemente la misma misericordia que has prestado a otras almas». Postrada en oración, entendió que el alma de su hermana pedía sufragios de oraciones; y al punto pidió a todas que la comunidad la ayudara con muchas disciplinas y oraciones.

Por el mismo tiempo sucedió algo que muchos tuvieron por admirable, y que añado. Pues, como la piadosa Lutgarda, siguiendo el consejo de Agustín, recibía el Cuerpo de Cristo todos los domingos, le prohibió recibir los sacramentos cada domingo doña Inés, a la sazón abadesa, que siguió un consejo poco discreto. [La piadosa Lutgarda le dijo: «Obedeceré, madre carísima; pero sé con toda certeza de antemano que Cristo vengará en tu carne esta injuria».] Y al instante, en castigo de lo hecho, la abadesa fue afligida por el Señor con una enfermedad tan intolerable que no podía entrar en la iglesia; y no cesó el dolor, que crecía por momentos, hasta que reconoció la culpa de su indiscreción y, arrepentida, levantó la prohibición a la piadosa Lutgarda. Y también las que en este asunto habían estado contra ella, o fueron arrebatadas de esta luz de modo notable, o se volvieron hacia ella con espíritu de humildad. ¡Digno celo del Esposo contra los que perversamente turbaban a su esposa!

Su espíritu se movía siempre con gran misericordia sobre los moribundos: los visitaba, amonestándolos e impulsándolos a la confesión de los pecados, y prometía a los penitentes una esperanza cierta y, cumplida la penitencia, la gloria. Y como cierta hermana estuviera en agonía y la atormentara un fin muy penoso, se le apareció a Lutgarda un demonio que, insultándola, le dijo: «Mira, atormenté a aquella hermana; pero cuando llegó el pueblo, ya no pude nada contra ella». Llamaba «pueblo» a la comunidad, que, viniendo a encomendar el alma de la hermana, quebrantó con sus oraciones las fuerzas de aquel. Santo y piadoso es, pues, asistir a los moribundos y ayudarlos con oraciones contra los demonios, que siempre acechan el talón (Gén 3,15) de nuestro fin.

También acudían a ella con frecuencia los demonios y le anunciaban algo funesto o triste; pero ella les escupía y, por importunos que fueran, los ahuyentaba con la señal de la cruz. Tanto la temían los demonios que evitaban tocar incluso el lugar de su oración, como si fuera hierro candente. Y aunque ella no entendía los salmos ni nada de las Escrituras, al rumiar aquel salmo Dios mío, ven en mi auxilio (Sal 70,2) y algunos otros versos del Salterio, veía a los demonios huir con extraño horror y cesar de sugerir el mal.

Unde intelligebat uirtute uerborum etiam a se non intellectorum praesentias daemonum propulsari, et eorum in tentationibus potentiam eneruari. [Refert Frater Bernardus quod eam secreto dicentem audiuit, nihil se timere diabolum, nec in ullo deceptionis modo, aduersus eam, posset aliquatenus praeualere; Sed secundum promissum Domini, ipsa caput, id est initium tentationum eius, uirtutum pede potentissime conterebat.]

Caput II.

Orationis efficacia: desiderium Martyrii: auxilia tentatis et peccatoribus, imo et aegris praestita.

Pia itaque Lutgardis, cum ad omnem perfectionem mirabiliter anhelaret, coepit miro modo insistere, ut omnem poenitus cognitationem, non tantum malas, uerum etiam bonas, a se in dicendis Horis repelleret; et, quod in statu uitae mortalis impossibile est, eo solo quod diceret animum occuparet. Cumque hoc efficere minime potuisset, coepit semetipsam grandi mentis scrupulo perturbare; et, quasi nihil dixisset, secundo uel tertio Horas singulas iterare. Lugebat ergo in isto necessario uitae defectu, et a nullo amicorum suorum in hoc potuit consolari. Fiebant autem orationes ad Deum pro ea, ut eam Dominus ab hoc scrupulo liberaret. Nec eos fefellit Omnipotens. Inopinate enim, induit Pastorem Dominus, ouiculas insequentem, ad instar Amos Prophetae et in ore eius uerbum consolationis posuit pius Pater. Oues igitur mox dimittens rudis pastor, ad tredecim milliaria in Aquiriam uenit: et accersita pia Lutgarde, audientibus etiam aliis, dixit: Haec dicit Dominus: Nullo ulterius pro dicendis Horis dolore torquearis aut scrupulo: placibiles sunt orationes tuae et in conspectu meo gratanter acceptae. Haec ut dixit pastor, repente diffugit: nec locus fuit, quis esset, quaerere, uel aliquid amplius scire: postea tamen notum factum est quis [esset aut] fuisset. [Sed et per seipsum Dominus dixit ei; Nihil uerearis ultrius, quoniam in te istum supplebo defectum.] Pia autem Lutgardis uerbum utrobique de ore Domini prolatum sentiens, in pace conscientiae requieuit, nec amplius eam postea super hoc inordinatus scrupulus fatigauit.

Itaque non posset credi de facili, cum quanta spiritus alacritate in cantandis Horis Domino deseruiret. Cum ergo die quadam in Vesperis cantaret in choro, Monialis quaedam, quae ab opposita parte in choro stabat, uisibilibus oculis corporalis luminis, flammam de ore eius uidit ascendere, et in sublimi aëre penetrare. Ad cuius uisum insolitum timida et pauefacta puella, fere exanimis facta est. Finitis ergo Vesperis, pia Lutgardis Monialem dulciter consolata, tandem adhuc timenti dixit: Nolo te filia carissima, ista uisione terreri; quia in ueritate diuinitus factam intelligas.

De ahí entendía que por la virtud de las palabras, aun de las que ella no entendía, se ahuyentaba la presencia de los demonios y se quebrantaba su poder en las tentaciones. [Refiere fray Bernardo que la oyó decir en secreto que no temía nada al diablo, y que este no podía prevalecer en modo alguno contra ella con ningún género de engaño; sino que, según la promesa del Señor, ella le aplastaba la cabeza (Gén 3,15), es decir, el comienzo de sus tentaciones, poderosísimamente con el pie de las virtudes.]

II. La eficacia de su oración; su deseo del martirio; el auxilio prestado a los tentados y a los pecadores, y aun a los enfermos

La piadosa Lutgarda, pues, anhelando admirablemente toda perfección, comenzó a empeñarse de modo extraño en rechazar de sí, al rezar las Horas, todo pensamiento, no solo los malos, sino también los buenos, y, lo que es imposible en el estado de la vida mortal, en ocupar el ánimo únicamente en lo que decía. Y como no lograba en modo alguno hacerlo, comenzó a turbarse con grandes escrúpulos de conciencia y a repetir cada Hora dos o tres veces, como si nada hubiera dicho. Lloraba, pues, por esta inevitable deficiencia de la vida, y ninguno de sus amigos pudo consolarla en ello. Se hacían oraciones a Dios por ella, para que el Señor la librara de aquel escrúpulo. Y no los defraudó el Omnipotente. Pues inesperadamente el Señor se apoderó de un pastor que iba tras sus ovejuelas, como el profeta Amós, y el piadoso Padre puso en su boca una palabra de consuelo. Dejando, pues, al punto sus ovejas, el rudo pastor vino a Aywières, a trece millas; y, llamada la piadosa Lutgarda, dijo en presencia también de otras: «Esto dice el Señor: no te atormentes más con ningún dolor ni escrúpulo por el rezo de las Horas; tus oraciones son agradables y se aceptan con gusto en mi presencia». Dicho esto, el pastor se alejó de repente, y no hubo ocasión de preguntar quién era ni de saber nada más; pero después se supo quién [era o] había sido. [Y el Señor mismo le dijo también: «No temas ya nada, porque yo supliré en ti esta deficiencia».] Y la piadosa Lutgarda, sintiendo que en ambas ocasiones la palabra había salido de boca del Señor, descansó en la paz de la conciencia, y nunca más la fatigó por esto un escrúpulo desordenado.

Así pues, difícilmente podría creerse con cuánta presteza de espíritu servía al Señor cantando las Horas. Un día, pues, mientras cantaba Vísperas en el coro, cierta monja que estaba en el lado opuesto del coro vio con los ojos visibles de la vista corporal que una llama subía de su boca y penetraba en lo alto del aire. Ante aquella visión insólita, la muchacha, tímida y aterrada, quedó casi sin sentido. Terminadas las Vísperas, la piadosa Lutgarda consoló dulcemente a la monja, y, como aún temía, le dijo al fin: «No quiero, hija carísima, que te aterre esta visión, pues has de entender que en verdad ha sido obra de Dios».

Nota ergo Lector, quod de multis hoc legitur accidisse: et corporalem flammam in eis uisam, feruidae orationis desiderium figurasse. [Plerique minus spirituales mirati sunt, quomodo in factis tam magnificis calcare humanam gloriam potuisset. Et, respondeo: Adeo (ut mihi ipsamet dixit) spirituali et solida interius gloria plena fuit, quod nulla eam forinsecus inanis gloria uexare potuit; sed ueluti columnam Spiritus sanctus eam immobilem fixit].

Cum Augustinus, Doctorum omnium maximus, in libro de Ciuitate Dei dicat, quod in cunctis nobis semper debeat praeesse discretio et quasi moderando singulas discernere uoluntates; piam utique Lutgardem discretione maxima nouimus uiguisse, quod patet in hoc capitulo quod subiungo. Die quadam Dominica, cum Sacramentum salutare Christi corporis accepisset, et reliquiae cogitationis diem festum in ea agerent Saluatori, ita quod graue esset ei ad mensam cibi corporalis accedere, dixit; Domine Jesu, non est modo mihi congruum tempus tuis deliciis occupari, sed uade ad Elizabet quae una hora a cibis abstinere non potest, et occupa cor eius: me autem comedere permittas et refici. Erat enim ibidem quaedam Monialis, quae infirmitate huiusmodi laborabat, ut pluries in die et pluries in nocte eam refici oporteret. Ad uerbum ergo piae Lutgardis mox Christus obediens, ad Monialem repente transiuit, et cor eius tanta suauitate repleuit, ut a corporali cibo contra consuetudinem sine ulla molestia per longum temporis spatium abstineret. In hoc ergo notari potest discretio magna piae Lutgardis, quod debilitare noluit corpus suum occupatione etiam spiritali: utilius ducens illud ad multos alios labores animabus utiles conseruare, quam extra horam (quia omnia tempus habent) ad destructionem sui inutiliter fatigari. Et hoc quidem contra illos, qui semel aut bis spiritus suauitate degustata, sibimet inimici crudeliter corpus abiiciunt; et dum in Deum per hoc tendunt spiritu fortiori, corpus in adiutorium spiritus datum destruunt; et sic spiritum, per destructionem corporis impotentem effectum, miris sinunt miseriis aggrauari: Corpus enim quod corrumpitur, aggrauat animam. Contra quos expertissimus Doctor loquitur Paulus: Nemo, inquit, carnem suam odio habuit, sed nutrit et fouet eam: Nutrit utique, non ad delectationem, sed ad sustentationem. Abraham montem uisionis ascendens, oblato sacrificio ad asinum rediit: cui Salomon onus iubet imponi, et postea paleam dari. De his Lector quid agat, excogitet: nos autem breuitatis causa ad reliqua transeamus.

Advierte, pues, lector, que se lee que esto ha sucedido a muchos, y que la llama corporal vista en ellos figuraba el deseo de una oración ferviente. [Muchos menos espirituales se admiraron de cómo, en hechos tan magníficos, había podido pisotear la gloria humana. Y respondo: estaba tan llena por dentro (como ella misma me dijo) de una gloria espiritual y sólida, que ninguna vanagloria de fuera podía inquietarla; sino que el Espíritu Santo la había fijado inmóvil como una columna.]

Como dice Agustín, el mayor de todos los doctores, en el libro de La ciudad de Dios, que en todas las cosas debe presidirnos siempre la discreción y, como moderándolas, discernir cada una de nuestras voluntades, sabemos que la piadosa Lutgarda sobresalió por una grandísima discreción, como se ve en este capítulo que añado. Un domingo, habiendo recibido el saludable Sacramento del Cuerpo de Cristo, y como los restos del pensamiento celebraban fiesta (Sal 76,11) en ella al Salvador, de modo que se le hacía pesado acudir a la mesa del alimento corporal, dijo: «Señor Jesús, no es ahora para mí tiempo oportuno de ocuparme en tus delicias; ve, más bien, a Isabel, que no puede estar una hora sin comer, y ocupa su corazón; y a mí permíteme comer y reponerme». Pues había allí cierta monja que padecía una enfermedad tal que necesitaba alimentarse varias veces de día y varias de noche. A la palabra de la piadosa Lutgarda, pues, obedeciendo Cristo al punto, pasó de repente a aquella monja y llenó su corazón de tanta suavidad que, contra su costumbre, se abstuvo sin molestia alguna del alimento corporal durante un largo espacio de tiempo. En esto, pues, puede advertirse la gran discreción de la piadosa Lutgarda: no quiso debilitar su cuerpo ni siquiera con una ocupación espiritual, juzgando más útil conservarlo para otros muchos trabajos provechosos a las almas que fatigarlo inútilmente fuera de tiempo —porque todo tiene su tiempo (Ecl 3,1)— para su propia ruina. Y esto va contra aquellos que, habiendo gustado una o dos veces la suavidad del espíritu, enemigos de sí mismos, desechan cruelmente el cuerpo; y mientras por ello tienden a Dios con espíritu más fuerte, destruyen el cuerpo dado en ayuda del espíritu; y así dejan que el espíritu, hecho impotente por la destrucción del cuerpo, se vea agobiado por extrañas miserias. Pues el cuerpo corruptible agobia al alma (Sab 9,15). Contra ellos habla Pablo, doctor expertísimo: Nadie, dice, aborreció jamás su propia carne, sino que la alimenta y la cuida (Ef 5,29); la alimenta, ciertamente, no para el deleite, sino para el sustento. Abraham, subiendo al monte de la visión, volvió al asno después de ofrecer el sacrificio; y Salomón manda cargar al asno y después darle paja. Piense el lector qué debe hacer en esto; nosotros, por brevedad, pasemos a lo demás.

De eadem Elizabeth inopinabile multum miraculum accidit, quod subiungo. Sicut enim diximus, omni fere hora eam comedere non solum diebus, sed etiam noctibus quandoque oportebat: et tamen ita debilis erat, quod nullo modo in pedibus stare posset, sed in lecto continue decumbebat. Cum ergo in pia Lutgarde, uirtutem orationis luce clarius agnouisset; rogauit eam cum magna cordis instantia, quatenus pro ea Dominum exoraret, ut ei ante mortem, possibilitatem surgendi, et conuentum frequentandi concederet, ut per hoc ante finem uitae suae Domino Jesu Christo plenius deseruiret. Annuit ergo illa pro ea Dominum deprecari. Cui Dominus in haec eadem uerba respondit: Eleuare, inquit, eleuare consurge filia Hierusalem quae bibisti de manu Domini calicem irae eius. Hanc ergo responsionem Domini et causam responsionis, cum litteratis Monialibus indicasset, aduerterunt ex aegritudinis lecto Elisabeth eleuandam, et consurrecturam in sanum statum; in quo soluenda erant uincla colli eius, et captiuitas elidenda, quibus in infirmaria debiles, non tantum modestis, uerum etiam discolis subiici ministris oportet, uoluntarios pariter et inuitos. Et factum est sicut ei Dominus dixerat: eleuataque Elizabeth de lecto aegritudinis, in quo iacuerat annis multis, consurrexit ad onus Ordinis indefesse, et perfectissima sanitate diu postea Christo Domino deseruiuit.

Recogitabat eum, qui talem a peccatoribus sustinuit tribulationem, et miro modo accensa est Christo uicem rependere, et pro eo martyrium sustinere. Sed, quia tempus Martyrii uelut hiems transiit, imber abiit et recessit; Christus ei aliud genus, etiam corporalis martyrii praeparauit. Accidit enim nocte quadam, ut dicto Completorio ante lectum suum in dormitorio staret, orationibus occupata. Ecce incidit illi cogitatio de praemissis, coepitque miro et ineffabili modo desiderare, ut pro Christo, sicut Agnes beatissima, martyrium sustineret. Cumque tantum in tali desiderio aestuaret, ut iam se mori prae desiderio crederet; rupta est ei uena contra situm cordis extrinsecus; et exinde tantum sanguinis fluxit, ut tunicae eius et cuculla copiosissime rigarentur. Debilitata ergo resedit paululum: et statim apparuit ei Christus, in uultu congratulantis, et dixit: pro desiderantissimo feruore martyrii, quem in effusione istius sanguinis habuisti; idem martyrii meritum in caelo recipies, quod Agnes beatissima, pro fide mea in capitis abscissione suscepit: quia martyrium eius tuo desiderio in sanguine compensasti.

Con esta misma Isabel ocurrió un milagro muy inesperado, que añado. Pues, como dijimos, tenía que comer casi a todas horas, no solo de día, sino a veces también de noche; y, sin embargo, estaba tan débil que de ningún modo podía tenerse en pie, sino que yacía continuamente en el lecho. Habiendo, pues, reconocido con más claridad que la luz la virtud de la oración en la piadosa Lutgarda, le rogó con gran instancia del corazón que suplicara por ella al Señor, para que le concediera antes de morir poder levantarse y acudir a la comunidad, y así servir más plenamente al Señor Jesucristo antes del fin de su vida. Accedió, pues, ella a suplicar al Señor por ella. El Señor le respondió con estas mismas palabras: Levántate, levántate, ponte en pie, hija de Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su ira (Is 51,17). Cuando hubo comunicado esta respuesta del Señor y la causa de ella a las monjas letradas, entendieron que Isabel había de ser levantada del lecho de la enfermedad y se alzaría a un estado de salud en el que habían de soltarse las ataduras de su cuello (Is 52,2) y quebrarse la cautividad por la que los enfermos de la enfermería deben estar sujetos, quieran o no, a quienes los sirven, no solo a los apacibles, sino también a los díscolos (1 Pe 2,18). Y se hizo como el Señor le había dicho: levantada Isabel del lecho de la enfermedad, en el que había yacido muchos años, se alzó incansable a la carga de la Orden, y sirvió después largo tiempo a Cristo el Señor con salud perfectísima.

Consideraba a aquel que soportó de los pecadores tal tribulación (Heb 12,3), y se encendió de modo admirable en deseo de corresponder a Cristo y de sufrir por él el martirio. Pero como el tiempo del martirio, igual que el invierno, ha pasado, la lluvia se ha ido y se ha retirado (Cant 2,11), Cristo le preparó otro género de martirio, también corporal. Sucedió, pues, una noche, dichas las Completas, que estaba de pie ante su lecho en el dormitorio, ocupada en oraciones. He aquí que le vino el pensamiento de estas cosas, y comenzó a desear de modo admirable e inefable sufrir el martirio por Cristo, como la beatísima Inés. Y como ardiera tanto en semejante deseo que ya creía morir de anhelo, se le rompió una vena por fuera, a la altura del corazón, y de allí brotó tanta sangre que sus túnicas y su cogulla quedaron empapadas copiosísimamente. Debilitada, se sentó un poco; y al punto se le apareció Cristo con rostro de quien se alegra con ella, y le dijo: «Por el fervor tan anhelante del martirio que tuviste en el derramamiento de esta sangre, recibirás en el cielo el mismo mérito de martirio que la beatísima Inés recibió por mi fe cuando le cortaron la cabeza; porque con tu deseo has igualado en sangre su martirio».

Hoc concordat illi quod in principio libri primi posuimus ubi matrona quaedam nobilis et deuota piae Lutgardis adhuc iuuenculae dixisse refertur: Tu, ait, bona Agnes et uere Agnes altera eris. O plane beatissima mulier, quam ipse Christus in pacis tempore corona martyrii decorauit. Huius gloriosissimi facti testes duae de Monialibus extiterunt, Margareta et Lutgardis cognomento Limmos, deuotissimae feminae; quae, post effusionem sanguinis, piae Lutgardis uestimenta lauerunt. Testis quoque fuit et cicatrix ruptae uenae, usque in diem, qua felix eius anima ab hoc seculo transmigrauit. Testis cessatio uexationis fuit, qua Deus in Euae sexu superbiam mitigauit: fuit autem annorum uiginti et octo quando ei ista contigisse feruntur.

Machtildis matrona nobilis, de partibus nata Leodii, filios milites heredes relinquens, in Aquiria Domino seruiebat. Senio autem et debilitate confecta, quod inde consequi solet, auditum penitus perdidit. In Vesperis autem solennibus die quadam, cum Moniales alta uoce cantarent, et hoc quaedam Monialis dictae matronae surdae signo innueret; illaque signum intelligens, suam surditatem defleret; adueniens pia Lutgardis, signo, cur fleret, interrogat. Et illa: Ego, inquit, miserrima quare non fleam, quae in tantum priuor auditu, ut solennitatem cantus, quo Deo seruitur, audire non possim. Mox pia Lutgardis compassa ploranti, et ad orationem paululum inclinata, surrexit; et duos digitos suos sputo liniens, auribus surdis imposuit. Mira res! Repente mulier cum fragore rumpi interius oppilationem audiens aurium, patefactis ad plenum auribus mox audiuit: et in tanto miraculo uirtutem piae Lutgardis sentiens, Dominum magnifice benedixit.

Quoties, rapta in spiritu, passionis Dominicae memor erat; uidebatur ei, quod essentialiter per totum corpus sanguine perfusa ruberet. Hoc cum quidam religiosus Presbyter secretius audiuisset, obseruans eam tempore opportuno, quo dubium non erat, secundum tempus Christi fore memorem passionis; aggressus est illam uidere: ubi acclinis ad parietem in contemplatione iacebat. Et ecce, uidit faciem eius et manus, quae tantum nudae patebant, quasi recenti perfusas sanguine relucere: cincinnos uero eius, quasi guttis noctium, infusos sanguine. Quod uidens, clam forcipe partem illorum in partem tulit; et ad lucem eos in manu ferens, cum supra modum attonitus miraretur, pia Lutgarde de raptu contemplationis ad sensum forinsecus reuertente, cincinni quoque in manu stupentis ad colorem naturalem protinus reuertuntur. Qui statim ultra quam credi potest, ad tam ingens spectaculum pauefactus, fere cecidit resupinus.

Esto concuerda con lo que pusimos al principio del libro primero, donde se refiere que cierta matrona noble y devota dijo a la piadosa Lutgarda, cuando aún era jovencita: «Tú —dijo— eres una buena Inés, y en verdad serás otra Inés». ¡Oh mujer verdaderamente beatísima, a quien el mismo Cristo, en tiempo de paz, adornó con la corona del martirio! Testigos de este gloriosísimo hecho fueron dos de las monjas, Margarita y Lutgarda, de sobrenombre Limmos, mujeres devotísimas, que lavaron los vestidos de la piadosa Lutgarda después del derramamiento de sangre. Testigo fue también la cicatriz de la vena rota, hasta el día en que su dichosa alma pasó de este siglo. Testigo fue también el cese de aquella molestia con que Dios templó la soberbia en el sexo de Eva; y tenía veintiocho años cuando se dice que le sucedieron estas cosas.

Matilde, noble matrona nacida en la región de Lieja, que había dejado como herederos a sus hijos caballeros, servía al Señor en Aywières. Consumida por la vejez y la debilidad, perdió por completo el oído, como suele suceder por ello. Un día, en unas Vísperas solemnes, mientras las monjas cantaban en voz alta y una de ellas se lo indicaba por señas a la dicha matrona sorda, y esta, entendiendo la seña, lloraba su sordera, se acercó la piadosa Lutgarda y le preguntó por señas por qué lloraba. Y ella dijo: «¿Cómo no he de llorar yo, miserabilísima, que estoy tan privada del oído que no puedo oír la solemnidad del canto con que se sirve a Dios?» Al punto la piadosa Lutgarda, compadecida de la que lloraba, se inclinó un poco en oración y se levantó; y untando dos de sus dedos con saliva, los puso en los oídos sordos. ¡Cosa admirable! De repente la mujer oyó cómo se rompía por dentro con un chasquido la obstrucción de sus oídos, y, abiertos ya del todo, oyó al punto; y reconociendo en tan gran milagro la virtud de la piadosa Lutgarda, bendijo magníficamente al Señor.

Cada vez que, arrebatada en espíritu, recordaba la pasión del Señor, le parecía que realmente estaba roja por todo el cuerpo, bañada en sangre. Habiéndolo oído en secreto cierto presbítero religioso, aguardó el momento oportuno en que no había duda de que, conforme al tiempo, ella estaría recordando la pasión de Cristo, y se dispuso a verla donde yacía en contemplación, reclinada contra la pared. Y he aquí que vio su rostro y sus manos, que eran lo único descubierto, resplandecer como bañados en sangre reciente, y sus rizos empapados de sangre, como de las gotas de la noche (Cant 5,2). Al ver esto, cortó a escondidas con unas tijeras una parte de ellos y se apartó; y mientras los llevaba en la mano hacia la luz y se admiraba asombrado sobremanera, volvió la piadosa Lutgarda del arrobamiento de la contemplación a los sentidos exteriores, y también los rizos que el atónito tenía en la mano recobraron al instante su color natural. Y él, aterrado más de lo que puede creerse ante tan grande espectáculo, casi cayó de espaldas.

Nota autem Lector, quod nimirum pia Lutgardis rubere sanguine uisa est, quia de illis specialissime fuit in uita, qui lauerunt stolas suas in sanguine Agni: ex intellectuali enim consideratione mentis interius, similitudinem traxit corpus exterius.

Miles quidam, genere et diuitiis pollens, filiam in Aquiria habuit Monialem: quae cum patrem suum sciret diuersis flagitiis irretitum, eum ad hoc induxit, ut a pia Lutgarde orationes peteret; et se ab illa, sicut in talibus mos est, in spiritualem filium recipi postularet. Annuit illa, adiitque pro illo Dominum deprecari. Et ecce apparuit satan cuidam in eodem monasterio Moniali, dicens: Ecce nititur Domina Lutgardis de uinculis meis Militem Tymerum, qui mihi tot annis seruiuit, eripere. Sine illam: non est opus parui temporis, quod incepit: ego autem, et si nihil aliud, id tamen efficiam, ut in camino paupertatis cor eius feruere faciam, et tabescet eius anima, sicut caro frixari assolet in patella. Et tu, Lector, uide, quam mira ueritas in mendace. Et quidem cum ipse Miles illo in tempore maximis possessionibus et diuitiis abundaret, ita successione parui temporis est dilapsus, ut pecuniam paratam ad mille quingentas libras expenderet: et uenditis postea possessionibus, ad tantam pauperiem deueniret, ut uix panem in suprema necessitate haberet. In his omnibus tamen tantam patientiam noscitur habuisse, ut nullus haesitaret piae Lutgardis preces Militi adfuisse. Hunc ergo in Affligemio, omniunt illius Ordinis ordinatissimo caenobio, monachum uidimus: et pro mirabili conuersatione in tali aetate et patientia, ab omnibus uenerari. Tali et consimili modo pia Lutgardis precibus suis a diaboli laquiis plures eripuit, et ad correctiorem statum bonae uitae perduxit.

Puella quaedam Ordinis Cistertiensis, cum grauissimo tentationum incommodo grauaretur, uidit ante annos multos sibi piam Lutgardem in somnis apparere, dictumque est ei, illius debere se precibus liberari. Diu ergo postea ad eam in Aquiriam uenit, eiusque faciem, in somnis tamen prius cognitam, recognouit: quam etiam, secundum quod praediximus, maxima precum instantia ab omni tentationum incommodo liberauit. Tunc illa, piae Lutgardis in sui liberatione experta uirtutem, rogauit eam, quatenus ab Omnipotente Deo precibus impetraret, ut Ordinis sui sustinere labores, et carere esu carnium posset: ab infantia enim puella languerat, et uix diebus ieiunii carere carnibus poterat. Pia autem Lutgardis, cum aetatem puellae nimis teneram in tali abstinentia causaretur, et puella tamen impleri uotum instantissime precaretur, tandem eius lacrymis uicta dixit: Vadas hinc: et ab ista die potestatem habebis, ut et carnibus careas, et tuum Ordinem teneas, ac superadde quod placebit.

Advierte, lector, que no es de extrañar que la piadosa Lutgarda se viera roja de sangre, porque en su vida fue muy especialmente de aquellos que lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero (Ap 7,14); pues de la consideración espiritual de la mente en lo interior tomó el cuerpo por fuera la semejanza.

Cierto caballero, poderoso por su linaje y sus riquezas, tenía una hija monja en Aywières; y ella, sabiendo que su padre estaba enredado en diversos vicios, lo indujo a pedir oraciones a la piadosa Lutgarda y a solicitar que ella lo recibiera, como es costumbre en tales casos, por hijo espiritual. Ella accedió, y se puso a suplicar al Señor por él. Y he aquí que Satanás se apareció a cierta monja de aquel mismo monasterio y le dijo: «Mira, doña Lutgarda se esfuerza por arrancar de mis cadenas al caballero Thimer, que me ha servido tantos años. Déjala: no es obra de poco tiempo lo que ha comenzado; pero yo, aunque no logre otra cosa, haré al menos que su corazón hierva en el horno de la pobreza (Is 48,10), y su alma se consumirá como suele freírse la carne en la sartén». Y tú, lector, mira qué admirable verdad hubo en el mentiroso. Pues, aunque aquel caballero abundaba entonces en grandísimas posesiones y riquezas, en poco tiempo vino tan a menos que gastó dinero contante hasta mil quinientas libras; y vendidas después sus posesiones, llegó a tal pobreza que en su extrema necesidad apenas tenía pan. Con todo, en todas estas cosas se sabe que tuvo tanta paciencia que nadie dudaba de que las oraciones de la piadosa Lutgarda habían asistido al caballero. A este lo hemos visto monje en Affligem, el más ordenado de todos los monasterios de aquella Orden, y venerado por todos por su admirable vida a tal edad y por su paciencia. De este y de semejantes modos arrancó la piadosa Lutgarda con sus oraciones a muchos de los lazos del diablo, y los llevó a un estado más enmendado de buena vida.

Cierta muchacha de la Orden del Císter, agobiada por una gravísima molestia de tentaciones, había visto muchos años antes que la piadosa Lutgarda se le aparecía en sueños, y se le dijo que había de ser librada por sus oraciones. Mucho tiempo después vino, pues, a ella a Aywières y reconoció su rostro, conocido antes solo en sueños; y Lutgarda, como hemos dicho, la libró con grandísima insistencia de oraciones de toda la molestia de las tentaciones. Entonces la muchacha, habiendo experimentado en su propia liberación la virtud de la piadosa Lutgarda, le rogó que alcanzara de Dios omnipotente con sus oraciones que pudiera soportar los trabajos de su Orden y abstenerse de comer carne; porque la muchacha era enfermiza desde la infancia y apenas podía privarse de la carne en los días de ayuno. La piadosa Lutgarda objetaba la edad demasiado tierna de la muchacha para semejante abstinencia; pero como la muchacha suplicaba con la mayor insistencia que se cumpliera su deseo, vencida al fin por sus lágrimas, le dijo: «Vete; desde este día tendrás fuerzas para abstenerte de la carne y guardar tu Orden, y para añadir lo que te plazca».

Mirum uere et stupendum miraculum, regressa puella ad locum suum, ei, secundum quod consuetum erat, in infirmaria carnes apponebantur: quas ubi intuita est, in simillima specie pudibundae, uix in disco propositos uisu mox horruit, ita quod prorsus comedere facie auersa non potuit. Quod ubi saepe tentatum est, tantam abominationem carnium in mente concepit, quod numquam post uerba piae Lutgardis carnes comedit; et non solum labores Ordinis, uerum etiam quidquid in mortificationem sui corporis sustinere uoluit, ipsi sine omni molestia facillimum fuit. Haec mihi eadem puella, iam admodum uetula facta, et in regimine monasterii posita Abbatissa, cum maxima uerecundia retulit: sed eam laus piae Lutgardis ista utique narrare coëgit.

Hespelendis quaedam religiosa puella, in tentationum excessu prae nimia tristitia desperata, cum piae Lutgardis orationum suffragia postulasset, et illa pro ea orationes et lacrymas copiose fudisset; Domino reuelante respondit, Consolari, inquit, te oportet, carissima: quia in Parasceue, cum post adorationem Crucis Sacerdos exaltando Crucem dixerit, Ecce lignum Crucis; tu ab omni tentationum impetu liberaberis, et consolationis fiduciam consequeris. Et factum est ita: nam illa in hora qua praedictum est, liberatur, et per consolationis fiduciam diuinae gratiae condonatur.

Venerabilis Joannes Abbas Affligemiensis, cum secum quemdam uirum ad piam Lutgardem duxisset; ille, aspectu illius, uultu anxio repercussus est. Miratus ergo Abbas cum ad remotiora uenisset, dixit uiro: Vidisti, ait, illam sanctam mulierem? Et ille, ex imo pectore suspiria trahens; Vidi, inquit, et in aspectu eius, uelut in aspectu Diuinae maiestatis, tanto horrore peccaminum sum percussus, ut eius auxiliante suffragio peccatis eximar, nec Deo dante relabar. Quod ita factum, dictus Abbas memorabilis recordatur.

Mulier quaedam epilepticum filium habuit, Joannem nomine, pro quo multo tempore anxie tristabatur: et factum est ut in somnis ei uerbum huiusmodi diceretur: Vade ad Dominam Lutgardem, in Aquiria commorantem, et tuus per eam liberabitur filius. Mane autem facto, cum filio in Aquiriam uenit, et piae Lutgardi filium obtulit. Quae statim oratione praemissa, digitum illi in os posuit, et crucem in pectore pollice fixit: et ab illa die et deinceps puerum ab omni epilepsiae incommodo liberauit.

Tempore quodam cum festum omnium Sanctorum ageretur, in ipso festo piae Lutgardi multitudo maxima Sanctorum per uisionem apparuit; et quod omnium spiritu, et omnium gratia plena esset: ei sanctus Spiritus reuelauit. Quid miri? Si enim secundum uirtutes dona sunt, quo carere dono uel gratia debuit, quae omni uirtute plena refulsit?

¡Milagro verdaderamente admirable y asombroso! Vuelta la muchacha a su casa, le servían en la enfermería carne, según la costumbre; pero en cuanto la miró, puesta en el plato con una apariencia muy semejante a algo vergonzoso, sintió horror de solo verla, de modo que, volviendo el rostro, no pudo comerla en absoluto. Y como se intentara muchas veces, concibió en su mente tal aborrecimiento de la carne que nunca más, después de las palabras de la piadosa Lutgarda, comió carne; y no solo los trabajos de la Orden, sino cualquier cosa que quiso soportar para mortificación de su cuerpo, le fue facilísima y sin molestia alguna. Esto me lo refirió con grandísima modestia aquella misma muchacha, ya bastante anciana y puesta al frente de un monasterio como abadesa; pero la alabanza de la piadosa Lutgarda la obligó a contarlo.

Cierta muchacha religiosa llamada Hespelendis, desesperada por excesiva tristeza en medio de un exceso de tentaciones, pidió a la piadosa Lutgarda el sufragio de sus oraciones; y como esta hubiera derramado por ella oraciones y lágrimas en abundancia, le respondió por revelación del Señor: «Has de consolarte, carísima, porque el Viernes Santo, cuando después de la adoración de la Cruz el sacerdote, elevando la Cruz, diga: "Mirad el árbol de la Cruz", quedarás libre de todo asalto de las tentaciones y alcanzarás la confianza del consuelo». Y así sucedió: pues en la hora predicha quedó libre, y por la confianza del consuelo fue agraciada con la gracia divina.

Cuando el venerable Juan, abad de Affligem, llevó consigo a cierto hombre a ver a la piadosa Lutgarda, este, al verla, quedó impresionado y con el rostro angustiado. El abad, extrañado, cuando se hubieron alejado, dijo al hombre: «¿Has visto a aquella santa mujer?» Y él, sacando suspiros de lo hondo del pecho, dijo: «La he visto; y al verla, como si viera la majestad divina, me ha herido tal horror de mis pecados que, con la ayuda de su sufragio, me veré libre de ellos y, Dios mediante, no volveré a recaer». Que así sucedió lo recuerda el dicho abad, varón digno de memoria.

Cierta mujer tenía un hijo epiléptico llamado Juan, por el que estaba angustiada y triste desde hacía mucho tiempo; y sucedió que en sueños se le dijo una palabra como esta: «Ve a doña Lutgarda, que vive en Aywières, y por ella quedará libre tu hijo». Al llegar la mañana, fue con su hijo a Aywières y presentó el hijo a la piadosa Lutgarda. Ella, haciendo primero oración, le puso al punto un dedo en la boca y le trazó con el pulgar una cruz en el pecho; y desde aquel día en adelante libró al niño de toda molestia de la epilepsia.

Una vez, celebrándose la fiesta de Todos los Santos, en la misma fiesta se apareció en visión a la piadosa Lutgarda una grandísima multitud de santos; y el Espíritu Santo le reveló que estaba llena del espíritu de todos ellos y de la gracia de todos. ¿Qué tiene de extraño? Pues si los dones son conforme a las virtudes, ¿de qué don o gracia había de carecer la que resplandeció llena de toda virtud?

Cum quodam tempore pia Lutgardis debilitate corporis aegrotaret, Domina Sybilla de Gagis, quae ei ab ingressu Ordinis deuotissime seruire consueuerat, instigante nequitiae spiritu, ex diutino labore pene deficiens, corde et corpore fatigabatur; dixitque semel in corde suo; Ut quid in Dominae Lutgardis seruitute sic laboro? Numquam mater mea tantum alicui in uita seruiuit, nec me decet esse tantae deditam seruituti? Nec mora; in ipsa nocte audiuit quandam uocem, dicentem sibi. Non ueni ministrare. Quod ut illa audiuit, seipsam grauiter reprehendit, et piae Lutgardi postea in maxima iucunditate et delectatione seruiuit.

Homo quidam, in labe criminum desperatus, ad eam adductus est, ut saltem eius colloquiis solaretur. Nec mora, ubi iuxta eam resedit, et eius uerba audire coepit; uidit ultra omnem fulgorem super eam inaestimabilem claritatem. Quo in uisu exhilaratus homo, et, nimirum ad spem ueniae confortatus, abscessit.

Frequenter accidit, ut dum Psalmodiam ruminaret, ei Spiritus sanctus uirtutem et intelligentiam uersuum reuelaret. Accidit ergo nocte quadam, ut dum in Cantico, Te Deum laudamus, uersum illum, Tu ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti Virginis uterum, diceret; ei beatissima Virgo Maria, quasi congratulans appareret: intellexitque uersum istum beatissimae Virgini fore gratissimum, per quem memoratur suscepisse Dei filium. Hoc ergo mihi ipsamet sicut filio dilecto reuelans; admonuit, ut quoties uersum istum dicerem, me toto corpore ad laudem gloriosae Virginis inclinarem. Quod et diu feci et facio, et ad idem faciendum cunctos legentes admoneo.

Pauperculam quandam indigentem ualde conspiciens, ad benefaciendum ei miro compassionis spiritu monebatur, et mox in spiritu dixit illi Dominus: In Psalmo legis, et dicis mihi; Portio mea, Domine, dixi custodire legem tuam. Quod sic intelligas: Portio tua ego sum, nihil habes aliud, et ideo egenti respondeas: Aurum et argentum non est mecum, quod autem habeo hoc tibi dabo; Ores autem pro ea, et dedisti ei quod tuum est haec dicens, Custodisti legem meam. Ad haec igitur Dei uerba, modo mirabili interius illustrata, ad Dominam Sybillam de Gagis uenit, et quid ei Dominus dixerat, indicauit. Quae scrutatis glossis super illum locum psalterii; Portio mea, Domine, dixi custodire legem tuam inuenit lucidissime secundum glossam, eidem Dominum respondisse. Constat ergo quia sacrae Scripturae eo spiritu sunt expositae, quo et editae. Simili modo cum quidam monachus Affligemii in parochiam dissolutissimam mitteretur, et eam rogaret suppliciter, ut in tanto periculo pro se Dominum exoraret, respondit ei dicens: Expectans expectaui Dominum, et intendit ei. Quod ita euidentissime sic factum uidit, ut nil penitus haesitaret, quin ei pia Lutgardis ex Dei spiritu respondisset.

Una vez que la piadosa Lutgarda estaba enferma por debilidad del cuerpo, doña Sibila de Gages, que desde su entrada en la Orden solía servirla devotísimamente, a instigación del espíritu de maldad, casi desfallecida por el largo trabajo, se fatigaba de corazón y de cuerpo; y dijo una vez en su corazón: «¿Por qué trabajo tanto al servicio de doña Lutgarda? Nunca mi madre sirvió tanto a nadie en su vida, ni me corresponde a mí estar entregada a tan gran servidumbre». Y al punto, aquella misma noche, oyó una voz que le decía: «No vine a servir». Cuando ella lo oyó, se reprendió gravemente a sí misma, y en adelante sirvió a la piadosa Lutgarda con grandísimo gozo y deleite.

Cierto hombre, desesperado por la mancha de sus crímenes, fue llevado ante ella para que al menos se consolara con su conversación. Al instante, apenas se sentó junto a ella y comenzó a oír sus palabras, vio sobre ella una claridad inestimable, más allá de todo fulgor. Alegrado con aquella visión, y confortado, como es natural, en la esperanza del perdón, el hombre se marchó.

Sucedía con frecuencia que, mientras rumiaba la salmodia, el Espíritu Santo le revelaba la virtud y el sentido de los versos. Sucedió, pues, una noche que, mientras decía en el cántico «Te Deum laudamus» aquel verso: «Tú, para liberar al hombre, aceptaste la condición humana sin desdeñar el seno de la Virgen», se le apareció la beatísima Virgen María como congratulándose con ella; y entendió que este verso, por el que se recuerda que la Virgen concibió al Hijo de Dios, era gratísimo a la beatísima Virgen. Revelándomelo ella misma como a un hijo amado, me aconsejó que cada vez que dijera este verso me inclinara con todo el cuerpo en alabanza de la gloriosa Virgen. Lo cual he hecho largo tiempo y sigo haciendo, y exhorto a todos los que lean esto a hacer lo mismo.

Viendo a cierta pobrecilla muy necesitada, se sentía movida por un admirable espíritu de compasión a hacerle bien; y al punto le dijo el Señor en espíritu: «Lees en el salmo y me dices: Mi porción, Señor: he dicho que guardaré tu ley (Sal 119,57). Entiéndelo así: tu porción soy yo, no tienes otra cosa; y por eso responde a la necesitada: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, eso te daré (Hch 3,6). Ruega, pues, por ella, y le habrás dado lo que es tuyo; y al decir esto, has guardado mi ley». Iluminada interiormente de modo admirable por estas palabras de Dios, fue a doña Sibila de Gages y le contó lo que el Señor le había dicho. Ella, examinando las glosas sobre aquel lugar del Salterio, Mi porción, Señor: he dicho que guardaré tu ley, halló que el Señor le había respondido con toda claridad conforme a la glosa. Consta, pues, que las sagradas Escrituras han sido expuestas con el mismo espíritu con que fueron escritas. De modo semejante, cuando cierto monje de Affligem iba a ser enviado a una parroquia muy disoluta y le rogó humildemente que suplicara por él al Señor en tan gran peligro, ella le respondió: Esperando, esperé en el Señor, y él lo atendió (Sal 40,2). Y vio que así se cumplía con tanta evidencia que no dudó en absoluto de que la piadosa Lutgarda le había respondido por el espíritu de Dios.

Caput III.

Spiritu prophetiae futura, absentia, et arcana indicata.

Constat multis et per multa, piam Lutgardem spiritu prophetiae claruisse. Quidam ordine Presbyter, ad Gallicas partes in Jotrensi monasterio Galliae ueniens, cum in crypta quadam, ubi Sanctorum corpora quiescebant, nocte oraret; et Sanctae cuiusdam tumulum, ex alabastro lapide factum, inopinabiliter aperiret; et nomen aut meritum, eius scire non posset; piam postea Lutgardem rogauit, ut pro reuelatione nominis eiusdem Dominum exoraret. Annuens ergo uiri precibus totam se ad precandum dedit et statim quod petiit, impetrauit. Apparens enim ei praedicta Sancta dixit: Ego uocor Osanna uirgo, filia quondam Regis Scotiae, et per miraculum Domini ad partes Galliae adducta, sancte uixi: defunctaque ibidem ac sepulta solenniter, mei tandem per negligentiam temporis incolae sunt obliti. Haec, itaque, cum pia Lutgardis dicto uiro referret, subiunxit: Vellem ut haec eadem tibi Dominus in testimonium ueritatis ostenderet: et ille; Non sum, inquit, dignus ut mihi talia demonstrentur. Cui illa: Etsi forte minus dignus sis, tamen illa digna est, cuius digne praeconia reuelentur. Nec mora super hoc pia Lutgarde orante Dominum, eadem nocte dicto uiro per somnum tribus uicibus Virgo apparuit, et quod Osanna uocata sit indicauit. Qui uidit, testimonium perhibuit, et scimus quia uerum est testimonium eius.

Quaedam erat in Parco Dominarum, iuxta Louanium, deuota Monialis, quae fratrem carnalem, de Ordine Fratrum minorum duodecim annos apostatam, inconsolabiliter deplangebat. Rogata est ergo pia Lutgardis, ut pro dicto apostata rogaret Dominum, quia soror eius prae dolore sensum perdere putabatur. Illa uero compassa utrisque, orauit ad Dominum: et ab oratione reuersa, dixit: Dicatur illi bonae puellae, ut fiducialiter consoletur, quia frater suus est isto anno ad suum sanctum Ordinem reuersurus. Quod ita factum inopinate sane percepimus, utpote de illo qui multipliciter fuerat seculi actibus irretitus. Nec legentes moueat, si de Ordine Fratrum Minorum aut aliorum per apostasiam aliqui exciderunt: neque enim aliquis istorum maior est, nec longe tantus, quam ipsa habitatio Christi, in qua undecim boni perfidum Judam toleraverunt; aut melior quam ipsum caelum, unde Angeli ceciderunt.

III. Cosas futuras, ausentes y ocultas, reveladas por el espíritu de profecía

Consta a muchos, y por muchas cosas, que la piadosa Lutgarda brilló por el espíritu de profecía. Cierto presbítero, viniendo a tierras de Francia al monasterio de Jouarre, oraba de noche en una cripta donde reposaban cuerpos de santos; y como inesperadamente abriera el sepulcro de alabastro de cierta santa y no pudiera saber su nombre ni su mérito, rogó después a la piadosa Lutgarda que suplicara al Señor por la revelación de aquel nombre. Accediendo a los ruegos de aquel hombre, se entregó toda a la oración, y al punto obtuvo lo que pidió. Pues se le apareció la dicha santa y le dijo: «Me llamo Osana, virgen, hija en otro tiempo del rey de Escocia; traída por milagro del Señor a tierras de Francia, viví santamente; y habiendo muerto allí y siendo sepultada solemnemente, los habitantes del lugar acabaron por olvidarme por el descuido del tiempo». Cuando la piadosa Lutgarda contó esto al dicho varón, añadió: «Quisiera que el Señor te mostrara esto mismo en testimonio de la verdad». Y él dijo: «No soy digno de que se me muestren tales cosas». Ella le dijo: «Aunque quizá seas poco digno, ella sí es digna de que sus alabanzas se revelen dignamente». Sin tardanza, orando por ello la piadosa Lutgarda al Señor, aquella misma noche la virgen se apareció tres veces en sueños al dicho varón y le indicó que se llamaba Osana. El que lo vio da testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero (Jn 19,35; 21,24).

Había en Parc-les-Dames, junto a Lovaina, una devota monja que lloraba inconsolablemente a su hermano carnal, fraile de la Orden de los Frailes Menores, apóstata desde hacía doce años. Se rogó, pues, a la piadosa Lutgarda que pidiera al Señor por dicho apóstata, porque se creía que su hermana iba a perder el juicio de dolor. Ella, compadecida de ambos, oró al Señor y, vuelta de la oración, dijo: «Díganle a aquella buena muchacha que se consuele con confianza, porque su hermano volverá este año a su santa Orden». Supimos que así sucedió, de manera bien inesperada, por cierto, tratándose de quien había estado enredado de muchas maneras en los negocios del siglo. Y no inquiete a los lectores que algunos hayan caído por apostasía de la Orden de los Frailes Menores o de otras; pues ninguna de ellas es mayor, ni con mucho tan grande, que la misma casa de Cristo, en la que once buenos toleraron al pérfido Judas, ni mejor que el cielo mismo, de donde cayeron ángeles.

Eodem fere in tempore illustris Ducissa Brabantiae, filia quondam Philippi Regis Franciae, grauiter infirmabatur: ex longo autem tempore piam Lutgardem dilectam habens, mandauit ei, ut pro se Dominum exoraret. Quae statim facta oratione remandauit ei, quod nullo modo de lecto surgeret, sed se per Confessionem in omnibus praepararet, et cum maxima cordis fiducia Dominum expectaret. Nec mora, sicut illa praedixit, Ducissa defuncta est. Post mortem autem piae Lutgardi Ducissa apparuit; et quia per intercessionem gloriosae Virginis Mariae, quam in uita miro modo dilexerat, ultra speratum poenis purgatorii eriperetur, certissimis indiciis indicauit. Haec quidem uenerabili et Deo deuota Margareta, Domina de Velpia referente didici et conscripsi. Sed et idem accidit de uiro nobili Domino Godefrido, filio Domini Godefridi Castellani Bruxellensis; cuius obitum, antequam sciretur aliunde, Sororibus nuntiauit.

Reclusa de Curia S. Stephani, in puellarii aetate grauissimum tentationis incommodum sentiens, piam Lutgardem ut pro se oraret, adiuit. Cuius incommodum cum ipsa quaereret, et illa dicere uereretur; dixit ei pia Lutgardis: Ecce, Dominus mihi, quod uerecundaris dicere, reuelauit: et haec dicens totum puellae cordis sui statum quod etiam Presbyteris reuelare noluerat, patefecit. Exhortata ergo confiteri, eam ad Confessionem peccatorum et morum correctionem, ita perfecte sanatam et consolatam ab omni incommodo dereliquit, ut in maxima postmodum spiritus alacritate et gaudio Domino deseruiret. Idem et per omnia fere consimile fratri Werico, Conuerso, de Aquiria, accidisse probatum est. Quid miri? Secum enim habebat illum in spiritu, cuius lucidiores sunt oculi super solem: quod in facto patuit, quod subiungo. Quidam peccatum commiserat in abditissimo loco, quod reuelare Presbytero uerebatur. Et ecce non diu post, quidam in specie peregrini rogabat illum, ut causa remissionis peccati, quod plus timeret, sibi caput lauare deberet. Quod cum ille facere iam coepisset, inuenit in summo capitis peregrini oculum lucidissimum, et clamauit: O hominem, contra naturam in uertice capitis oculatum! Cui peregrinus: Hic est, inquit, oculus, qui te peccantem in abscondito uidit, et quem nulla possunt secreta latere. Haec dicens ab oculis mirantis euanuit.

Por el mismo tiempo, la ilustre duquesa de Brabante, hija del difunto Felipe, rey de Francia, cayó gravemente enferma; y como desde hacía mucho tiempo tenía en gran aprecio a la piadosa Lutgarda, le mandó decir que rogara al Señor por ella. Ella, hecha al punto la oración, le mandó responder que de ningún modo se levantaría del lecho, sino que se preparara en todo por la confesión y esperara al Señor con grandísima confianza de corazón. Y en breve, como ella había predicho, murió la duquesa. Después de su muerte, la duquesa se apareció a la piadosa Lutgarda, y le dio a conocer con señales certísimas que por la intercesión de la gloriosa Virgen María, a la que había amado admirablemente en vida, era arrancada de las penas del purgatorio más allá de lo que esperaba. Esto lo supe y lo puse por escrito según lo refirió la venerable Margarita, consagrada a Dios, señora de Velpia. Y lo mismo sucedió con un varón noble, don Godofredo, hijo de don Godofredo, castellano de Bruselas, cuya muerte anunció a las hermanas antes de que se supiera por otra parte.

La reclusa de la Corte de San Esteban, sintiendo en su edad de muchacha una gravísima molestia de tentación, acudió a la piadosa Lutgarda para que orara por ella. Y como Lutgarda le preguntara cuál era su molestia, y ella temiera decirlo, le dijo la piadosa Lutgarda: «Mira, el Señor me ha revelado lo que te avergüenza decir»; y diciendo esto, descubrió a la muchacha todo el estado de su corazón, que ni siquiera a los presbíteros había querido revelar. Exhortándola, pues, a confesarse, la dejó, tras la confesión de sus pecados y la enmienda de sus costumbres, tan perfectamente sana y consolada de toda molestia que en adelante sirvió al Señor con grandísima presteza y gozo de espíritu. Consta que lo mismo, y semejante casi en todo, le sucedió al hermano Werico, converso de Aywières. ¿Qué tiene de extraño? Pues tenía consigo en espíritu a aquel cuyos ojos son más luminosos que el sol (Eclo 23,19); lo cual se vio claro en el hecho que añado. Cierto hombre había cometido un pecado en un lugar muy escondido, y temía revelarlo al presbítero. Y he aquí que no mucho después, uno en figura de peregrino le rogaba que le lavara la cabeza, en remisión del pecado que más temía. Y cuando ya había comenzado a hacerlo, halló en lo alto de la cabeza del peregrino un ojo luminosísimo, y exclamó: «¡Oh hombre que, contra naturaleza, tiene un ojo en la coronilla!» Le dijo el peregrino: «Este es el ojo que te vio pecar en lo escondido, y al que ningún secreto puede quedar oculto». Dicho esto, se desvaneció de los ojos del asombrado.

Solicita supra modum pia Lutgardis fuit, notos Sacerdotes cum mira oris gratia frequentius admonere, gregem sibi creditum solicite procurare, et animas, quas Christus redemit a seruitute daemonum liberare. Ego autem, licet indignus, cum ad Ordinem Presbyteri aetate iuuenis accessissem, nondum me in Praedicatorum Ordine constituto, indebite et super uires, in Confessionibus audiendis uices habere Episcopi sum compulsus. Hoc autem cum in magna cordis formidine inchoassem, coepi uexatis exterius auribus ex auditu, internis tentationum stimulis agitari. Maximo ergo timore et horrore correptus, ad piam Lutgardem, sicut ad specialissimam mihi matrem, accessi, et ei grauamen meum dolore tactus aperui. Quae compassa mihi in orationem se dedit; et rediens, cum magna fiducia dixit: Reuertere, fili, in locum tuum, et laborem debitum animabus curandis impende; aderit tibi Christus protector et doctor: qui et in Confessionibus audiendis a iaculis inimici te potenter eripiat, et in defectu scientiae quem uereris addet gratiam ampliorem. Mira res; et licet ego ipsemet de meipso cum uerecundia referam, ad laudem tamen Christi et ancillae eius, quod factum est non tacebo. Ab illa igitur die, quamdiu iniuncto officio usus sum usque in praesens, quo sedecim anni fluxerunt medii, prophetiam piae Lutgardis in me ueracissimam sum expertus: etsi extra tempus, quando audiendis confessionibus non eram intentus, frequenter intolerabiliter sum uexatus, Et quanto immundiora fuerint quae audio, tanto minus ea curo, minusque moueor audiendo.

Ut autem aliquibus, quae minus forte digne de ea in Aquiria sentiebant, piae Lutgardis meritum monstraretur, accidit hoc miraculum solemne quod narro. Solita erat, omni die Dominico Dominici Corporis refici Sacramento. Cumque euntem ad altare nullus eam in subsidium debilis corporis sustentaret, manifeste uiderunt aliquae, quibus uidere datum est, duos eam Angelos mediam tenere, et ad altare deducere. Consimili modo et alia uice manifestissime uisum est, gloriosissimam uirginem Mariam, et beatum Joannem Baptistam, eam in obsequio comitari: sed hoc diu postea, cum scilicet tempus instaret, quo debuit ex hoc mundo transferri.

Tribulatos et tentatos confortare et roborare cum mira sollicitudine nitebatur: Et reuera mirum in modum gratiam ei in hoc Deus ipse contulerat ut nullus ab ea uel tentatus uel tribulatus sine alleuiatione discederet. Veniens ergo quaedam mulier, ab omni spe ueniae penitus desperata, locutorium introiuit. Rogabant autem Moniales ut consolationem reciperet, et spem in Deum poneret, qui non uult mortem peccatoris, sed ut conuertatur et uiuat.

La piadosa Lutgarda era solícita sobremanera en amonestar con frecuencia, con admirable gracia en el hablar, a los sacerdotes conocidos, para que cuidaran con solicitud del rebaño que se les había confiado y libraran de la servidumbre de los demonios a las almas que Cristo redimió. Yo, por mi parte, aunque indigno, cuando, joven todavía, accedí al orden del presbiterado, no estando aún en la Orden de Predicadores, me vi obligado, sin merecerlo y por encima de mis fuerzas, a hacer las veces del obispo en oír confesiones. Y como lo comenzara con gran temor de corazón, empecé, atormentados por fuera los oídos con lo que oía, a verme agitado por dentro con aguijones de tentaciones. Sobrecogido, pues, de grandísimo temor y espanto, acudí a la piadosa Lutgarda como a una madre muy especial para mí, y, tocado de dolor, le descubrí mi pesadumbre. Ella, compadecida de mí, se entregó a la oración; y volviendo, me dijo con gran confianza: «Vuelve, hijo, a tu lugar, y emplea en el cuidado de las almas el trabajo que les debes; Cristo estará contigo como protector y maestro, para arrancarte poderosamente de los dardos del enemigo al oír confesiones; y, en la falta de ciencia que temes, te añadirá una gracia más abundante». ¡Cosa admirable! Y aunque me da vergüenza referirlo de mí mismo, para alabanza de Cristo y de su sierva no callaré lo que sucedió. Desde aquel día, pues, mientras he ejercido el oficio que se me impuso, hasta el presente, en que han transcurrido de por medio dieciséis años, he experimentado en mí verdaderísima la profecía de la piadosa Lutgarda; aunque fuera de ese tiempo, cuando no estaba ocupado en oír confesiones, he sido atormentado con frecuencia de modo intolerable. Y cuanto más inmundas son las cosas que oigo, tanto menos me inquietan y menos me mueven al oírlas.

Y para que se mostrara el mérito de la piadosa Lutgarda a algunas que en Aywières quizá pensaban de ella menos dignamente, sucedió este milagro solemne que narro. Solía alimentarse todos los domingos con el Sacramento del Cuerpo del Señor. Y como, al ir al altar, nadie la sostenía para ayudar a su débil cuerpo, algunas a quienes fue dado verlo vieron claramente que dos ángeles la llevaban en medio y la conducían al altar. De modo semejante, otra vez se vio clarísimamente que la gloriosísima Virgen María y el bienaventurado Juan Bautista la acompañaban sirviéndola; pero esto fue mucho después, cuando ya se acercaba el tiempo en que había de pasar de este mundo.

Se esforzaba con admirable solicitud por confortar y fortalecer a los atribulados y tentados; y en verdad Dios mismo le había concedido en esto una gracia admirable, de modo que nadie, tentado o atribulado, se apartaba de ella sin alivio. Llegó, pues, cierta mujer, del todo desesperada de toda esperanza de perdón, y entró en el locutorio. Las monjas le rogaban que aceptara consuelo y pusiera su esperanza en Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 33,11).

Illa autem casso labore fugere nitebatur: retenta tamen ea rogabant, ut expectaret piam Lutgardem; quae etsi ei ad consolationem loqui non posset, tamquam Teutonica, pro ea tamen Dominum exoraret: erat autem mulier penitus Gallica. Nec mora pia Lutgardis adducta, ad remotum locum cum muliere secessit: sensit enim in spiritu supra modum feminam tribulatam. Mirari omnes ac ridere coeperunt, quomodo ignotae sibi inuicem linguae in colloquio conuenirent. Postquam ergo ibidem diutius consedissent, surrexit mulier, ad plenissimam spei fiduciam reuocata; et reuersa in locutorium Monialibus dixit: Cur dixistis istam sanctissimam Dominam esse Teutonicam, quam prorsus Gallicam sum experta? Neque enim est sub coelo alia, quae me uerbis suis reuocare ad spem ueniae potuisset. Nec mirum si ad horam ignotae sibi inuicem linguae in colloquio conuenerunt, cum Lutgardis plena erat illo spiritu, qui discipulos in unum congregatos linguarum diuersitate repleuit. [Refert Pater Bernardus, quod uidit eam, et uirum uenerabilem ac Deo dignum Magistrum de Guiardum Cameracensem Episcopum, qui penitus, linguam Teutonicam, sicut et ipsa Gallicam, ignorabat, mutuo colloquentes, et inuicem intelligentes.] Vidi unam quae in die Pentecostes ab hora tertia usque ad uesperam omnium linguarum notitiam habuit: sed hanc adhuc prodere nolo, quia adhuc in uita degit.

Lamentis diutius pro peccatoribus se affligens, adeo facies eius quotidie rigabatur, ut secundum Hieremiam Prophetam, oculi eius fontem lacrymarum deducere uiderentur. Hic dolor, hic gemitus tam ineffabilis uidentibus erat, ut uix dum quis sine graui dolore cordis cernere praeualeret. Cum igitur placuit misericordiarum Domino eam in talibus mitigari, apparuit ei in fletibus rugienti; et congratulans ei, quod miserorum negotium diu fideliter egisset; manu ipsa, quam pro peccatoribus in cruce extendit, a facie eius lacrymas tersit, dicens: Consolatam te esse in his lamentis pro meis peccatoribus uolo; nec substinebo te in fletibus ulterius fatigari: sed placido cordis feruore in oratione persistes; et per hoc, sicut quondam per lacrymas, iram Patris dignanter auertes. Hic status in ea usque in diem mortis immobilis perdurauit.

Hinc anni quinque fluxerunt, quibus (ut ipsa mihi in magnis lacrymis dixit) quotidie fere ab ipsa matre Christi uisitata fuit, siue ab Apostolis, uel ab aliis specialibus Sanctis, exceptis continuis uisitationibus Angelorum: et tamen in omnibus his perfectam spiritui suo requiem non inuenit, donec ipsum solum Sanctorum Sanctum, ineffabiliter omnibus dulciorem, utpote sanctificatorem omnium, inueniret. Et quid miri? quid noui?

Pero ella se esforzaba, inútilmente, por huir; con todo, reteniéndola, le rogaban que esperara a la piadosa Lutgarda, la cual, aunque no pudiera hablarle para consolarla, por ser de lengua teutónica, rogaría sin embargo por ella al Señor; pues la mujer no hablaba sino francés. Sin tardanza fue traída la piadosa Lutgarda y se retiró con la mujer a un lugar apartado; pues percibió en espíritu que aquella mujer estaba atribulada sobremanera. Todas empezaron a admirarse y a reír de cómo dos lenguas desconocidas la una para la otra podían entenderse en la conversación. Después de estar allí sentadas largo rato, se levantó la mujer, devuelta a la más plena confianza en la esperanza; y, volviendo al locutorio, dijo a las monjas: «¿Por qué me dijisteis que esta santísima señora era teutona, si yo la he hallado del todo francesa? Pues no hay otra bajo el cielo que hubiera podido devolverme con sus palabras a la esperanza del perdón». Y no es de extrañar que por aquel rato se entendieran en la conversación lenguas desconocidas la una para la otra, pues Lutgarda estaba llena de aquel Espíritu que llenó con la diversidad de lenguas a los discípulos reunidos en un mismo lugar. [Refiere el padre Bernardo que la vio a ella y a aquel varón venerable y digno de Dios, el maestro Guiardo, obispo de Cambrai, que ignoraba por completo la lengua teutónica, como ella el francés, hablar entre sí y entenderse mutuamente.] Yo he visto a una que el día de Pentecostés, desde la hora tercia hasta la tarde, tuvo conocimiento de todas las lenguas; pero no quiero darla a conocer todavía, porque aún vive.

Afligiéndose largamente con lamentos por los pecadores, su rostro se bañaba cada día de tal modo que, según el profeta Jeremías, sus ojos parecían derramar una fuente de lágrimas (Jer 8,23). Este dolor, este gemido era tan inefable para quienes lo veían, que apenas podía nadie contemplarlo sin grave dolor de corazón. Cuando, pues, plugo al Señor de las misericordias calmarla en tales penas, se le apareció mientras gemía en su llanto; y congratulándose con ella de que hubiera llevado largo tiempo con fidelidad la causa de los miserables, con la misma mano que extendió en la cruz por los pecadores le enjugó las lágrimas del rostro, diciendo: «Quiero que seas consolada en estos lamentos por mis pecadores; y no consentiré que te fatigues más en llantos, sino que perseverarás en la oración con sosegado fervor de corazón, y por ello, como antes por las lágrimas, apartarás benignamente la ira del Padre». Este estado perduró en ella inmutable hasta el día de su muerte.

Desde entonces transcurrieron cinco años en los que (como ella misma me dijo con muchas lágrimas) fue visitada casi a diario por la misma Madre de Cristo, o por los apóstoles, o por otros santos especiales, sin contar las continuas visitas de los ángeles; y, sin embargo, en todos ellos no halló su espíritu un descanso perfecto, hasta que encontró a él solo, el Santo de los santos, inefablemente más dulce que todos, como santificador de todos. ¿Y qué tiene de extraño? ¿Qué tiene de nuevo?

Afficitur pia Lutgardis cum sponsa in Canticis, cuius anima liquefacta est; uulneratur, languet, anhelat, surgit, quaerit per uicos nouae gratiae Sanctos, et per plateas testamenti ueteris Patriarchas. Paululum istos pertransiit, quia non longe est ab unoquoque nostrum: inuenit quem diligit anima eius, sublimius acie mentis directa. Sic Petrus pertransiens uigilias ciuitatis, Heliam, Jeremiam, uel unum ex Prophetis, etiam ipsum Joannem Baptistam, ut amicum sponsi coniunctius adhaerentem, inuenit quem dilexit; cui dixit: Tu es Christus filius Dei uiui. Christum, filium Dei moriturum, inuenit Petrus: Christum, qui surrexit a mortuis et iam non moritur, inuenit Lutgardis: illum in passione negatum, perdidit Petrus: istum in coelis regnantem, inuenit et tenuit pia Lutgardis. Tenuit, inquam, eum: tenuit utique; et ita tenuit, quod non dimittet eum. Quanto enim quisiuit ardentius, tanto strictius tenet: felix quaerens, sed felicior tenens. Tenuit eum, nec dimittet. Tenuit eum fide, nec dimisit cum mutatione: nunc autem quaesitionis eius modum triplicem uideamus.

Tres lectuli in Canticis Canticorum secundum statum triplicem in anima distinguuntur. Primus est ubi dicitur: In lectulo meo per noctes quaesiui quem diligit anima mea. Secundus est ille lectulus Salamonis, quem ambiunt sexaginta fortes ex fortissimis Israel. Tertius est ille, de quo dicitur: Lectulus noster floridus. Primus lectulus comparatur statui poenitentiae; qui est status inchoantium: secundus, statui pugnae; qui est status proficientium: tertius, status uitae contemplatiuae, qui est status perfectorum. In primo, iacet uulneratus; in secundo, fatigatus; in tertio, delicatus. In primo igitur, hoc est in lectulo poenitentiae, etsi numquam alicuius peccati mortalis plaga uulnerata sit, pia tamen Lutgardis Dilectum perfecte quaesiuit; quando secundum Psalmistam singulis noctibus peccata ignorantiae suae singulariter planxit, et lectulum conscientiae suae diligentissime lauit, et stratum suum lacrymarum suarum mira ubertate rigauit. In secundo quoque lectulo, qui est pugnae, pia lutgardis dilectum quaesiuit, quando contra carnem pugnans, mira abstinentia et labore eam subegit; mundum extrema paupertate et humilitate deuicit; diabolum remediabilibus lacrymis et oratione deiecit. Hunc lectulum sexaginta fortes ex fortissimis Israel ambiebant, quando eam, non tantum Angeli, sicut iam scripsimus, uerum etiam ipsa Christi Mater, cum aliorum Sanctorum agminibus protegebant.

La piadosa Lutgarda se siente como la esposa del Cantar, cuya alma se derritió (Cant 5,6): es herida, desfallece, anhela, se levanta, busca por las calles a los santos de la nueva gracia, y por las plazas a los patriarcas del Antiguo Testamento. Pasó un poco más allá de ellos —porque no está lejos de cada uno de nosotros (Hch 17,27)— y halló al que ama su alma (Cant 3,4), dirigida más alto la mirada de su mente. Así Pedro, pasando más allá de los centinelas de la ciudad —Elías, Jeremías o uno de los profetas, y aun el mismo Juan Bautista, que como amigo del esposo estaba más estrechamente unido a él—, halló a aquel a quien amaba, y le dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16,16). Pedro halló a Cristo, el Hijo de Dios, que había de morir; Lutgarda halló a Cristo, que resucitó de entre los muertos y ya no muere (Rom 6,9). Pedro perdió a aquel, negado en su pasión; la piadosa Lutgarda halló y retuvo a este, que reina en los cielos. Lo retuvo, digo; lo retuvo ciertamente; y lo retuvo de tal modo que no lo dejará (Cant 3,4). Pues cuanto más ardientemente lo buscó, tanto más estrechamente lo retiene: feliz al buscar, pero más feliz al retener. Lo retuvo, y no lo dejará. Lo retuvo por la fe, y no lo dejó con ningún cambio; pero veamos ahora el triple modo de su búsqueda.

En el Cantar de los Cantares se distinguen tres lechos, según el triple estado del alma. El primero es aquel del que se dice: En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma (Cant 3,1). El segundo es aquel lecho de Salomón que rodean sesenta valientes de los más valientes de Israel (Cant 3,7). El tercero es aquel del que se dice: Nuestro lecho es florido (Cant 1,16). El primer lecho se compara al estado de penitencia, que es el estado de los principiantes; el segundo, al estado de lucha, que es el de los aprovechados; el tercero, al estado de vida contemplativa, que es el de los perfectos. En el primero yace el herido; en el segundo, el fatigado; en el tercero, el regalado. En el primero, pues, es decir, en el lecho de la penitencia, aunque nunca fue herida por el golpe de pecado mortal alguno, la piadosa Lutgarda buscó perfectamente al Amado, cuando, a ejemplo del salmista, noche tras noche lloraba uno a uno los pecados de su ignorancia, lavaba con grandísimo cuidado el lecho de su conciencia y regaba su estrado con admirable abundancia de lágrimas (Sal 6,7). En el segundo lecho, que es el de la lucha, buscó también la piadosa Lutgarda al Amado, cuando, combatiendo contra la carne, la sometió con admirable abstinencia y trabajo; venció al mundo con extrema pobreza y humildad; y derribó al diablo con lágrimas saludables y con la oración. Este lecho lo rodeaban sesenta valientes de los más valientes de Israel, cuando la protegían no solo los ángeles, como ya hemos escrito, sino la misma Madre de Cristo con las huestes de los demás santos.

In tertio autem lectulo, qui est quietis, pia Lutgardis dilectum perfecte quaesiuit, quando nec ipsis Angelis innitebatur aut Sanctis, sed in accubitu solius Sponsi per contemplationem dulciter requieuit. Unde cum Isaia dicere potuit: Coangustatum enim est stratum, ita ut alter decidat; et pallium breue utrumque operire non potest. Hic lectulus floridus dicitur, uerna multiplicitate uirtutum, et redolentissima opinionis suauitate respersus; et, Noster, hoc est Sponso tantum et sponsae communis: in eo quod dicere potuit: Dilectus meus mihi et ego illi, qui pascitur inter lilia. Et illud: Ego dilecto meo, et ad me conuersio eius. Quid miri?

Nescit amor Döminum; non nouit amor dominari, / Quamlibet altus amet, non amat absque pari.

Alioquin ancilla dici posset, non sponsa: quae utique in figura huius mysterii in primis parentibus de latere sumpta est, non de pede. Proinde ita spiritus eius absorbebatur in Deum; ut cum Regina Saba in admiratione deficiens, ultra spiritum non haberet; sed tota translata in Deum, instar guttae aquae in dolium uini, unus cum eo spiritus miscebatur. Et hoc est, quod Christus ad passionem properans a patre pro his qui crediturі essent petiit, dicens: Sicut tu, Pater in me, et ego in te, ita et ipsi in nobis unum sint! At quoniam secundae huius editionis librum rebus multimodis, et ut putamus, utilibus in longum extendimus, ut gratius quidem ad pretiosae mortis eius historiam transeamus, pausationis modicae interstitio respiremus.

Liber III.

Acta ultimis uitae annis in caecitate. obitus. Miracula.

CAPUT I. Apparitiones B. Jordani Generalis Praedicatorum, Jacobi de Vitriaco et aliorum. Tertium ieiunium Septem annorum.

Nunc ergo libro secundo fideliter executo, tertium quoque de transitu eius nihilominus inchoamus. Anno ferme undecimo, antequam ab hac uita migraret, praeludium quoddam et uitae quietissimae, et mortis felicis accepit. Instar enim Patriarcharum Isaac et Jacob oculis ambobus orbata, luminis caelestis fulgorem solito perfectius est adepta. Indignum enim erat ut mens eius, radiantissimo interius lumine decorata, exterius quodam modo luminis istius tenebris fuscaretur.

Y en el tercer lecho, que es el del reposo, buscó perfectamente la piadosa Lutgarda al Amado, cuando no se apoyaba ni en los ángeles ni en los santos, sino que descansaba dulcemente por la contemplación en el lecho del solo Esposo. Por eso pudo decir con Isaías: Pues el lecho es estrecho, de modo que uno ha de caer, y el manto corto no puede cubrir a ambos (Is 28,20). Este lecho se llama florido porque está sembrado de la primaveral multitud de las virtudes y de la fragantísima suavidad de la buena fama; y «nuestro», es decir, común solo al Esposo y a la esposa, en cuanto pudo decir: Mi amado es para mí y yo para él, que se apacienta entre los lirios (Cant 2,16). Y aquello otro: Yo soy de mi amado, y hacia mí se vuelve él (Cant 7,11). ¿Qué tiene de extraño?

El amor no conoce señor; no sabe el amor señorear; / por alto que sea quien ama, no ama sino de igual a igual.

De otro modo podría llamarse esclava, no esposa; y la esposa, en figura de este misterio, fue tomada en nuestros primeros padres del costado, no del pie. Así su espíritu era absorbido en Dios, de modo que, como la reina de Saba desfalleciendo de admiración, no le quedaba más aliento (1 Re 10,5); sino que, toda trasladada a Dios, como una gota de agua en un tonel de vino, se mezclaba con él en un solo espíritu. Y esto es lo que Cristo, apresurándose hacia su pasión, pidió al Padre por los que habían de creer, diciendo: ¡Como tú, Padre, en mí y yo en ti, así sean también ellos uno en nosotros! (Jn 17,21). Pero como hemos alargado este libro, el segundo de nuestra obra, con materias diversas y, según creemos, útiles, respiremos en el intervalo de una breve pausa, para pasar con más gusto a la historia de su preciosa muerte.

Libro Tercero.

Lo que hizo en sus últimos años, en la ceguera. Su muerte. Milagros

I. Apariciones del beato Jordán, Maestro general de los Predicadores, de Jacobo de Vitry y de otros. El tercer ayuno de siete años

Ahora, pues, llevado fielmente a término el libro segundo, comenzamos igualmente el tercero, sobre su tránsito. Hacia el undécimo año antes de partir de esta vida, recibió una especie de preludio tanto de una vida quietísima como de una muerte feliz. Pues, a semejanza de los patriarcas Isaac y Jacob, quedó privada de la vista de ambos ojos, y alcanzó el fulgor de la luz celestial con más perfección que antes. Pues no era digno que su mente, adornada por dentro de una luz radiantísima, se oscureciera en cierto modo por fuera con las tinieblas de esta luz nuestra.

Quis enim dubitet corporalium rerum imaginibus, quae per oculos foris menti probantur influere spiritualem mentis aciem non retundi? Caecata ergo foris, tota mente interius in lumine ferebatur. Hoc solum pia Lutgardis in hac caecitate plangebat, quod spirituales amicos suos in hac uita ulterius non uideret: sed hunc mirae simplicitatis affectum, cito ab ea Christus sua pietate dimouit, et eos uidendos tantum in patria precabatur. Et in hoc capitulo Frater Bernardus addidit, quod ab eius ore audiuit, sibi Dominum respondisse, Caecitatem quidem quam immisi tibi patienter accipias: quia promitto tibi, quod sine purgatorio de corpore te assumam. Amicos uero quos te in hac uita causaris amplius non uisuram, uidendos tibi in aeterna patria conseruabo.

Sub eodem fere tempore, sed paulo post, beatae memoriae Jordanus Magister Ordinis Praedicatorum, cum diu uisitandi Terram sanctam desiderium habuisset, per mare rediens, occulto Dei iudicio, cum maxima multitudine hominum, et duobus ex Fratribus Ordinis, est submersus. Nec mora, a summo caeli fastigio usque ad nauem, in qua submersus iacebat, columna lucis maxima per spatium quinque horarum diuinitus accensa, de nocte refulsit: adiectoque littori sacro corpore, caeli lampas super ipsum tertia uice, et quarta super socium eius F. Geraldum, resplenduit: sicque lampas rediens nube recepta est. Horum testes fuerunt Catholici Christiani, Graeci schismatici, et Gentiles. De his quidam ex nostris in prosa, quae continet gesta eius, inter cetera plane descripsit, dicens.

Hic terram sanctam adiit / illic fratres inuisere, / Sed cum per mare rediit. / Mergendo coepit psallere, / Christumque benedicere, / Sicque caelum mox subiit, / Ut signis datur credere. / Nec mora: mox incanduit / Columna lucis maxima, / Quae dum de coelo micuit, / Membra lustrauit sanctissima; / Et quo transisset anima / Videntes scire uoluit. / In re manifestissima, / Adiecto sacro littori / Caeli lampas emicuit: / Quae ter superstans funeri, / Quarto quoque resplenduit, / In hunc quem secum habuit. / Et sic recursu celeri / Rapta nube non patuit. / Corpus fragrans mirifice / Curatur a fidelibus. / A Graecis dantur unice / Latinis et Gentilibus / Laudes Christo cum fletibus. / Et sic uerum magnifice, / Sub tribus patet testibus.

Haec per Fratres Domus Teutonicae, qui ea oculis uidere meruerunt, audiuimus. Sed et in litteris Prioris Fratrum praedicatorum apud Venetias haec eadem testata perlegimus.

Pues ¿quién dudará de que la agudeza espiritual de la mente se embota con las imágenes de las cosas corporales, que, como se sabe, entran en la mente desde fuera por los ojos? Cegada, pues, por fuera, era llevada por dentro, con toda su mente, en la luz. En esta ceguera la piadosa Lutgarda solo lamentaba no poder ver ya más en esta vida a sus amigos espirituales; pero Cristo, en su bondad, pronto le quitó este afecto de admirable sencillez, y ella pedía verlos solo en la patria. Y en este capítulo añadió fray Bernardo que, según oyó de sus labios, el Señor le había respondido: «Acepta con paciencia la ceguera que te he enviado, porque te prometo que te tomaré del cuerpo sin purgatorio. Y a los amigos que te quejas de no poder ver ya en esta vida, te los guardaré para que los veas en la patria eterna».

Hacia el mismo tiempo, aunque un poco después, Jordán, de feliz memoria, Maestro de la Orden de Predicadores, que había tenido largo tiempo el deseo de visitar la Tierra Santa, volviendo por mar, por un oculto juicio de Dios, se ahogó con una grandísima multitud de personas y con dos frailes de la Orden. Al punto, desde la cumbre más alta del cielo hasta la nave en que yacía ahogado, una grandísima columna de luz, encendida por Dios, resplandeció de noche durante cinco horas; y, arrojado a la orilla el sagrado cuerpo, una lámpara del cielo brilló sobre él tres veces, y la cuarta sobre su compañero, fray Geraldo; y así la lámpara, al volverse, fue recogida por una nube. Fueron testigos de esto cristianos católicos, griegos cismáticos y gentiles. Uno de los nuestros lo describió claramente, entre otras cosas, en una secuencia que contiene sus hechos, diciendo:

Fue a la Tierra Santa / a visitar allí a los hermanos; / pero, al volver por mar, / hundiéndose comenzó a salmodiar / y a bendecir a Cristo, / y así subió pronto al cielo, / como dan a creer los signos. / Al instante se encendió / una inmensa columna de luz, / que, al brillar desde el cielo, / iluminó sus santísimos miembros; / y adónde había pasado el alma / quiso que lo supieran los que veían. / En cosa tan manifiesta, / arrojado a la orilla el santo cuerpo, / resplandeció una lámpara del cielo, / que, detenida tres veces sobre el difunto, / brilló también una cuarta vez / sobre el que llevaba consigo. / Y así, con rápido regreso, / arrebatada en una nube, ya no se vio. / El cuerpo, maravillosamente fragante, / es atendido por los fieles. / Dan a una los griegos, / los latinos y los gentiles / alabanzas a Cristo con llanto. / Y así la verdad, magníficamente, / queda patente bajo tres testigos.

Esto lo oímos de unos hermanos de la Casa Teutónica, que merecieron verlo con sus propios ojos. Y también leímos esto mismo atestiguado en una carta del prior de los Dominicos de Venecia.

Eodem igitur anno, in uigilia Natiuitatis Domini, cum B. Lutgardis a prima hora diei usque ad sextam oraret, et in spiritu quasi tenebras sentiret, taedere coepit in tantum, quod in haec uerba prorumperet: Domine, quid est quod sentio? Quid est, quod patior? Certe, si aliquem amicum in caelo uel in terra, qui pro me oraret, haberem, talem in corde duritiem non sentirem. Haec illa cum lacrymis dicente, ecce subito, ante mentis eius oculos, spiritus quidam tam lucidus et tam gloriosus apparuit, quod eum prae claritatis magnitudine non agnouit. Cui illa dixit: Quis es Domine? Et ille; Ego sum, inquit, Frater Jordanus, quondam dictus magister Ordinis Fratrum Praedicatorum. Ego de hoc seculo ad gloriam transiui, et inter Apostolorum, et Prophetarum choros sublimatus enitui: ecce missus sum ad te ut in festo isto gratissimo te consolarer. Tu autem iam secura esto de praemio: quia in proximo est ut a Domino coroneris. Psalmum uero, Deus misereatur nostri, cum Collecta de Spiritu sancto, quem me uiuente et rogante pro nostro Ordine dicere promisisti, usque in finem uitae tuae diligenter obserua. Cumque pia Lutgardis, illum pro quodam Ordinis Fratre interrogaret; respondit: Pro obedientia, quam mihi, et dilectione quam tibi exhibuit in proximo benefaciet ei Deus: haec dicens disparuit, et eam in tanta consolatione quantam unquam prius habuerat dereliquit. Haec eadem fere, et si modo dissimili, dictus uenerabilis Pater Fratri Ordinis post obitum reuelauit; et quod in Ordine sublimium Praelatorum in caelo locatus esset, honorabili schemate demonstrauit. Igitur dictum uenerabilem uirum Lutgardis mire in uita dilexerat, et ipse ei super omnes feminas confidebat, adeo ut eam totius Ordinis Praedicatorum matrem constitueret et nutricem: quam etiam super omnes Ordines deuotam et sedulam uidimus erga Fratres; unde et pro eis specialiter quotidie sedulum Deo obsequium exhibebat.

Peractis secundario septem annis, quos in pane tantum et olere ieiunauit, iterum reuelatum est ei, ut tertio ieiunia uotiua susciperet, per quae Deus illud malum auerteret, quod per quemdam inimicum Ecclesiae Christi imminere certissime uerebatur. Ab illo ergo tempore usque in finem uitae suae ita continuauit ieiunia, ut nullum penitus diem, nec ipsam diem solennissimam Paschae a ieiunio praeteriret. Mortua est autem, ut postea plenius exponemus, anno septimo huius ieiunii salutaris. Nec sine fructu ieiunii, ut nos certissime iam speramus.

Aquel mismo año, pues, en la vigilia de la Natividad del Señor, mientras la bienaventurada Lutgarda oraba desde la hora prima del día hasta la sexta y sentía en el espíritu como unas tinieblas, empezó a hastiarse tanto que prorrumpió en estas palabras: «Señor, ¿qué es esto que siento? ¿Qué es esto que padezco? Ciertamente, si tuviera en el cielo o en la tierra algún amigo que orara por mí, no sentiría tal dureza en el corazón». Mientras decía esto con lágrimas, he aquí que de repente apareció ante los ojos de su mente un espíritu tan luminoso y tan glorioso que, por la grandeza de su claridad, no lo reconoció. Ella le dijo: «¿Quién eres, señor?» Y él dijo: «Soy fray Jordán, en otro tiempo llamado Maestro de la Orden de los Frailes Predicadores. He pasado de este mundo a la gloria, y resplandezco ensalzado entre los coros de los apóstoles y de los profetas; he aquí que he sido enviado a ti para consolarte en esta gratísima fiesta. Y tú vive ya segura de tu premio, porque pronto serás coronada por el Señor. Y el salmo Dios tenga misericordia de nosotros (Sal 67,2), con la colecta del Espíritu Santo, que, en vida mía y a ruego mío, prometiste decir por nuestra Orden, guárdalo con diligencia hasta el fin de tu vida». Y como la piadosa Lutgarda le preguntara por cierto fraile de la Orden, respondió: «Por la obediencia que me mostró a mí y el amor que te mostró a ti, pronto le hará Dios bien». Dicho esto, desapareció, y la dejó en un consuelo tan grande como el mayor que hubiera tenido nunca. Casi esto mismo, aunque de modo distinto, reveló después de su muerte el dicho venerable padre a un fraile de la Orden; y mostró con honrosa apariencia que había sido colocado en el cielo en el orden de los prelados excelsos. Lutgarda había amado admirablemente en vida a este venerable varón, y él confiaba en ella más que en ninguna otra mujer, tanto que la constituyó madre y nodriza de toda la Orden de Predicadores; y, en efecto, la vimos devota y solícita con los frailes más que con ninguna otra Orden; por eso cada día prestaba a Dios un diligente servicio especialmente por ellos.

Cumplidos por segunda vez los siete años que ayunó solo a pan y verduras, de nuevo se le reveló que emprendiera por tercera vez ayunos votivos, por los cuales Dios apartara aquel mal que temía con toda certeza que amenazaba a la Iglesia de Cristo por medio de cierto enemigo. Desde entonces, pues, hasta el fin de su vida continuó sus ayunos de tal manera que no dejó pasar sin ayuno ni un solo día, ni siquiera el solemnísimo día de Pascua. Y murió, como expondremos después más ampliamente, el séptimo año de este saludable ayuno. Y no sin fruto del ayuno, como ya esperamos con toda certeza.

Dixit enim mihi, cum pro praedicto periculo grauiter formidarem, anno scilicet praecedente quo ex hac uita discessit: Consolari, carissime poteris, ut confido, in eo qui dicitur occultus insidiator Ecclesiae, aut humiliabitur precibus fidelium, aut in proximo uita excedens, pacem Ecclesiae relinquet, quam confundere putabatur. Nondum uidimus quae praedixit, sed uere confidimus iam complenda. Neque enim unum ex omnibus, quae futura praedixit per annihilationem in terram uidimus excidisse, utpote illius uerba, quae de Spiritu Dei hausisse plenissime comprobatur.

Sub eodem fere tempore ille uenerabilis et Deo dignus Jacobus, quondam Acconensis Episcopus, tunc uero Romanae Curiae Cardinalis, de quo superius fecimus mentionem, in uigilia SS. Philippi et Jacobi Romae ab hoc seculo transiuit. Quarto ergo die depositionis eius, id est in festo Crucis, pia Lutgardis rei nescia, (utpote triginta diaetis a loco in Brabantiae scilicet partibus constituta) rapta est ad excessum mentis in caelum et uidit quoniam eadem hora anima dicti Episcopi delata est in paradisum. Cui spiritus piae Lutgardis in caelo congratulans, dixit: O reuerendissime Pater, nesciebam te defunctum: Tu autem quando a corpore recessisti. Et ille: Quarta iam dies est: nam tribus noctibus et duobus diebus in purgatorio iam exegi. Mox illa cum admiratione quaesiuit: Et quare, inquit, immediate post mortem mihi superstiti non indicasti, ut poena tua Sororum nostrarum orationibus solueretur? Et ille, Noluit, inquit, Dominus contristari te ex poena mea: sed peracto purgatorio ex liberatione et glorificatione mea te potius consolari. Tu autem in proximo me sequeris. His dictis pia Lutgardis ad se rediit: et diem mortis illius, purgatorium, et glorificationem Sororibus cum maximo tripudio nuntiauit. Sed et hinc ueritas duos testes habuit; dum Fratri Domus Praedicatorum in Roma, ubi prius sepultus fuit, idem quod diximus de purgatorio et glorificatione in quarto die post obitum Dominus reuelauit. [Frater uero Bernardus ipsa reuelante percepit, hoc idem illi de pluribus familiaribus accidisse:] Quid hoc euidentius facto? quis Judaeus, quis Gentilis, incredulitate sua, ueritatem tam euidentem poterit infirmare? Romae uix obiit, et quarta die in Brabantia hoc cognouit. Erubescat ille uilissimus obtrectator, qui dixit et scripsit debere profanos intelligi, qui muliercularum scriberent phantasticas uisiones. Hoc notare uoluit dictum Jacobum uenerabilem, qui beatae faeminae Mariae de Oignies uitam beatissimam eleganti sermone conscripsit.

Pues me dijo, cuando yo temía gravemente por el dicho peligro, es decir, el año anterior a aquel en que partió de esta vida: «Podrás consolarte, carísimo, según confío, respecto de aquel a quien llaman el oculto acechador de la Iglesia: o será humillado por las oraciones de los fieles, o, saliendo pronto de esta vida, dejará a la Iglesia la paz que se pensaba que iba a perturbar». Aún no hemos visto lo que predijo, pero confiamos de veras en que pronto se cumplirá. Pues de todas las cosas que predijo para el futuro no hemos visto ni una sola caer en tierra y quedar en nada, como palabras que eran de quien se prueba plenamente que las bebió del Espíritu de Dios.

Hacia el mismo tiempo, aquel venerable y digno de Dios Jacobo, antes obispo de Acre y entonces cardenal de la Curia romana, de quien hicimos mención más arriba, pasó de este mundo en Roma en la vigilia de los santos Felipe y Santiago. Al cuarto día de su muerte, pues, es decir, en la fiesta de la Cruz, la piadosa Lutgarda, sin saber nada (como que se hallaba a treinta jornadas de aquel lugar, en tierras de Brabante), fue arrebatada en éxtasis al cielo y vio que en aquella misma hora el alma del dicho obispo era llevada al paraíso. El espíritu de la piadosa Lutgarda, congratulándose con él en el cielo, le dijo: «Oh reverendísimo padre, no sabía que hubieras muerto; ¿y cuándo dejaste el cuerpo?» Y él: «Es ya el cuarto día; pues he pasado tres noches y dos días en el purgatorio». Al punto ella preguntó con admiración: «¿Y por qué —dijo— no me lo hiciste saber a mí, que aún vivía, inmediatamente después de tu muerte, para que tu pena se redimiera con las oraciones de nuestras hermanas?» Y él dijo: «No quiso el Señor que te entristecieras por mi pena, sino que, terminado el purgatorio, te consolaras más bien con mi liberación y glorificación. Y tú me seguirás pronto». Dicho esto, la piadosa Lutgarda volvió en sí, y con grandísimo júbilo anunció a las hermanas el día de su muerte, su purgatorio y su glorificación. Y también en esto tuvo la verdad dos testigos, pues el Señor reveló a un fraile de la casa de los Predicadores de Roma, donde primero fue sepultado, lo mismo que hemos dicho del purgatorio y de la glorificación al cuarto día de su muerte. [Fray Bernardo, por su parte, supo por revelación de ella misma que lo mismo le había sucedido con muchos de sus allegados:] ¿Qué hay más evidente que este hecho? ¿Qué judío, qué gentil podrá con su incredulidad debilitar una verdad tan evidente? Apenas murió en Roma, y al cuarto día ella lo supo en Brabante. Avergüéncese aquel vilísimo detractor que dijo y escribió que debían tenerse por profanos los que escribían las visiones fantásticas de mujercillas. Con esto quiso censurar al dicho venerable Jacobo, que escribió con elegante estilo la beatísima vida de la bienaventurada mujer María de Oignies.

Anno quinto ante mortem suam Dominica tertia post diem Pentecostes, Euangelium, Homo quidam fecit coenam magnam, in Ecclesia legebatur: Prophetiae ergo spiritu tacta intrinsecus dixit Dominae Sybillae de Gagis cui in omnibus ut litteratiori moniali commissa fuerat procuranda: Scire te oportet, carissima, quod in die illa Dominica, quando Euangelium hoc legetur, ad coenam nuptiarum Agni transferar iam defuncta. Hoc dicto memorata Sybilla praedictam diem Dominicam, tamquam futuram diem transitus piae Lutgardis, cum summa expectatione praestolabatur. Quae dies ut uenerat, nec mori uisa est anni ipsius tempore reuoluto; dicta Sybilla phantasticam credens, ad tempus oblita est propheticam uisionem. At ubi annus quintus, sub eadem die, quam praedixerat, Dominica reuolutus est, posito defuncto corpore piae Lutgardis in feretro, Euangelium quod praediximus, ad Missam Conuentus matutinalem in ecclesia legebatur. Ad cuius auditum, quod iam diximus Sybilla memorabilis recordata, obstupuit: et quomodo istud ante annos quinque pia Lutgardis spiritu prophetico praedixisset, cum admiratione omnium indicauit.

Quarto anno ante mortem eius gens crudelissima Tartarorum, erumpens sedibus suis, destructa maiori Hungaria Orientis, et minori Hungaria Occidentis, Turciae quoque et Graeciae parte per maxima, utpote Bulgaria atque Rescia, Poloniae etiam potentissimo Duce perempto, et terra populoque destructis; cum iam partem Teutoniae inuadere, Boëmiam scilicet, inchoassent; timor per totam Galliam atque Germaniam maximus erat, ne eas, sicut et terras alias, inuaderent atque uastarent. Veniens ergo F. Bernardus Frater Ordinis Praedicatorum, et Poenitentiarius Domini Papae, meticuloso nimirum rumore perculsus, rogauit piam Lutgardem quatenus instanter oraret Dominum, et a Germaniae finibus flagellum auerteret Tartarorum. Et illa: Non coepi, ait, modo pro isto negotio rogare Dominum; certa sum iam quod nunc ad terras istas Tartari non procedent. Quod ita ille accepit, ac si de caelo diuinitus sonuisset.

Circa idem tempus uenerabilis Balduinus, dictus de Barbenzon, Prior de Oignies, quondam in Aquiria annis pluribus Capellanus, uerbi Dei solennissimus Praedicator, contra consilium amicorum suorum rebus temporalibus se immiscuit minus digne. [Hic graui infirmitate correptus, pridie quam moreretur, digitum beatae Mariae de Oignies sibi praecepit exhiberi: quo praesente dixit: O ueneranda Domina, uiuens adhuc in corpore, in hora mortis succurrere promisisti: succurre ergo nunc o Domina, succurre: iam tempus est. Mortuus est ergo ibidem Balduinus, et ibidem in Oignies digna ueneratione sepultus.

El quinto año antes de su muerte, el tercer domingo después del día de Pentecostés, se leía en la iglesia el Evangelio Un hombre dio una gran cena (Lc 14,16); y, tocada interiormente del espíritu de profecía, dijo a doña Sibila de Gages, a cuyo cuidado había sido confiada en todo, como a monja más letrada: «Has de saber, carísima, que el domingo en que se lea este Evangelio seré trasladada, ya difunta, a la cena de las bodas del Cordero (Ap 19,9)». Dicho esto, la mencionada Sibila aguardaba con suma expectación aquel domingo, como el día futuro del tránsito de la piadosa Lutgarda. Pero, llegado aquel día al volver el tiempo de aquel año, como no se la vio morir, la dicha Sibila, creyendo fantasiosa la visión profética, la olvidó por un tiempo. Pero cuando, al quinto año, volvió aquel mismo domingo que había predicho, estando puesto en el féretro el cuerpo difunto de la piadosa Lutgarda, se leía en la iglesia, en la misa matutinal de la comunidad, el Evangelio que hemos dicho. Al oírlo, la memorable Sibila recordó lo que ya hemos dicho y quedó atónita; y, con admiración de todos, hizo saber cómo la piadosa Lutgarda lo había predicho cinco años antes con espíritu profético.

El cuarto año antes de su muerte, el crudelísimo pueblo de los tártaros irrumpió de sus asientos; destruyó la Hungría mayor de Oriente y la Hungría menor de Occidente, y también una grandísima parte de Turquía y de Grecia, a saber, Bulgaria y Rescia; dio muerte al poderosísimo duque de Polonia y arrasó la tierra y el pueblo; y cuando ya habían comenzado a invadir parte de Alemania, a saber, Bohemia, había en toda Francia y Alemania grandísimo temor de que también las invadieran y asolaran, como a las demás tierras. Vino, pues, fray Bernardo, fraile de la Orden de Predicadores y penitenciario del señor papa, sobrecogido sin duda por el temeroso rumor, y rogó a la piadosa Lutgarda que orara con instancia al Señor y apartara de los confines de Alemania el azote de los tártaros. Y ella: «No es ahora —dijo— cuando he empezado a rogar al Señor por este asunto; estoy ya cierta de que los tártaros no avanzarán ahora hasta estas tierras». Y él lo recibió como si hubiera resonado divinamente desde el cielo.

Hacia el mismo tiempo, el venerable Balduino, llamado de Barbençon, prior de Oignies, que había sido muchos años capellán en Aywières, predicador celebérrimo de la palabra de Dios, contra el consejo de sus amigos se mezcló, de manera poco digna, en los asuntos temporales. [Acometido de una grave enfermedad, la víspera de su muerte mandó que le trajeran el dedo de la bienaventurada María de Oignies, y en su presencia dijo: «Oh venerable señora, viviendo aún en el cuerpo, prometiste socorrerme en la hora de la muerte: socórreme, pues, ahora, oh señora, socórreme: ya es tiempo». Murió, pues, allí Balduino, y allí, en Oignies, fue sepultado con digna veneración.

Huius igitur in obsequiis et exequiis cum frater Bernardus noster interfuisset, et statim sepulto corpore in Aquiriam peruenisset; mox salutato eo, in ipso aduentu, dixit ei pia Lutgardis; Estne mortuus Dominus Balduidus? Et ille, miratus tam inopinatam, tam subitam interrogationem: Mortuus est, inquit, et iam sepultus. Quid tunc ergo? Cui illa. Ecce iam instanti Domina mea Maria de Oignies mihi apparuit, dicens: Surge, Surge, festina, carissima, rogare Dominum quia hora hac anima amici nostri Domini Balduini diuino iudicio exhibetur, de commissis et omissis Domino rationem reddi-tura. Ecce quam uerax in testimonio, tam fidelis in promisso, O uenerabilis Maria, extitisti, quae piam Lutgardem, pro suffragio precum adire pro omnibus mortalibus uoluisti; ut quam potentissimam in animabus a purgatorio liberandis uiuens adhuc in corpore testata es, eius adiutorium pro amico defuncto, in gaudiis sublimata caelestibus, exorares. Benedictus ergo per omnia Deus, qui sanctitatem et merita sponsae suae, tam euidentissimo testimonio uoluit declarare]. Vide ergo Lector, quam seuero iudicio examinandi sunt, qui secundum Isaiam gladium uerbi Dei in uomeres laborum temporalium conflant; et pro lanceis inuectionum contra peccata, fructum pacis transitoriae ut uacent deliciis, metere iam festinant.

Caput II.

Modus in contemplatione seruatus. Praeparatio ad mortem praescitam. Morbus obitus.

Requisita a quodam spirituali et speciali amico suo, qualiter Christi faciem in contemplatione uidere soleret; respondit: In momento, inquit, apparet mihi splendor inaestimabilis, et quasi fulgur uideo eius ineffabilem pulchritudinem glorificationis: quae nisi raptim transiret ab aspectu contemplationis meae; cum uita praesenti hanc sustinere non possem. Post hunc uero fulgorem splendor intellectualis manet; et cum in ipso splendore quaero quem raptim uideram, non inuenio. Nota ergo lector, quod hoc idem est, quod in Canticis dicitur: Anima mea liquefacta, est, ut dilectus locutus est: quaesiui et non inueni illum; uocaui et non respondit mihi. Quid est Christum loqui in anima, nisi repraesentare illi suae diuitias bonitatis, sapientiae, et decoris? Ut ex his metiatur anima, quam bonum, quamque sapide sapientem, et a uirtutibus decoratum eum esse oporteat, qui eius amorem poterit in caritate perpetua promereri.

Nuestro fray Bernardo había asistido a sus funerales y exequias, y, nada más sepultado el cuerpo, llegó a Aywières; y, apenas lo hubo saludado, a su misma llegada, le dijo la piadosa Lutgarda: «¿Ha muerto don Balduino?» Y él, admirado de una pregunta tan inesperada y tan repentina, dijo: «Ha muerto, y ya está sepultado. ¿Y entonces, qué?» Y ella le dijo: «Mira, en este mismo instante se me ha aparecido mi señora María de Oignies, diciendo: "Levántate, levántate, date prisa, carísima, a rogar al Señor, porque en esta hora el alma de nuestro amigo don Balduino es presentada al juicio divino para dar cuenta al Señor de lo que hizo y de lo que omitió"». Mira cuán veraz en tu testimonio y cuán fiel en tu promesa te mostraste, oh venerable María, que, antes que a ningún otro mortal, quisiste acudir a la piadosa Lutgarda en busca del sufragio de sus oraciones; para que, ensalzada ya en los gozos celestiales, alcanzaras para tu amigo difunto el auxilio de aquella a quien, viviendo aún en el cuerpo, declaraste poderosísima para librar almas del purgatorio. Bendito sea, pues, Dios en todo, que quiso declarar la santidad y los méritos de su esposa con un testimonio tan evidentísimo]. Mira, pues, lector, con qué severo juicio han de ser examinados los que, según Isaías, funden la espada de la palabra de Dios en rejas de arado de trabajos temporales (Is 2,4), y, en lugar de las lanzas de la invectiva contra los pecados, se apresuran ya a cosechar el fruto de una paz pasajera para entregarse a los deleites.

II. El modo que guardaba en la contemplación. Su preparación para la muerte que conocía de antemano. Su enfermedad y su muerte

Preguntada por un amigo suyo espiritual y muy querido de qué modo solía ver el rostro de Cristo en la contemplación, respondió: «En un instante —dijo— se me aparece un resplandor inestimable, y como en un relámpago veo la inefable belleza de su glorificación; y si no pasara rápidamente ante la mirada de mi contemplación, no podría soportarla y seguir con la vida presente. Tras este relámpago permanece un resplandor intelectual; y cuando en ese mismo resplandor busco a aquel a quien había visto de pasada, no lo encuentro». Advierte, pues, lector, que esto es lo mismo que se dice en el Cantar: Mi alma se derritió cuando habló mi amado; lo busqué y no lo hallé; lo llamé y no me respondió (Cant 5,6). ¿Qué es que Cristo hable en el alma, sino ponerle delante las riquezas de su bondad, de su sabiduría y de su hermosura? Para que por ellas mida el alma cuán bueno, cuán sabrosamente sabio y cuán adornado de virtudes ha de ser aquel que pueda merecer el amor de ella en caridad perpetua.

Hunc ergo audiens anima liquescit in desideriis, et nititur obtinere quem conspicit: sed quia tempus perfectae uisionis nondum uenit, illum quem quasi praesentem habuit, subito perdit: ut tanto diligentius quaerat, quanto ardentius amat; et tanto ad possidendum mens latior praeparetur, quanto ad quaerendum frequentius innouatur. Proinde oculos Christi tam radiantissimo lumine coruscare dicebat, ut si possibile esset ipsum lumen solis splendoribus superfundi, tamquam sol stellas, et in infinitum magis solis radios offuscaret. Et hoc est quod quidam religiosus Sacerdos scire desiderans, quid esset dicere: Pulchriores sunt oculi eius uino; monstrata est ei in sancto calice, ubi diuina mysteria celebrabat, facies Christi; cuius oculi tanto splendore luminis radiabant, ut totum mundum possent etiam in tenebris constitutum, magis quam mille soles illustrare. De ipso autem spiritu ueritatis edoctus quidam uitae spiritualis expertissimus praedicator, dixit: Quod numquam sicut piam Lutgardem aliquem in uita cognouit, ita perfecte per fidem migrantem in intellectum et affectum. Quod et ipse protestor, sicut et scripturis et relatione quorumdam spiritualium ex parte coniicio, licet ego sum homuncio talis luminis inexpertus. [Et quidem facile credi non posset quantis uidendi Christum desideriis aestuabat. Vidi ipse in hoc aliquando lacrymas eius tantas, quod uix eas aliquis sine lacrymis sustinere ualeret: accidit autem biennio antequam migraret a seculo quod Frater Noster Bernardus, in Aquiriam ueniens, eam iam per mensem infirmatam, et Sacramento Unctionis, quasi quotidie ad exitum praeparatam, inuenit. Ex ardentissimo enim desiderio uidendi Christum menti eius insederat, quod ad Dominum tunc transire debebat. Nullum ergo signum mortis in ea dictus Frater reperiens, ad illam tanto desiderio suspensam, dixit: Non uidetur mihi, Carissima, quod modo ex hoc seculo transeas. Quem illa anxio uultu reuerberans; Non sic, ait, Carissime, dicas, quia ualde desidero Christum Dominum reuelata facie contemplari. Et ille subridens: Non reuera, Mater carissima, non erit hoc modo: Cui illa, eleuatis ad caelum oculis; Si, inquit, modo non erit, fiat uoluntas eius cras. Tunc de lectulo surgam, et eius corpus in solamen accipiam.

Die quodam cum anima piae Lutgardis, ad pietatem inclinata, Christo in contemplatione sincerius iungeretur, facta est uox super eam, audiente quadam deuotissima Moniali dicens: Deliciae meae sunt esse cum filiis hominum. Quid miri? quid noui? Paradisum paradisorum Augustinus, contemplatiuorum maximus, fidelem et deuotam animam nuncupauit, et merito: In creatione enim caeli et terrae, uerbo tantum dixit, et facta sunt: in recreatione uero animae, dilapsae per peccatum Adae, quantum laborem triginta tribus annis usque ad ignominiosam mortem Christus sustinuit, quis aestimare sufficiet?

Oyéndolo, pues, el alma se derrite en deseos y se esfuerza por alcanzar a aquel a quien contempla; pero, como aún no ha llegado el tiempo de la visión perfecta, pierde de repente a aquel a quien tenía como presente, para que busque con tanta mayor diligencia cuanto más ardientemente ama, y la mente se disponga tanto más ancha para poseer cuanto más a menudo se renueva para buscar. Decía además que los ojos de Cristo centelleaban con una luz tan radiantísima que, si fuera posible derramar esa misma luz sobre los esplendores del sol, oscurecería los rayos del sol como el sol a las estrellas, e infinitamente más. Y esto es lo que se le mostró a cierto sacerdote religioso que deseaba saber qué quería decir: Sus ojos son más hermosos que el vino (Gén 49,12): en el santo cáliz, donde celebraba los divinos misterios, se le mostró el rostro de Cristo, cuyos ojos irradiaban tal esplendor de luz que podrían iluminar el mundo entero, aun sumido en tinieblas, más que mil soles. Cierto predicador expertísimo en la vida espiritual, instruido por el mismo Espíritu de verdad, dijo que nunca había conocido en su vida a nadie como la piadosa Lutgarda, que pasara tan perfectamente por la fe al entendimiento y al afecto. Y lo mismo atestiguo yo, en cuanto en parte lo conjeturo por las Escrituras y por el relato de algunas personas espirituales, aunque soy un hombrecillo sin experiencia de tal luz. [Y, en verdad, no podría creerse fácilmente en qué deseos de ver a Cristo ardía. Yo mismo vi alguna vez sus lágrimas por esto, tantas que apenas podía nadie soportarlas sin llorar; y sucedió, dos años antes de que partiera de este mundo, que nuestro fray Bernardo, al venir a Aywières, la encontró enferma ya desde hacía un mes y, con el sacramento de la Unción, preparada casi a diario para la partida. Pues, por su ardentísimo deseo de ver a Cristo, se le había asentado en la mente que entonces había de pasar al Señor. El dicho fraile, no hallando en ella ninguna señal de muerte, le dijo, suspensa como estaba en tan gran deseo: «No me parece, carísima, que vayas a pasar ahora de este mundo». Ella, volviendo hacia él un rostro angustiado, le dijo: «No digas eso, carísimo, porque deseo mucho contemplar a Cristo el Señor con el rostro descubierto». Y él, sonriendo: «No, de veras, madre carísima, no será ahora». Ella, alzando los ojos al cielo, dijo: «Si no ha de ser ahora, hágase su voluntad mañana. Entonces me levantaré del lecho y recibiré su cuerpo para mi consuelo».

Un día en que el alma de la piadosa Lutgarda, inclinada a la piedad, se unía más puramente a Cristo en la contemplación, se dejó oír sobre ella una voz, oyéndolo una devotísima monja, que decía: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31). ¿Qué tiene de extraño? ¿Qué tiene de nuevo? Agustín, el mayor de los contemplativos, llamó al alma fiel y devota paraíso de los paraísos, y con razón: pues en la creación del cielo y de la tierra bastó que dijera una palabra, y fueron hechos; pero en la re-creación del alma, caída por el pecado de Adán, ¿quién podrá estimar cuánto trabajo soportó Cristo durante treinta y tres años, hasta una

uerum Deum et uerum hominem haec quidem sustinuisse non ambigo: sed quanti pendendus sit ille, pro quo iste talia tantaque sustinuit, ad plenum numquam quis sufficiet admirari; maxime cum ille, qui uicem pro posse rependens, ea quae desunt passioni Christi in carne sua non desinit adimplere. Quod Lutgardem fecisse magnopere, nemo dubitat, qui hanc nouit; nullus ambigit, qui haec legit. Secundum praecedentia ergo, quid Christo Dei filio nostris temporalibus delicatius esse potuit, quam Lutgardis; Si fuerit, nescio; Deus scit. Unum scio, credidi propter quod locutus sum, quod nullam me talem uel legisse meminerim uel audisse.

Anno paulo plus quam uno ante mortem suam apparuit ei Dominus Jesus Christus, uultu illi congratulantis applaudens, et dixit: Jam instat finis laboris tui: nolo te a me diutius separari. Tria tantum anno isto requiro a te. Primo mo quidem, ut referas gratias pro beneficiis iam adeptis; et in hoc requiras suffragia Beatorum: secundum est, quod pro peccatoribus meis te totaliter effundas in orationibus apud Patrem: tertium est, quod uenire ad me sine aliqua alia solicitudine hianti desiderio concupiscas. Penses ergo, Lector, quanti apud Deum meriti fuit, cuius calcaneo quando antiquus serpens insidiari debuit, huius mentem Deus tantum tribus solicitudinibus occupauit.

Paschali tempore proximo ante mortem suam apparuit ei Dominus Jesus Christus, cum gloriosa Matre sua in maxima gloria claritatis. Cumque pia Lutgardis, (ut fere semper) uitae praesentis exilium, et desiderium supernae patriae causaretur, dixerunt ei: Non te oportet Carissima, ab hoc praesenti tempore ulterius fatigari: iam tibi remedium perpetuae pacis disponitur ad coronam; nec te uolumus amodo diutius expectare. Haec pia Lutgardis saepe dictae Sybyllae de Gagis, statim ut reuelationem Domini accepit, cum maximo timore et exultatione praedixit: sicut enim nullam habuit in omnibus cariorem, ita nullam in omnibus familiariorem. Et merito: quia secundum praeceptum supradicti uenerabilis Jacobi, eiusdem Sybillae consilio, ut magis litteratae, in omnibus regebatur.

Quindecim diebus ante mortem suam apparuit ei gloriosa uirgo Maria, et beatissimus Baptista Joannes, quem amore specialissimo diligebat: qui et dixerunt ei: Jam instat consummatio tua, superest tibi corona iustitiae: nolumus te hic esse diutius, omnes enim ciues caelici te expectant. Sed et Sancti apparuerunt ei anno illo frequenter in magna multitudine, et praedicebant ei excessum, quem completura esset instantius. Nec non et ei quidam amicorum eius specialium, qui iam praedecesserant, apparebant; gaudere se magnifice protestantes, quod eis sociaretur in proximo migratura.

muerte ignominiosa? No dudo que quien soportó esto fue verdadero Dios y verdadero hombre; pero cuánto ha de estimarse aquel por quien él soportó tales y tantas cosas, nadie podrá nunca admirarlo plenamente; sobre todo aquel que, devolviéndole lo recibido en la medida de sus fuerzas, no cesa de completar en su carne lo que falta a la pasión de Cristo (Col 1,24). Que Lutgarda lo hizo en gran medida no lo duda nadie que la conoció; nadie lo pone en duda que lea esto. Según lo que precede, pues, ¿qué pudo haber en nuestros tiempos más delicioso para Cristo, Hijo de Dios, que Lutgarda? Si lo hubo, no lo sé; Dios lo sabe (2 Cor 12,2). Una cosa sé —creí, por eso hablé (Sal 116,10)—: que no recuerdo haber leído ni oído de ninguna semejante a ella.

Poco más de un año antes de su muerte se le apareció el Señor Jesucristo, aplaudiéndola con rostro de quien se congratula con ella, y le dijo: «Ya está cerca el fin de tu trabajo: no quiero que sigas más tiempo separada de mí. Solo tres cosas te pido este año. La primera, que des gracias por los beneficios ya recibidos, y que para ello pidas los sufragios de los bienaventurados; la segunda, que te derrames del todo en oraciones ante el Padre por mis pecadores; la tercera, que ansíes con deseo anhelante venir a mí, sin ninguna otra preocupación». Considera, pues, lector, de cuánto mérito fue ante Dios aquella cuya mente Dios ocupó con solo tres cuidados cuando la antigua serpiente había de acechar su calcañar (Gén 3,15).

En el tiempo pascual inmediatamente anterior a su muerte se le apareció el Señor Jesucristo con su gloriosa Madre, en grandísima gloria de claridad. Y como la piadosa Lutgarda (como casi siempre) se lamentara del destierro de la vida presente y de su deseo de la patria celestial, le dijeron: «No es preciso, carísima, que te fatigues más desde este tiempo presente: ya se te prepara el remedio de la paz perpetua para tu coronación; y no queremos esperarte más de aquí en adelante». En cuanto recibió la revelación del Señor, la piadosa Lutgarda anunció esto de antemano, con grandísimo temor y júbilo, a la tantas veces mencionada Sibila de Gages; pues así como no tenía en todo a ninguna más querida, tampoco tenía a ninguna más íntima. Y con razón: porque, según el precepto del venerable Jacobo antes mencionado, se regía en todo por el consejo de esta misma Sibila, como más letrada.

Quince días antes de su muerte se le aparecieron la gloriosa Virgen María y el beatísimo Juan Bautista, a quien amaba con amor especialísimo; y le dijeron: «Ya está cerca tu consumación; te queda la corona de la justicia (2 Tim 4,8). No queremos que sigas aquí más tiempo, pues todos los ciudadanos del cielo te esperan». También los santos se le aparecieron con frecuencia aquel año en gran multitud, y le anunciaban la partida que pronto había de cumplir (Lc 9,31). También se le aparecían algunos de sus amigos más queridos que ya la habían precedido, asegurando que se alegraban sobremanera de que pronto partiría y se uniría a ellos.

Haec cum dixisset quibusdam amicis suis, quaesitum est ab ea, quomodo discernere posset inter Sanctos. Et illa: De ipso, inquit, Christo Sanctorum Sancto, quidam animae illucens splendor egreditur, in quo unumquemque Sanctorum, qui apparet mihi, perfecte cognosco. Nota igitur, Lector, quod nihil aliud splendorem istum intelligo, nisi speculum Trinitatis uel aeternitatis. Sicut enim liber Sapientiae capitulo septimo dicit: Candor est lucis aeternae, et speculum sine macula Dei maiestatis, et imago bonitatis illius; et cum sit una, omnia potest, et permanens in se omnia innouat, et per nationes in animas sanctas se transfert, amicos Dei et prophetas constituens. Sanctos ergo, cum apparebant illi, rogabat obnixius, ut gratias referrent Deo pro ea, et pro beneficiis collatis sibi ab eo.

Frequenter Sorores in infirmaria Moniales redarguerat, eo quod minus bene et minus attente Canonicas Horas Deo soluerent diuinitus constitutas. Cumque anno dimidio ante mortem suam correctionem plenariam, secundum quod Diuinae Reuerentiae congruebat, in ceteris non uideret; dixit: Scio quod post obitum meum defectum istum in Sororibus manus Domini uindicabit; et tunc uerbi mei memores et flagelli humiliter corrigentur, et mox retrahet manum Dominus, quam extenderat in uindictam. Quam ueraci spiritu haec fuerint prophetata, non est qui ambigat. Statim enim ut pia Lutgardis beata morte defuncta est, pestilentia grauis in conuentu Monialium mox grassatur, et infra breuissimi temporis spatium, numero quatuordecim, Moniales probatissimae sunt defunctae. Ego enim sub eo tempore ibidem ueni, et duas spiritu carneque sorores uno spatii momento migrantes, celebrata pro eis Missa in uno tumulo sepeliui. Nec mora post haec, cum se debiles in infirmaria, in dicendis solicite Horis, plenissime correxissent; manum suam, secundum quod pia Lutgardis praedixerat, Domino misericorditer reuocante, pestilentia mox cessauit. Rogo ergo uos o Aquiriae Dominae et Sorores ut piam Lutgardem in omnibus dictis quae obseruare poteritis, obseruetis: exemplorumque eius inhaerete uestigiis, et spero quod eius precibus peruenietis ad palmam, et in hoc exemplum sumite, quod subiungo.

De specialibus amicis eius quidam uir secularis in graue peccatum inciderat. Faciens ergo confessionem suam, poenitentiam quidem peccati fecit, sed nullam indulgentiae consolationem in oratione sentire promeruit. Quapropter in uoraginem desperationis fere cadebat: ueniens autem ad piam Lutgardem, quasi ad propriam matrem, quid egisset, et quid pro scelere sustineret, graui moerore conquestus est. At illa semel, iterato, ac tertio pro peccatore orationem effundens, nullum secundum quod solebat, responsum a Domino accepit. Ille uero in nullo se habere melius sentiebat.

Habiendo contado esto a algunos amigos suyos, le preguntaron cómo podía distinguir entre los santos. Y ella dijo: «De Cristo mismo, el Santo de los santos, sale un resplandor que ilumina el alma, y en él reconozco perfectamente a cada uno de los santos que se me aparece». Advierte, pues, lector, que por este resplandor no entiendo otra cosa que el espejo de la Trinidad o de la eternidad. Pues, como dice el libro de la Sabiduría en el capítulo séptimo: Es resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios e imagen de su bondad; y, siendo una, todo lo puede, y, permaneciendo en sí misma, todo lo renueva, y a través de las naciones se transfiere a las almas santas, haciendo de ellas amigos de Dios y profetas (Sab 7,26–27). Por eso, cuando se le aparecían los santos, les rogaba con insistencia que dieran gracias a Dios por ella y por los beneficios que él le había concedido.

Con frecuencia había reprendido a las hermanas, las monjas de la enfermería, porque rezaban a Dios las Horas canónicas, instituidas por Dios, con poco cuidado y poca atención. Y como medio año antes de su muerte no viera en las demás una enmienda completa, cual convenía a la reverencia debida a Dios, dijo: «Sé que después de mi muerte la mano del Señor castigará esta falta en las hermanas; y entonces, acordándose de mi palabra y del azote, se enmendarán humildemente, y pronto retirará el Señor la mano que había extendido para el castigo». Con cuán veraz espíritu fue profetizado esto, no hay quien lo dude. Pues en cuanto la piadosa Lutgarda murió con dichosa muerte, se desató al punto una grave peste en la comunidad de monjas, y en brevísimo espacio de tiempo murieron catorce monjas de probadísima virtud. Pues yo llegué allí por aquel tiempo, y a dos hermanas, hermanas en el espíritu y en la carne, que partieron en un mismo instante, las sepulté en una misma tumba después de celebrar la misa por ellas. Y poco después, cuando las enfermas de la enfermería se hubieron enmendado plenamente en rezar con cuidado las Horas, retirando misericordiosamente el Señor su mano, como había predicho la piadosa Lutgarda, la peste cesó al punto. Os ruego, pues, oh señoras y hermanas de Aywières, que observéis a la piadosa Lutgarda en todos los dichos suyos que podáis observar; seguid de cerca las huellas de sus ejemplos, y espero que por sus oraciones llegaréis a la palma; y tomad como ejemplo en esto lo que añado.

Uno de sus amigos más queridos, un hombre seglar, había caído en un pecado grave. Se confesó, pues, e hizo penitencia del pecado, pero no mereció sentir en la oración ningún consuelo de perdón. Por eso estaba a punto de caer en el abismo de la desesperación; pero, acudiendo a la piadosa Lutgarda como a su propia madre, se lamentó con grave tristeza de lo que había hecho y de lo que padecía por su culpa. Ella derramó su oración por el pecador una vez, otra y una tercera, pero no recibió del Señor ninguna respuesta, como solía. Y él no se sentía mejor en nada.

Hoc uiso pia Lutgardis in oratione cum Domino mira spiritus instantia luctabatur. Tandem uero, ubi in ira Dominum misericordias continentem euincere non ualebat, dixit: Aut dele me de libro uitae, aut dimittas illi noxam hanc. Nec mora: in uoce hac Dominus ad misericordiam inclinatus, dixit: Ecce dimisi illi, quia confisus est de te: et non solum illi, sed et omnibus qui spem habent in te, et diliguntur a te, benefaciam propter te. Ad haec igitur Dei uerba, mox homo ille spem ueniae perfecte recipiens, ad statum gratiorem, et magis pacatum, quam ante lapsum, Domino propitiante peruenit.

Hinc ergo, quantum ad ipsam, dies sequitur exultationis et laudis; ad nos, uero et omnes illos qui eius patrocinii solatio uiuebamus, dies luctus, dies gemitus, et moeroris; dies, inquam, quem ego infelicissimus omnium, nec praeanticipare, ut saepius eam rogaueram, morte potui, nec subsequi possum, omni miserior orphano derelictus. Venit ergo dies, uigilia scilicet Octauarum Sanctae et indiuiduae Trinitatis, et graui admodum, sed lenta febre decubuit, Trini Dei indiuidua ueneratrix. Ingrauascente autem morbo exercebatur. Secunda feria sequenti quidam Conuersus Affligemiensis, Wilhelmus nomine (praecipue enim illius monasterii Fratres, propter religionis obseruantiam, diligebat) intrauit ad eam uisitationis gratia, et inter uerba alia dixit: Utinam Dominus noster Abbas sciret uos adeo grauiter infirmari. Et illa: Cras, inquit, ueniet ille carissimus meus, et uidebit me. Ad quod ille, responsum cum inopinabile duceret, admiratus conticuit. Et mane facto, cum dictus Abbas uenerabilis ad duo milliaria prope transiret, et infirmari piam Lutgardem penitus ignoraret, dixit his qui secum erant: eamus uidere Dominam Lutgardem, quia eam elapso iam longo tempore non uidi. Venit ergo in Aquiriam: et cum intrasset ad eam, illa sincerissime gratulata, et de lectulo releuata, resedit; tenensque manum eius dixit; Jam recedo, Carissime, et nihil sub caelo carius te relinquo: de te autem a Domino me noueris consolatam. Hoc dicto in alia distractus Abbas discessit: et illa usque in feriam quintam magna spiritus alacritate remansit. Quinta ergo feria, cum uocem saepe dictae Sybillae de Gagis intrantis audisset, dixit: Sedeas hic iuxta cor meum: ecce plenum est claustrum militiae coelestis exercitus: animae Beatorum praesentes sunt, et multae Sororum nostrarum, quae ab hoc seculo praecesserunt. Haec dicens conticuit; et deinceps per totam sextam feriam uultu gratiosissimo, in Dei tantum contemplatione spiritu rapta, permansit.

Viendo esto, la piadosa Lutgarda luchaba con el Señor en la oración con admirable insistencia de espíritu. Al fin, como no lograba vencer al Señor, que en su ira contenía sus misericordias (Sal 77,10), dijo: «O bórrame del libro de la vida, o perdónale esta culpa» (Éx 32,32). Al punto, ante estas palabras, el Señor, inclinado a la misericordia, dijo: «Mira, le he perdonado, porque confió en ti; y no solo a él, sino a todos los que tienen esperanza en ti y son amados por ti, les haré bien por tu causa». Ante estas palabras de Dios, aquel hombre recobró al punto plenamente la esperanza del perdón y, con el favor del Señor, llegó a un estado más grato y más sosegado que antes de su caída.

Sigue, pues, ahora un día que, en cuanto a ella, fue de júbilo y de alabanza, pero para nosotros y para todos los que vivíamos con el consuelo de su patrocinio, día de luto, día de gemido y de tristeza; día, digo, que yo, el más desdichado de todos, ni pude anticipar con mi muerte, como tantas veces se lo había rogado, ni puedo seguir, abandonado y más miserable que cualquier huérfano. Llegó, pues, el día, a saber, la vigilia de la octava de la Santa e Indivisa Trinidad, y cayó en cama con una fiebre muy grave, pero lenta, ella, indivisa adoradora de Dios trino. Y, agravándose la enfermedad, era duramente probada. El lunes siguiente, un hermano converso de Affligem llamado Guillermo (pues amaba especialmente a los monjes de aquel monasterio por su observancia religiosa) entró a visitarla, y entre otras cosas dijo: «¡Ojalá supiera nuestro señor abad que estáis tan gravemente enferma!» Y ella dijo: «Mañana vendrá aquel carísimo mío y me verá». Él, teniendo la respuesta por increíble, calló admirado. Y, llegada la mañana, como el dicho venerable abad pasara a dos millas de allí, ignorando por completo que la piadosa Lutgarda estuviera enferma, dijo a los que iban con él: «Vayamos a ver a doña Lutgarda, porque hace ya mucho tiempo que no la veo». Vino, pues, a Aywières; y cuando entró a verla, ella se alegró de todo corazón y, incorporándose en el lecho, se sentó; y tomándole la mano le dijo: «Ya me voy, carísimo, y no dejo bajo el cielo nada más querido que tú; pero sabe que el Señor me ha consolado respecto de ti». Dicho esto, el abad, reclamado por otros asuntos, se marchó; y ella permaneció con gran viveza de espíritu hasta el jueves. El jueves, pues, al oír la voz de la tantas veces mencionada Sibila de Gages, que entraba, dijo: «Siéntate aquí junto a mi corazón: mira, el claustro está lleno de la milicia del ejército celestial; están presentes las almas de los bienaventurados, y muchas de nuestras hermanas que nos precedieron saliendo de este mundo». Dicho esto, calló; y en adelante, durante todo el viernes, permaneció con rostro gratísimo, arrebatada en espíritu en la sola contemplación de Dios.

Sabbato autem cum in hora mortis instaret, oculos ad coelos aperuit: et Sacramentis praemunita sanctificis, in medium iuuencularum tympanistriarum principibus caelestis exercitus commixtis, psallentibus, anima felix ad liberas auras exultans, euolat ad superna; anno ab Incarnatione Domini millesimo, ducentesimo, quadragesimo sexto, mense Junio, sexto decimo Cal. Julii: Indictione quarta, anno aetatis suae sexagesimo quarto, hora circa uesperam, regnante D. N. Jesu Christo, cui est honor et gloria cum patre et spiritu sancto, per immortalia secula seculorum, Amen.

At ubi spiritum efflauit pia Lutgardis extremum, nonnullae ex Monialibus, quibus hoc datum optimum a Deo concessum est, tanta spiritus dulcedine, tanta alacritate repletae sunt, ut se non caperent prae stupore; et nimirum perfecte sentirent, quod cum immenso tripudio supernorum, ipse praesentialiter salutis nostrae princeps Jesus, animam illius ad delicias euocauerit paradisi. Proinde proprium ex natura morientium est, ut in morte liuido pallore nigrescant: pia autem Lutgardis, in signum innocentiae uirginalis, candorem in morte cum nitore lilii in facie praetendebat. Oculos in caelum (ut dictum est) instante hora mortis diu ante clausos aperuit, nec eos postea in morte uel post mortem reclusos habere potuit: quia ipse oculorum gestus, iter, per quod transierat spiritus, indicauit. Cutis autem totius corporis eius tantae lenitatis a contrectantibus est reperta, ut sub palpantis manu byssus pariter candens et lenis plenissime crederetur: nemirum simplex haec sine felle columba, lotos lacte puritatis oculos habuit, quae speculabatur residens iuxta fluenta plenissima.

Caput III.

Sepultura. Miracula.

Igitur cum sacrum cadauer exanime lauaretur, quaedam Soror, quae per annos plures usum penitus manus amiserat, casu et non ex proposito manu perdita inter lauandum corpus attigit, et subito, in plenum omnis operis usum, restituta est sanitati. Ecce quam subito, quam plane, sicut superius diximus, uenerabilis Mariae de Oignies prophetiae uerbum impletum est, ubi in morte agens de pia Lutgarde praedixit: Spiritualia miracula in uita nunc facit; corporalia post mortem efficiet. Dignum utique et reuera dignissimum, ut quem pia Lutgardis in Sanctis suis uita mirabilem praedicauit, ille Deus eam euidentibus signis etiam post mortem mirabilem exhiberet.

El sábado, inminente ya la hora de la muerte, abrió los ojos al cielo; y, fortalecida de antemano con los santificadores sacramentos, su alma feliz, exultante, vuela a los aires libres, a lo alto, en medio de las doncellas que tocan los panderos, mezclados los príncipes del ejército celestial con los cantores (Sal 68,26), el año de la Encarnación del Señor mil doscientos cuarenta y seis, en el mes de junio, el día decimosexto antes de las calendas de julio, en la indicción cuarta, en el sexagésimo cuarto año de su edad, hacia el atardecer, reinando nuestro Señor Jesucristo, a quien sea el honor y la gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

Y cuando la piadosa Lutgarda exhaló el último aliento, algunas de las monjas, a quienes Dios concedió este don excelente, se llenaron de tal dulzura de espíritu y de tal alegría que no cabían en sí de asombro, y sentían en verdad perfectamente que el mismo Jesús, príncipe de nuestra salvación, presente en persona, en medio del inmenso júbilo de los moradores del cielo, había llamado su alma a las delicias del paraíso. Es propio, además, de la naturaleza de los que mueren que en la muerte se ennegrezcan con lívida palidez; pero la piadosa Lutgarda, en señal de inocencia virginal, mostraba en el rostro, en la muerte, una blancura con el brillo del lirio. Al acercarse la hora de la muerte abrió hacia el cielo (como se ha dicho) los ojos, cerrados desde mucho antes, y después, ni en la muerte ni tras la muerte, pudieron volver a cerrárselos: porque la misma actitud de los ojos indicaba el camino por el que había pasado el espíritu. La piel de todo su cuerpo fue hallada por los que la tocaban de tanta suavidad que bajo la mano que la palpaba se la creía de lleno lino finísimo, tan blanco como suave; no es de extrañar, pues esta sencilla paloma sin hiel tuvo los ojos lavados con la leche de la pureza, ella que contemplaba sentada junto a las corrientes más caudalosas (Cant 5,12).

III. Su sepultura. Milagros

Así, mientras se lavaba el sagrado cuerpo sin vida, cierta hermana que desde hacía muchos años había perdido por completo el uso de la mano tocó el cuerpo con la mano inútil durante el lavado, por casualidad y no a propósito, y de repente quedó restituida a la salud, con pleno uso de la mano para toda labor. Mira cuán de repente y cuán claramente, como dijimos más arriba, se cumplió la palabra profética de la venerable María de Oignies, cuando, estando para morir, predijo de la piadosa Lutgarda: «Ahora, en vida, hace milagros espirituales; los corporales los obrará después de la muerte». Digno era, sin duda, y en verdad dignísimo, que aquel Dios a quien la piadosa Lutgarda proclamó con su vida admirable en sus santos (Sal 68,36) la mostrara también a ella admirable con signos evidentes aun después de la muerte.

Annis pluribus ante mortem eius plures Moniales et conuersos Fratres instanter rogaueram, ut si contingeret, sicut heu! contigit, me in morte piae Matris Lutgardis non esse praesentem; manum eius abscissam mihi, ob sacram eius memoriam, reseruarent: et in hoc licentiam uenerabilis Hawidis eiusdem loci Abbatissae obtinueram. Ut autem feminarum natura est, celanda penitus celare non posse, secundum illud uulgare prouerbium,

Scilicet ut taceas femina, si qua potest;

Moniales piae Lutgardi, quid de abscindenda manu illius ordinaueram; indicarunt. Nec multo post, cum in Aquiriam ueniens cum ea habere colloquium incepissem; ipsa me uultu intuens serioso, dixit: Audiui, fili carissime, quia manum mihi post mortem abscindere iam disponis: tu autem quid de manu mea facere cogites multum miror. Ego igitur rubore perfusus; Credo, inquam, quod in bonum animae et corporis mei tua mihi manus obueniet, si eam consequar, ut intendo. Tunc illa, sereno, ut erat, uultu subridens, et auricularium digitum dextrae manus in subliminari fenestrae, in qua colloquebamur deponens, Satis, inquit, tibi sufficiet, cum istum digitum post mortem meam habere potueris. Tum ego confidentius iam inuectus: Nihil, inquam, mihi ex tuo, Mater, corpore sufficere poterit, nisi manum aut caput habeam, quo tunc releuer te orbatus. His dictis ad alia uerba descendimus, nihil alicui inde dicens, nihilque ponderans aut aduertens. Ergo illa defuncta, ubi nondum adhuc elato in ecclesiam corpore in infirmaria seruabatur, quidam Guido deuotissimus iuuenis, et alius socius suus, Fratres Conuersi piae Lutgardi manum abscindere cogitabant; sed cum hoc praesumere non auderent, eumdum digitum dextrae manus, quem mihi sufficere dixerat, amputarunt, et dentes de ore eius numero sexdecim extraxerunt. Cognita autem morte eius, et digitum amputatum audiens, nec quis digitorum esset intelligens; Nunc, inquam, uidebo lucidius, si uere Prophetes pia Lutgardis esse probabitur: quae dextrae manus suae auricularium mihi sufficere ante annos plurimos iam praedixit. Veni ergo in Aquiriam et eumdem, sicut praedixerat, amputatum inueni, et per omnia mihi sufficere eum, et felicem me fore, si hunc obtinere possem solicitus cogitaui. Super eo ergo Abbatissam adiens preces supplices cum lacrymis fudi: sed cum magno dolore meo solam ipsam Abbatissam inexorabilem mox inueni: credo tamen quod non sine dispensatione superni consilii: probare enim Omnipotens ordinabat, ut secundum promissum piae Lutgardis eius digitum obtinerem, quem nescia simplicitas denegarat. Iterato autem secundum tempus in Aquiriam ueni, uitamque piae Lutgardis scribere promittens, cum ingenti cordis laetitia super aurum et argentum optatum munus accepi.

Muchos años antes de su muerte había rogado con insistencia a varias monjas y a hermanos conversos que, si sucedía —como, ¡ay!, sucedió— que yo no estuviera presente en la muerte de la piadosa madre Lutgarda, le cortaran la mano y me la reservaran, por su sagrada memoria; y para ello había obtenido licencia de la venerable Hawide, abadesa de aquel mismo lugar. Pero es propio de la naturaleza de las mujeres no poder ocultar lo que debe ocultarse del todo, según aquel proverbio vulgar:

Calla, mujer, desde luego, si es que alguna puede;

y así las monjas contaron a la piadosa Lutgarda lo que yo había dispuesto acerca de cortarle la mano. No mucho después, habiendo venido yo a Aywières y comenzado a conversar con ella, me miró con rostro serio y me dijo: «He oído, hijo carísimo, que ya dispones cortarme la mano después de mi muerte; y me pregunto con gran extrañeza qué piensas hacer con mi mano». Yo, pues, cubierto de rubor, dije: «Creo que tu mano me vendrá para bien de mi alma y de mi cuerpo, si llego a obtenerla, como pretendo». Entonces ella, sonriendo con el rostro sereno que siempre tenía, y poniendo el dedo meñique de la mano derecha sobre el alféizar de la ventana en que conversábamos, dijo: «Te bastará de sobra con que puedas tener este dedo después de mi muerte». Entonces yo, arrebatado ya con más confianza, dije: «Nada de tu cuerpo, madre, podrá bastarme, si no tengo la mano o la cabeza, con que consolarme entonces, privado de ti». Dicho esto, pasamos a otras palabras, sin que yo dijera nada de ello a nadie, ni lo ponderara ni reparara en ello. Así pues, muerta ella, cuando el cuerpo, aún no llevado a la iglesia, se guardaba en la enfermería, cierto Guido, joven devotísimo, y otro compañero suyo, hermanos conversos, pensaban cortar la mano a la piadosa Lutgarda; pero, como no se atrevían a tanto, le amputaron aquel mismo dedo de la mano derecha que ella había dicho que me bastaría, y le sacaron de la boca dieciséis dientes. Y yo, conocida su muerte y al oír que le habían amputado un dedo, sin saber cuál de los dedos era, dije: «Ahora veré con más claridad si la piadosa Lutgarda resulta ser verdaderamente profetisa, ella que ya hace muchos años predijo que me bastaría el meñique de su mano derecha». Vine, pues, a Aywières, y hallé amputado aquel mismo dedo, como ella había predicho; y pensé con ansia que me bastaba en todo, y que sería feliz si pudiera obtenerlo. Acudiendo, pues, a la abadesa por este asunto, derramé súplicas con lágrimas; pero, con gran dolor mío, pronto hallé que solo la abadesa era inexorable; no sin disposición, creo, del consejo celestial: pues el Todopoderoso disponía probar que yo obtendría su dedo según la promesa de la piadosa Lutgarda, aunque una sencillez ignorante me lo había negado. Volví a Aywières por segunda vez y, prometiendo escribir la Vida de la piadosa Lutgarda, recibí con inmensa alegría del corazón el don deseado más que el oro y la plata.

Nec me in hoc inuidus aliquis mordeat aut iudicet arguendum: si piae Lutgardis, nondum adhuc canonizatae, digitum tanto amore complector: quia beatissima Natalia Adriani Martyris mox occisi brachium abscidit. Venerabilis quoque Mariae de Oignies, nondum canonizatae, digitum in morte praecisum, piae memoriae quondam Aconensis Episcopus, et postea Romanae Curiae Cardinalis, annis multis ad collum suspensum pro maximo munere, solemnis memoriae Papae Gregorio nono, contra blasphemiae spiritum, quo atrociter tentabatur, portandum dedit. Beatae quoque Elizabeth Thuringiae Lantgrauiae, nostro tempore mox defunctae pollex, cum indice mox abscissus fuit. Quod autem in S. Natalia, et memorabili uiro Jacobo Cardinali, et in Gregorio Romanae urbis Pontifice, et aliis multis fide dignis tanta auctoritate praecessit; nullus in me quasi factum stultum et impium, nisi plane stultus et impius, iudicabit.

Ex hinc, cum sacrum corpus eius sepeliendum iaceret in feretro; quaestio mota est, ubi tantae et tam solemnes reliquiae conderentur. Et accidit ut ex ordinatione diuina uenerabilis Abbas de Alna, Pater secundum ordinem ipsius monasterii Visitator, ex triduo ante sepulturam piae Lutgardis, et maxime exitum expectaret. Mota ergo quaestione, ubi deceret thesaurum tam pretiosissimum tumulari; respondit Abbas: Et ubi, inquit, nisi in Ecclesia, ubi digne possit ab omnibus frequentari. Sane per omnia et prouide respondit et digne, secundum ea quae ipsamet in uita praedixerat. Cum enim magis familiares eius in Aquiria Moniales, ab ea in uita quaesissent, quid facerent ipsa mortua, quae tanta orationum eius suffragio frustrarentur; respondit; Ad tumulum, inquit, meum confugite; ibi uobis adero mortua, sicut uiuens. Quam uero et prophetico spiritu ista praedixerit, nullum ambigo iam nescire, qui fido corde eius adiutorium inuocauit. Ubi autem hoc conuenientius fieri debuit, nisi in deputato loco, ubi adhaerere Deo in oratione et contemplatione consueuit. Obtinuit ergo uerbum Abbatis consensum omnium, et in dextro chori latere, iuxta parietem ubi orare consueuerat, in loco solenni et honorifico, sepelitur. Dicta autem Sybilla de Gagis, epitaphii more uersificans, dixit.

Lutgardis luxit; uitam sine crimine duxit; / Cum Christo degit, quam lapis iste tegit. / Esuriens haec et sitiens caelestia, luxit; / Mera dies, sponsi facies, illi modo luxit. / Haec speculum uitae, flos claustri, gemma sororum; / Fulsit in hac pietas, compassio, gloria morum.

Y que nadie, por envidia, me muerda ni me juzgue digno de reproche por esto, si abrazo con tanto amor el dedo de la piadosa Lutgarda, aún no canonizada: pues la beatísima Natalia cortó el brazo del mártir Adrián en cuanto lo mataron. También el dedo de la venerable María de Oignies, aún no canonizada, cortado en su muerte, lo llevó muchos años colgado al cuello como grandísimo tesoro el que fue obispo de Acre, de piadosa memoria, y después cardenal de la Curia romana, y lo dio a llevar al papa Gregorio IX, de solemne memoria, contra el espíritu de blasfemia con que era atrozmente tentado. También a la bienaventurada Isabel, landgravina de Turingia, muerta hace poco en nuestro tiempo, le fue cortado enseguida el pulgar junto con el índice. Y puesto que esto tiene tan autorizados precedentes en santa Natalia, en el memorable varón el cardenal Jacobo, en Gregorio, pontífice de la ciudad de Roma, y en muchos otros dignos de fe, nadie lo juzgará en mí como hecho necio e impío, si no es él mismo claramente necio e impío.

Después de esto, mientras su sagrado cuerpo yacía en el féretro para ser sepultado, se planteó la cuestión de dónde se depositarían tan grandes y tan solemnes reliquias. Y sucedió por disposición divina que el venerable abad de Aulne, padre y visitador de aquel monasterio según la Orden, estaba allí desde tres días antes de la sepultura de la piadosa Lutgarda, aguardando sobre todo su tránsito. Planteada, pues, la cuestión de dónde convenía sepultar un tesoro tan preciosísimo, respondió el abad: «¿Y dónde —dijo— sino en la iglesia, donde pueda ser dignamente visitado por todos?» En verdad respondió en todo con prudencia y con acierto, conforme a lo que ella misma había predicho en vida. Pues cuando las monjas de Aywières más allegadas a ella le preguntaron en vida qué harían cuando ella muriera, privadas de tan gran sufragio de sus oraciones, respondió: «Acudid a mi sepulcro; allí estaré con vosotras muerta, como viva». Cuán verdaderamente y con qué espíritu profético predijo esto, estoy seguro de que no lo ignora nadie que haya invocado su auxilio con corazón fiel. ¿Y dónde debía hacerse esto con más conveniencia que en el lugar señalado donde solía unirse a Dios en la oración y la contemplación? La palabra del abad obtuvo, pues, el consentimiento de todos, y es sepultada en el lado derecho del coro, junto a la pared donde solía orar, en un lugar solemne y honroso. Y la dicha Sibila de Gages, versificando a modo de epitafio, dijo:

Lutgarda brilló; llevó una vida sin culpa; / vive con Cristo aquella a quien cubre esta piedra. / Hambrienta y sedienta de lo celestial, lloró; / ahora el día puro, el rostro del Esposo, brilló para ella. / Fue espejo de vida, flor del claustro, joya de sus hermanas; / brillaron en ella la piedad, la compasión y la gloria de las costumbres.

Nec mora, postquam sepulta est, apparuit cuidam Elizabeth de Wans, in Aquiria moniali, quae quondam in Campania Galliae apud S. Desiderium fuerat Abbatissa. Apparentem autem in magna gloria, sciscitata est dicens; O dulcissima Domina, numquid per aliquid temporis spatium purgatorium pertulisti? Et illa; non solum sine purgatorio ad requiem transii, uerum etiam cum ante purgatorium haberem transitum, afflictis ibidem compatiens benedixi; et multas animas, ex beneficio diuino, poenis exemptas, ad amoenitatem mecum transtuli Paradisi. Haec ea dicente, uisum est dictae Elizabeth, quod cuidam iuuenculae moniali, Machtildi nomine, adhuc uiuenti pia Lutgardis diceret: Sequere me. Per quod illa intelligens, quod eam per mortem iuuencula sequeretur, seipsam quoque ad sequendum Elizabeth offerebat, dicens: Liceat etiam me te sequi, Mater dulcissima. Et pia Lutgardis, Non potes, inquit, me modo sequi, sed postmodum me matrem sequeris filia. Quae uisio statim effectum habuit: nam iuuencula, quae a pia Lutgarde inuitata est ad sequendum, infra dies nouem defuncta est: Elizabeth uero, quae se ad sequendum obtulit, nec cui sequi concessum est, superuiuit.

Praeterea, cum, secundum prophetiam piae Lutgardis, inter moniales Aquiriae dira pestis morientium grassaretur; quaedam de Monialibus in uisione uidit, quod multi ecclesiam monasterii insolenter irruerent. Et cum nullus eos prohibere ab insolentia potuisset, uidit quod pia Lutgardis surrexit de tumulo, et omnes cum maxima uiolentia ab ecclesia propulsaret. Nec mora effectum suum uisio beata consequitur, et ab insolentia pestilentis contagii Aquiriae monasterium liberatur.

Raptim unaquaeque Monialium quidquid de cingulis, de peplis, uelis, ac rebus aliis habere potuerunt, quasi pro Reliquiis, et reuera maximis Reliquiis, distraxerunt. Nobilissima autem puella Beatrix de Roania Monialis, quae patrimonio suo monasterium Aquiriae copiosissime a pauperie releuauit, anthracem, quem carbunculum physici dicunt, in collo habens, uelum capitis piae Lutgardis circa collum posuit: et perniciose turgens inflatio uisibiliter mox aufugit. Juste quidem, o pia Lutgardis, et digne per omnia hoc fecisti, ut tua post mortem spiritualia meteret, cuius in hac uita temporalia suscepisti.

Dominus Alardus, ibidem annis plurimis Capellanus, cum pollicem inflatum in magna quidem anxietate doleret, pollici inflato piae Lutgardis Reliquias alligans, remedium doloris et inflationis sensibiliter mox probauit.

Oda Suppriorissa Aquiriae, cum manum grauiter doleret inflatam, circumligans piae Lutgardis reliquias, sensit continuo remedium perfectissimae sanitatis.

Poco después de ser sepultada, se apareció a cierta Isabel de Wans, monja de Aywières, que antes había sido abadesa en Saint-Dizier, en la Champaña de Francia. Y al aparecérsele en gran gloria, ella le preguntó: «Oh dulcísima señora, ¿has padecido el purgatorio durante algún espacio de tiempo?» Y ella: «No solo pasé al descanso sin purgatorio, sino que, al pasar por delante del purgatorio, me compadecí de los que allí eran atormentados y los bendije; y muchas almas, libradas de sus penas por la bondad divina, las llevé conmigo a la amenidad del paraíso». Mientras decía esto, le pareció a la dicha Isabel que la piadosa Lutgarda decía a una monja jovencita llamada Matilde, que aún vivía: «Sígueme». Entendiendo por ello que la jovencita la seguiría por la muerte, Isabel se ofrecía también a seguirla, diciendo: «Permíteme también a mí seguirte, dulcísima madre». Y la piadosa Lutgarda dijo: «No puedes seguirme ahora, pero después, hija, me seguirás a mí, tu madre» (Jn 13,36). Esta visión tuvo efecto al punto: pues la jovencita a quien la piadosa Lutgarda había invitado a seguirla murió dentro de nueve días; en cambio Isabel, que se ofreció a seguirla y a quien no se le concedió, sobrevivió.

Además, cuando, según la profecía de la piadosa Lutgarda, una cruel peste mortal se cebaba en las monjas de Aywières, una de las monjas vio en visión que muchos irrumpían con insolencia en la iglesia del monasterio. Y como nadie había podido contenerlos en su insolencia, vio que la piadosa Lutgarda se levantaba del sepulcro y los expulsaba a todos de la iglesia con grandísima violencia. Al punto la dichosa visión alcanza su efecto, y el monasterio de Aywières queda libre de la insolencia del contagio pestilente.

Cada una de las monjas se llevó a toda prisa cuanto pudo conseguir de sus cíngulos, tocas, velos y otras cosas, como reliquias, y en verdad grandísimas reliquias. Una nobilísima doncella, Beatriz de Roania, monja, que con su patrimonio había sacado con gran largueza al monasterio de Aywières de la pobreza, tenía en el cuello un ántrax, que los médicos llaman carbunco; se puso alrededor del cuello el velo de la cabeza de la piadosa Lutgarda, y la hinchazón, que crecía perniciosamente, desapareció al punto a ojos vistas. Con justicia, oh piadosa Lutgarda, y dignamente en todo hiciste esto: que cosechara tus bienes espirituales después de tu muerte aquella cuyos bienes temporales recibiste en esta vida.

Don Alardo, capellán allí durante muchos años, como le doliera con gran angustia un pulgar hinchado, atándose al pulgar hinchado reliquias de la piadosa Lutgarda, sintió pronto de manera sensible el remedio del dolor y de la hinchazón.

Oda, subpriora de Aywières, como le doliera gravemente una mano hinchada, atando a su alrededor reliquias de la piadosa Lutgarda, sintió al instante el remedio de una salud perfectísima.

Eiusdem nominis consanguinea mea, nata de oppido Brania, Monialis, cum ex debilitate capitis, qua diu uexata est, nullum prorsus odorem lilii recipere potuisset, et ad tumulum piae Lutgardis lilia ponerentur; horruit quidem ipso aspectu, sed cum solum caput ad tentandum ingressum ostii posuisset, nullumque grauamen aduerteret; mox confidentius introgressa, loco haesit, tumulum adiit, lilia naribus admouit, et nullum penitus capitis dolorem sensit. Eadem Monialis, cum nocte quadam in tenebris ad piae Lutgardis sepulchrum orandi gratia se prosterneret; offendit oculo ferrum acuminatum candelabri, manumque mox obiecit oculo, ut orbiculam eius quasi loco erutam, ne penitus caderet retineret. Dolore igitur intolerabili coarctata dixit: Quid est o sancta mater Lutgardis, quod mihi accidit? In ueneratione tui procidens, oculum perdidi, quem custodire debueras; et inde molestiam retuli, unde remedium praestolabar. Haec dicens surrexit, et momentaneo unius horae spatio plenissime restituta sanitati, nihil languoris pertulit uel doloris.

Maria de Audena, Aquiriae Monialis, cum grauissimo dolore capitis torqueretur, ita quod nullo prorsus corporis membro posset uel ad momentum quiescere, et se per terram impatientius uolutaret; mirantibus omnibus, qui eam subito sensum perdere cogitabant, uelo piae Lutgardis in tantum uisibiliter mox curatur, ut nullus in ea dolor penitus remaneret.

Matrona quaedam nobilis cum in partu diutissime et periculosissime laborasset, allato cingulo de setis equorum facto, quo pia Lutgardis ad carnem in macerationem corporis sui uti consueuerat, utero superposuit; et cunctis stupentibus sine ulla doloris conditione in salutem sui et suae sobolis liberatur. Hoc idem in diuersis locis, et in diuersis personis efficaciter est probatum.

Una monja del mismo nombre, pariente mía, nacida en la villa de Braine-le-Comte, a causa de una debilidad de la cabeza que la había aquejado largo tiempo, no podía soportar en absoluto el olor del lirio; y como se pusieran lirios junto al sepulcro de la piadosa Lutgarda, sintió horror a su sola vista; pero, habiendo asomado solo la cabeza por la puerta para probar a entrar, y no notando molestia alguna, entró al punto con más confianza, se quedó allí, se acercó al sepulcro, acercó los lirios a la nariz, y no sintió en absoluto dolor de cabeza. La misma monja, postrándose una noche a oscuras junto al sepulcro de la piadosa Lutgarda para orar, se golpeó el ojo con el hierro puntiagudo de un candelero, y al punto se llevó la mano al ojo para retener el globo, como arrancado de su sitio, no fuera a caerse del todo. Oprimida por un dolor insoportable, dijo: «¿Qué es esto, oh santa madre Lutgarda, que me ha sucedido? Postrándome para venerarte, he perdido el ojo que tú debías guardar; y he sacado daño de donde esperaba remedio». Dicho esto, se levantó, y en el breve espacio de una hora quedó plenamente restituida a la salud, sin padecer ninguna dolencia ni dolor.

María de Andenne, monja de Aywières, atormentada por un gravísimo dolor de cabeza, de modo que no podía tener en reposo ni un momento miembro alguno del cuerpo y se revolcaba por el suelo sin poder sufrirlo, con admiración de todos, que pensaban que perdía de repente el juicio, fue curada al punto tan visiblemente con el velo de la piadosa Lutgarda que no le quedó dolor alguno.

Una noble matrona llevaba larguísimo tiempo en un parto peligrosísimo; trajeron el cíngulo hecho de crines de caballo que la piadosa Lutgarda solía llevar sobre la carne para mortificar su cuerpo, y ella se lo puso sobre el vientre; y, con asombro de todos, dio a luz sin dolor alguno, sana y salva ella y su criatura. Lo mismo se ha comprobado con eficacia en diversos lugares y en diversas personas.